

Mujeres, historias
de resistencia

Y después, el sol

Luisa Rojo Granda
Sara Isabel Yarce Mesa

Y después, el sol



MINISTERIO DE CULTURA



INCLUYAMOS
Corporación Social

Título original:

Y después, el sol.

Autoras:

Luisa Rojo Granda

Sara Isabel Yarce Mesa

Corrección de estilo:

Diego Alejandro Pérez Múnera

Diseño:

Sara Isabel Yarce Mesa

Ilustración:

Susana Villada Lenis

ISBN:

Colombia, 2022

Queda prohibida, sin autorización de los autores, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

“Si abriéramos gente, encontraríamos paisajes”

Agnes Varda

Solo basta una chispa para encender el sol.

A quienes han sido chispa.

Índice

Cabo de la Vela, La Guajira

Marlene Rosado Gómez · 188

Sierra Nevada de Santa Marta, Cesar/Magdalena

Yoraima Navarro Izquierdo · 169

Sandra Mejía Torres · 153

Villanueva, La Guajira

Zuleima Reyes Guerrero · 132

Quibdó, Chocó

Teresa Ochoa Palacio · 113

Damaris Palacios Becerra · 96

Ifigenia Garcés Urrutia · 72

Guapi, Cauca

Esneida Montaña Obregón · 50

Carmen Ilse Loango Hernández · 33

Yaneth Torres Vallecilla · 8

Introducción

Este libro fue creado debido a la necesidad de hacer ruido sobre las buenas acciones que, silenciosas, cambian para bien la vida de los demás; como respuesta a la admiración por cada una de las mujeres que aceptaron la invitación para hacer parte de él y a las miles más que poseen la misma fuerza, inteligencia, habilidades y amor para transformar sus vidas y sus entornos. Aquellas que se fortalecieron con los dolores; a quienes intentaron quemar y se convirtieron en antorchas para guiar a otras personas en momentos de profunda oscuridad.

Recopilamos sus historias como ejercicio de memoria y gratitud, con la esperanza de que el legado que dejan en las vidas de su familia y comunidades, sea semilla que germine e inspire acciones que transformen vidas. En estas páginas quedará plasmada parte de su vida, su obra y sus sueños, que seguirán dejando huella a su paso.

Sus esfuerzos han sido fortalecidos por procesos como Mujeres Tejedoras de Vida, proyecto diseñado por el Ministerio de Cultura que lleva diez años empoderando, a través del arte y la cultura, a mujeres víctimas de la violencia en la costa caribe y pacífica colombiana. Durante su desarrollo, se han impactado más de 700 participantes en los departamentos de La Guajira, Cesar, Bolívar, Chocó, Nariño y Cauca.

Estas páginas son también una invitación a reconocer las Mujeres Tejedoras a nuestro alrededor, su valentía, su fortaleza; y a trabajar para que las que vienen, sepan que no están solas, y que no importa la oscuridad que atraviesen, su fuerza interior es como el sol, que imparable, se abre paso.



yaneth

La Uramba

Picaba el plátano maduro sentada en la arena oscura, mientras el agua que subía y bajaba en la orilla del río mojaba mis pies; dos amigas traían un pescadito y las hierbas de azotea para cocinar en las ollitas. Nosotras, tres niñas de seis años, urambiábamos¹ viendo el atardecer. Después de terminar los oficios en casa, preparábamos comidas con los alimentos que había en la vereda, cantábamos rondas y soñábamos con nuestros destinos, con lo que seríamos cuando tuviéramos la edad para montar las canoas solas y cruzar el río.

Mis abuelos paternos, Dionisio Paz Solís y Eugenia Obregón Caicedo, me recibieron en la casa cuando tenía tres años; su hijo Ciro se divorció de mi mamá y me dejó con ellos para que me criaran. Separada de mis padres y hermanos, recuerdo que mi infancia fue una etapa deprimente, en la que los juegos con mis amigas y el amor profundo que tengo por el territorio siempre estaban acompañados del sentimiento de abandono que dejó la ausencia de mi familia. Yo a Ciro lo odié, porque él se portó mal con mi mamá, y me abandonaron; digo mientras observo sin parpadear la tosca palma de mis manos, porque aún recuerdo cómo me sentí. A mí, nacida en Juanico, una de las más de 50 veredas de Guapi, en el departamento del Cauca, me tocó guerrear; de pequeña no sabía qué era colocarme zapatos, caminaba a la escuela con las chanclas o a pie pelado, y con los cuadernos en la mano o en una chuspa². Yo era un reflejo de las condiciones sociales y económicas del Pacífico colombiano; aquí el nivel de pobreza alcanza el 80 % en la ruralidad; además, casi el 30% de los guapireños es analfabeta³.

Con los años se fueron acabando las rondas; ahora los canaletes⁴ y potrillos⁵ protagonizaban las carreras por el río. Los muchachos parados y las mujeres sentadas en las canoas competíamos por ver cuál era el potrillo más balsudo, cuál era el canalete que más roncaba. Las tardes se iban bajando con la corriente o subiendo en contra de ella, entre risas y alegatos por los resultados de las competencias.

Al igual que los juegos, los sueños y las dinámicas de la vida cambiaron; mi abuela murió cuando tenía 14 años. Mi mundo se tambaleó, ya no sentiría sus manos callosas por tantos años de trabajo, ni la voz fuerte de matrona del Pacífico que me corregía cada día en la cocina. Consejos, regaños y humo se mezclaban alrededor del fogón de leña en el que la abuela Eugenia me transmitió sus saberes sobre gastronomía tradicional. Siempre que estoy cocinando me acuerdo de ella, de cuando me regañaba. Por mi abuela soy una mujer que se sabe defender; no puedo evitar que pequeñas lágrimas asomen a mis ojos café cuando la nombro. Ni una foto me quedó de aquella mujer tan importante en mi vida.

La abuela no solo me transmitió su sazón, también me enseñó sobre el territorio, cómo conseguir los alimentos que este provee y cómo ser una mujer fuerte. Parte de las mañanas también las pasábamos en canoas, recorriendo el entramado de ríos hasta llegar al manglar. Tres o cuatro horas uno bogando⁶, y allá íbamos a sacar la jaiba, la piangua, el cangrejo; todo eso me tocaba cuando tenía 7 años, pero ya no por diversión, sino como trabajo. En mi comunidad las mujeres se unen para transitar, por largas jornadas, el territorio en busca de las conchas y moluscos para vender o cocinar. Embarcadas en la madrugada, los consejos, historias y risas se mezclaban con el canto de los pájaros y el sonido de las hojas que movía el viento. Impulsábamos los canaletes hasta llegar a los manglares, nos metíamos en el barro hasta las rodillas y estábamos atentas a cualquier señal que marcara el lugar en el cual meter las manos y sacar las pianguas.

A mí me encanta la cocina tradicional, es lo que más me encanta; jugando con mis amigas practicaba los sabores que abuela Eugenia me perfeccionaba en casa. Mi abuela era jodida, porque me ponía a cocinar y decía “eso está malo, a volverlo hacer. Esto quedó cochino, no me lo como y me vuelve a cocinar”; es que si ella no me hubiera enseñado, qué sería yo a

estas alturas. Cuando no me aceptaba la comida, porque quedaba mal hecha, me enojaba, pero luego entendí que esas correcciones eran necesarias para convertirme en la gran cocinera tradicional que soy hoy, y que mi abuela era exigente porque quería dejar las herramientas suficientes para que la vida no me pesara tanto cuando las cosas no salieran como yo quisiera.

Entre pianguar, hacer los deberes de la casa, estudiar y jugar en el río pasaba mi vida. Ayudar es una fuerza que me ha movilizado desde pequeña; siempre quise ser doctora, pero el abuelo Dionisio no tenía el dinero para enviarme a estudiar medicina a la universidad más cercana, y ese sueño, que tantas veces imaginé al ver el atardecer, se esfumó. A los 15 años, sentada en la sala, rodeada por las paredes de madera, sentí más soledad que cuando mis padres me dejaron en aquella misma casa a los tres años. Sin mi abuela aquel espacio no se sentía como un hogar, y yo, joven y soñadora, quería salir y explorar. Decidí sentar a mi abuelo, conversamos y, al explicarle cómo me sentía, él propuso llevarme al pueblo a trabajar.

Empaqué un par de faldas, blusas, algunos implementos de aseo y nos embarcamos una hora hacia Guapi. En la lancha el tiempo parecía eterno y las preguntas infinitas: ¿qué trabajo voy a encontrar?, ¿tendré un buen lugar dónde vivir?, ¿extrañaré aquella vereda que conozco como a mí misma?

Una señora morena, recostada al marco de una puerta de madera, esperaba para recibir a su nueva empleada. Después de una conversación entre mi abuelo y doña Aura Tello, comencé a vivir en aquella casa grande en Guapi, municipio lleno de vendedores ambulantes ubicados por las calles de adoquines y arena.

El abuelo me entregó donde la señora, pero ella era muy jodida, me regañaba como si fuera la hija y yo no le contestaba;

pero un día le dije: me voy a ir de aquí, con usted no voy a vivir, porque yo hago lo que puedo y usted no me tiene consideración. Ya no era una niña en un lugar desconocido, habían pasado seis años de levantarme a las cinco de la mañana a organizar la casa, de aguantar los regaños de la dueña, de hacer amistad con las otras mujeres del servicio y de conocer aquel pueblo pesquero en la selva nativa, de casas con paredes abrazadas por musgo verde y rodeado por una red de ríos, quebradas y manglares que llegan al mar. Tal como lo dije, lo hice. Empaqué mis cosas en un bolso y, antes de salir, la que fue mi jefe durante estos años me confrontó. El recuerdo de esa conversación aún me molesta. La señora me había regalado un par de aretes porque decía que yo era buena muchacha, y me dijo: de aquí no te vas a llevar nada; entonces le dije: yo de aquí no me voy a llevar nada, pero que me voy, me voy. El bolso quedó en su habitación y recomendada por una amiga, que había trabajado conmigo durante un par de años, fui a trabajar a la casa de otra señora adinerada de este pueblo pesquero, minero y turístico.

Este nuevo trabajo también se vio envuelto en conflicto, doña Aura estaba hablando mal de mí para que me echaran de la nueva casa, en la que había entablado una buena amistad con la señora Carmen. Doña Aura dijo que le había robado, y con la fuerza que me había enseñado mi abuela desde pequeña me defendí: yo soy pobre, pero de pícara no tengo nada, y usted sabe que salí con mis manos vacías; el bolso mío está todavía en su casa, yo no he traído nada, lo único que traigo es este vestido que tengo puesto. Me sentí desprotegida de nuevo, y aunque tenía rabia por ser acusada de un robo que no cometí, lo que más me preocupó fue a dónde ir ahora. La única persona que conocía en el pueblo era mi mamá, pero no me llevaba bien con ella por haberme abandonado tan pequeña y nunca visitarme. Todas mis preocupaciones se desvanecieron con la sorpresa que me llevé cuando la señora Carmen decidió creer en mí y dejarme en la casa trabajando con ella.

Por la cercanía que generó la rutina y los deberes que realizábamos, Carmen y yo nos volvimos amigas. Entre risas hablábamos de novios y amoríos, y a pesar de sus sospechas yo le juraba que no tenía novio, pero los permisos para salir empezaron a aumentar. Yo sí tenía mi novio, pero a mí me daba pena, no tenía la confianza con ella, porque se portaba como si fuera mi mamá.

Yo creía que quedar en embarazo solo era posible después de mucho tiempo de estar con la pareja; pero después de una salida con mi novio, Liber Obregón, comencé a tener dolores de cabeza constantes, y cuando le conté, la señora Carmen me llevó al hospital y me realizaron la prueba de embarazo. Saber que el resultado fue positivo me causó un conflicto grande, no solo porque para mí no era posible, sino también porque sentía mucha vergüenza con Carmen. Yo solo quería regresar a mi hogar, en Juanico. Luego de conversar con mi amiga y contarle todo, decidí quedarme en Guapi, con ella.

Al momento de dar a luz el parto se complicó, y al verme enfrentada a una cesárea de emergencia me abrumaba el miedo de morir y no ver a mi hijo, no poder criarlo y que quedara abandonado siendo un bebé, como yo. Cuando desperté de la anestesia, casi doce horas después, recuerdo que lo miré y me olvidé de todo; ese pequeño bebé, moreno y frágil, me enamoró, no puedo describir lo que sentí en ese momento.

En medio de la euforia y el amor asomó el miedo. Pensaba: yo qué voy a hacer sin papá, sin mamá, sin tener quién me ayude; pero sí hubo personas que me dieron la mano. La señora Carmen brindó su apoyo, el papá del bebé se hizo responsable y su familia también me acogió; entonces, al verme rodeada de personas queridas, aumentó en mí la emoción por ser madre y en ese momento, después de tantos años, renové las fuerzas regresando a mi territorio. En Juanico, vereda amada, Liber trabajaba y mi suegra nos ayudaba; yo me dedicaba a la casa, a trabajar y a cuidar a Deiner Miguel, mi primogénito. Quedé

en embarazo tres veces más, y después de ver a mis hijos fuertes decidí operarme; sentía que la familia ya estaba completa. Soñaba con criar a Deiner, Maryi, Alejandro y Jordan en Juanico, allí teníamos nuestro hogar y éramos felices.

Por muchos años no me hablé con mi mamá, nunca escuché cosas positivas de ella mientras crecí en su ausencia; y Floralba nunca me contó las razones por las que no estuvo. Para mí, ella me abandonó por irse con otro hombre después del divorcio. Yo decía: mi mamá tan mala, vienen aviones casi todos los días y ella no me manda ninguna razón, ni nada; ella no quiere saber de mí.

Fue en un velorio que, a lo lejos, escuché su nombre en una conversación; allí, algunas mujeres hablaban mal de ella y me sorprendió que esas palabras me generaron mucho dolor, no creía que lo que estaban diciendo fuera cierto, y salí llorando a contarle a mi abuela materna. Ella fue el enlace para que mi mamá y yo nos sentáramos en el mismo espacio tras más de una década. Floralba, sentada frente a mí, tuvo la oportunidad de explicar por qué se había marchado y no había intentado contactarme en tantos años: “Yo no la deje a usted por abandonarla, a mí me tocó, pero en ningún momento yo la he olvidado; yo a usted le he mandado cosas, pero veo que no se las han entregado”; me contaba mi mamá, y con sus palabras yo comprendía por qué aquella mujer se fue del territorio, y cómo, aunque intentó mantenerse en contacto conmigo, no tuvo éxito.

Mi mamá conoció a mis hijos, y lo que no me dio a mí comenzó a entregárselo a los nietos. Ellos quisieran vivir con la abuela, se adoran, cada que se ven, se enloquecen. Por eso, la visitamos en su casa en Puerto Tejada y dejo que los niños pasen vacaciones allá; ya somos amigas, ya está perdonada.

Este ha sido el primer año en el que celebramos Día de la Madre juntas. Sentada alrededor de la mesa, miraba a mi mamá y a mis hermanas, y lloré al recordar cuánto había soñado con ese momento; toda mi vida pensé que era imposible convivir

con ella, que conociera sus nietos, y mucho menos pensé sentarnos juntas a festejar; años atrás, en Juanico, había perdido las esperanzas.

Una navidad, murió una de mis primas lejanas. El día después de recibir la noticia nos embarcamos hasta el río San Francisco para asistir a una celebración religiosa y pedir a Dios por el alma de la difunta.

Al llegar, me encontré con una bebé muy pequeña y con signos de desnutrición, pues nadie había estado al frente de su cuidado desde la muerte de su madre. Después de meses de ir y venir, cuidarla en mi casa y dejarla por semanas con su familia materna, me di cuenta de que tanto movimiento no le hacía bien a la niña y tomé una decisión. Yo me enamoré de la peladita, no quería que una bebé tan pequeña estuviera rodando por tantos lugares sin tener el cuidado de una mamá. Llegué con ella a la casa y conversé con Liber sobre la situación; él me apoyó en la elección que había hecho, y desde el 2021, María Angélica comenzó a hacer parte de la familia.

La bebé crecía enérgica, con una piel morena brillante y ojos muy alegres; pero un día la fiebre comenzó a subirle, tanto que decidimos embarcarnos hasta Guapi. En el hospital le realizaron varios exámenes y el médico nos dijo que la debían trasladar a Popayán por su estado de salud. En ese momento en mi mente había muchas preguntas. Yo solo pensaba en mis otros hijos, que iban a quedar solos y no sabía cuánto tiempo, y tampoco conocía a nadie que viviera en la ciudad a la que me iban a mandar. Además, nunca me había subido a un avión; cuando vi dónde me iba a montar me dio mucho susto. María Angélica también estaba muy asustada, era la primera vez de ambas en un avión, y a mitad del vuelo le dio un ataque de asma. En medio de las emociones por la enfermedad de la bebé

y el viaje aéreo, yo trataba de mantener la cabeza fría prestando atención a lo que decían los médicos; al parecer, la enfermedad de María Angélica requería que permaneciéramos en el hospital una semana. Tras ocho días de desvelos, exámenes, sonidos de máquinas, tratamientos y oraciones, pudimos regresar al vaivén del río, el sonido de las aves y el abrazo de la familia.

Cada dos semanas, o mensualmente, debemos ir hasta Cali para realizarle exámenes de control. Amigos nos acogen en su casa durante los días que nos tengamos que quedar en las diligencias médicas, pero cada desplazamiento es un esfuerzo económico, aunque vale la pena; nosotros hacemos todo por la salud de nuestros hijos. Actualmente tres estudian: Maryi está en décimo, Alejandro en octavo y Jordan está en primaria. Deiner trabaja porque no le gustó el estudio; algunos años de escuela los realizó porque yo lo obligaba, quería que tuviera un buen futuro, pero cuando empezó la adolescencia dijo que no estudiaba más; ha trabajado como pescador y como minero principalmente, y si él es feliz, eso es lo importante para mí. Como madre quisiera que Maryi sea una futbolista profesional; Alejandro sea, por ejemplo, un policía; Jordan sea un maestro. Sueño un buen futuro para todos.

Desde joven yo sentía que estaba profundamente enamorada. Liber fue mi primer y único novio; desde las primeras salidas me veía viviendo con él. Yo soñaba con ser felices juntos, y aunque la vida en pareja no ha sido como la imaginaba desde pequeña, hemos logrado llegar a acuerdos en los desencuentros y ser hogar para el otro. Aproximadamente ocho años atrás la relación era violenta para ambos. Yo era muy celosa, cualquier cosa que él hacía me generaba desconfianza y me ponía iracunda. Él, por su parte, comenzó a preocuparse de que yo, siendo su mujer, dejara la casa por estar en juntanzas y capacitaciones.

Me río mucho cuando me acuerdo de algunas peleas que hoy me parecen sinsentido. Un día él me dijo: “si sigue en esos procesos no vamos a vivir más, porque una mujer que anda de aquí para allá sin saber con quién se encuentra ni con quien anda viajando...” Y yo le dije: mijito, si no vamos a vivir pues no vivamos, pero yo sí voy a seguir con los procesos, porque ahí uno aprende los derechos. Y no solo aprendí sobre derechos humanos; los procesos psicosociales me permitieron mejorar las formas de relacionarme con las personas de la comunidad, con la familia, y me ayudaron a comprenderme; entonces pude empezar a mejorar aspectos que no me gustaban, como la rebeldía, que solo me había traído problemas. Por eso le doy gracias a mi Dios que yo cambié, porque yo era jodida, era rebelde, pero muy rebelde; yo le decía: Ay Dios mío yo quiero cambiar; y cambié, porque lo que uno se propone lo hace.

En los aprendizajes también está el poder de los sueños y conocer que el bienestar es muy importante para cumplir con los roles que tengo: mamá, lideresa, cocinera, esposa, administradora. Cuando era niña yo siempre soñaba con estudiar para ser doctora, pero no tuve la oportunidad; en este momento tengo la posibilidad de hacer cursos, aunque uno a veces dice que no le queda tiempo. Pero yo he ido cambiando y me he dado cuenta de que para todo hay tiempo. Antes de tener los hijos solo pensaba en cuidarlos a ellos, pero si uno se olvida de sí mismo, se acaba también; uno tiene que pensar en todo.

Una noche mi esposo no llegó temprano a casa, pues estaba tomando licor con sus amigos, y yo ya sabía lo que me esperaba cuando regresara; solían ser golpes, y esa noche no fue diferente. Liber llegó y comenzamos a discutir. La luz de las velas demarcaba la silueta de su brazo fuerte que se levantaba y dejaba caer con fuerza contra mí. En medio de la pelea, a mi mente vinieron las palabras que Maryi, mi mejor amiga, me dijo en una tarde de uramba: “él no es tu papá, no tiene por qué pegarte; cuando pase, agarra un machete y dale”.

Yo pensaba que un machete era muy extremo y que no sería capaz de atacarlo. Pero ese día, entre la rabia y el cansancio de los golpes constantes, estiré la mano, alcancé un coco y se lo estrellé en la cabeza. Él quedó mareado, y del susto salí corriendo hacia los árboles cercanos a nuestra casa, pero antes de irme le dije que era la última vez que me pegaba. Un par de minutos después, aún con adrenalina corriendo por el cuerpo, volví a casa y, al ayudarlo a componerse después del golpe, entablamos una conversación. Él me decía: “¡ay, mujer! Tan mala que vos te volviste”. Y yo le respondí: vos no tenés porque pegarme porque vos no sos mi papá, y si yo hago algo malo puedes corregirme, pero no pegarme.

Ese día supe que había aprendido muchas cosas sobre mis derechos, porque hubo un tiempo que, como mujer, creí que no tenía derecho a nada, y los procesos de capacitación y emprendimiento en los que he participado han generado amistad con otras mujeres; además, han abierto la posibilidad de imaginarme diferente, de conocer herramientas para realizar mis sueños de formas más asertivas y para transformar la vida de las más de 30 familias que viven en Juanico, mi territorio.

Uramba significa unirse para hacer cosas, y es por esto que las redes que he tejido con mi comunidad desde pequeña se han fortalecido con el paso de los años. En 2015 la Fundación Chiyangua llegó a esta vereda con un proyecto comunitario: la crianza de gallinas como actividad de fortalecimiento de los lazos entre vecinos. Al espacio de socialización llegamos aproximadamente 23 personas, pero cuando los encargados contaron que todos debíamos contribuir al proyecto con una contrapartida, las sillas dispuestas en el lugar empezaron a quedar vacías. Me quedé junto a 15 personas y me propusieron como presidenta del proceso. Yo no quería ocupar este rol porque

estaba en embarazo y consideraba que para liderar algo tan grande debía tener mínimo el bachillerato completado. Después de que me explicaron que no era necesario ningún título y que se ofrecieron para ayudarme con cualquier duda que tuviera, me puse al frente, pues yo creo que estar unidos como comunidad es de gran importancia. Una comunidad no puede salir adelante sin el esfuerzo colectivo.

Más de seis meses pasaron, y yo, que nunca había hablado delante de tanta gente desconocida, explicaba frente a los profesionales de la fundación el proceso que se llevó a cabo con los insumos que nos habían brindado. Como ni las demás compañeras, ni yo, sabíamos bien sobre los procesos legales que necesitaba el proyecto, buscamos un joven de Juanico que nos asesorara al momento de las compras para tener organizadas las facturas. Yo les decía a ellas: muchachas, la gente critica porque buscamos a alguien que nos ayude, pero nosotras solas no podemos hacerlo, nos deben indicar cómo hacer las cosas y eso está bien.

El sol de la mañana iluminaba las lanchas que llegaban a Juanico cargadas con guacales llenos de gallinas, y ahí estaba yo pendiente del desembarque. Después de un tiempo, las personas me decían: “bueno Yaneth, la única que yo veo que llega y se va vos vos”; entonces yo les respondía: yo soy la encargada, si mis compañeras me necesitan debo ir, debo estar al frente para que las gallinas coman y tengan agua. Yo soy la responsable y me gusta estar al frente, pero si esto acaba mal la primera persona que recogen es a mí, y yo no quiero ir presa. Más allá de los castigos legales que pudiera tener la terminación del proyecto, a mí me importaban las gallinas, el esfuerzo que habíamos puesto en su cuidado y las redes que había tejido con las personas de mi comunidad; todo ese trabajo no se podía perder.

Después de un par de semanas de dejar a las compañeras encargadas del emprendimiento, regresé al corral a verificar que todo estuviera bien. Y me recibieron, entre cacareos, una

docena de gallinas flacas y con hambre. Ver eso me dio mucha tristeza, pero no las podía dejar morir; entonces, las empecé a cuidar de nuevo con toda la dedicación. A mis compañeras las cité para hablar sobre la situación, y ese día me di cuenta de que en el grupo había conductas egoístas que no estaban permitiendo avanzar. Cada persona tiene sus recursos y cada una aporta diferentes cosas al grupo; por ejemplo, ellas tienen sus ideas y yo tengo las mías; y si en lugar de estar discutiendo nos unimos, y venimos a emprender, todas aprendemos cosas y a la vez ganamos dinero; yo todas las noches rezaba para que todo saliera bien y mis compañeras fueran cada vez más unidas.

Para el cierre del proyecto, quienes lo llevaron a Guapi planearon que la lideresa realizara un viaje a Bogotá para contar qué habíamos hecho y de qué forma lo habíamos sacado adelante. Los nervios se apoderaron de mí, las manos me temblaban, el sudor me recorría el cuello y la espalda, y yo le preguntaba a Maryuri: ¿pa' dónde voy a ir yo, con cuántos me voy a reunir yo, que no hablo casi? Sentía que no tenía las cualidades para expresarme delante de tantas personas, pero mi amiga me dio un consejo que atesoro como principio de vida: “uno nunca se puede sentir menos que los demás, usted es una persona como cualquier otra”. Esas palabras retumbaron en mi cabeza y fueron el impulso para embarcarme y tomar el avión que me llevaría a la capital. Allí hablé de lo que sabía, de las gallinas, lo aprendido en financiación y resolución de conflictos; y al terminar mi exposición sentí que vencí el miedo, uno de los obstáculos más grandes para cumplir mis sueños.

A mí muchas personas no me tenían fe, porque en mi comunidad había una creencia de que cuando una persona no estudiaba no podía lograr algo. Pero yo vi que sí era capaz, que, aunque no haya estudiado, puedo hacer las cosas. Además, los derechos se reclaman en cualquier lugar, porque si uno no lo hace pueden pasar por encima de uno, y no se puede permitir que eso suceda.

Guapi es un municipio que se ha visto envuelto en dinámicas de violencia por parte de varios actores armados; tanto el ejército como grupos guerrilleros y paramilitares han tenido presencia en nuestro territorio. La Unidad para las Víctimas registra casi 56.000 reportes de hechos victimizantes⁷, clasificados en muchas categorías; y en Juanico hemos logrado mostrarle a los muchachos que con las oportunidades creadas en el territorio, no se tienen que ir para otras partes, ni recurrir a la violencia. A mí me dicen: “Ay, Yaneth, tu hijo tiene 20 años y te hace caso en todo lo que le decís”; y yo digo: es que para uno hablarles a los muchachos no tiene que estar gritando ni ser violento; uno les dice lo que puede pasar y ellos verán si caminan o no caminan. Para mi familia y para mí, la violencia ha sido como una marea constante, que sube y baja su intensidad, tanto como las olas crecen y se funden en las playas; y aunque a veces pase desapercibida, siempre está. Todos aquí hemos padecido mucha violencia en las últimas décadas. A nosotros nos tocó vivirla con mucha fuerza en el 2013, y fue algo sorprendente, porque imagínese, uno que no está acostumbrado a vivir con soldados, con gente que uno no conoce; y estar acostado o comiendo y que le toque salir corriendo con sus hijos y dejar las cosas es muy doloroso.

Esa noche, yo sostenía a María Angélica en mis piernas mientras le daba la comida; a mi alrededor estaban Deiner, Maryi, Alejandro, Jordan y Liber. Abrazados por una luz tenue compartíamos lo que hicimos durante el día. La bebé balbuceaba, intentando participar de la conversación familiar, los menores hablaban sobre las aventuras en el colegio, y mi esposo y yo sobre las actividades del trabajo. Silbidos de balas interrumpieron la conversación y el relato tranquilo se convirtió en gritos. “Mamá, ya vienen”; los niños estaban aterrados por

el enfrentamiento. A pesar de que no era la primera vez que sucedía, el terror a que una bala los impactara o se llevaran a alguno de ellos crecía todos los días. Nosotros dijimos: ya no soportamos más y junto a la mayoría de las familias de la vereda nos embarcamos para desplazarnos de Juanico a Guapi; imagínese, 400 personas encerradas dos meses en un albergue, comiendo solo arroz y fríjol.

Muchos se enfermaron; no fue fácil cambiar los alimentos a los que estábamos acostumbrados, nuestro espacio y la rutina. Y a pesar de que somos unidos como comunidad, ese no era nuestro territorio y con el paso de los días comenzaron las tensiones en la convivencia. No sabíamos qué hacer, pues no nos daban respuesta de ninguna institución y desconocíamos la situación en nuestras casas. Un día, en medio de la zozobra, dialogamos y llegamos a una conclusión: “pues los que estamos de acuerdo vámonos a la vida o la muerte, pero regresamos a nuestro hogar”.

Cuando les contamos a los hijos la decisión de volver a casa, en sus caras vimos el descontento y el susto que les producía. Les daba miedo que los grupos armados los reclutaran o les hicieran daño. Mis hijos decían: “Yaneth vámonos para la ciudad, yo no quiero volver”. Yo les decía: muchachos, ellos no vienen por ustedes, porque están muy pequeños, vámonos para nuestro hogar. Al regresar encontramos que algunas de las casas estaban caídas y otras estaban abaleadas. En los enfrentamientos, los combatientes del ejército y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) pasaban entre las casas y las balas impactaban, la mayoría de las veces, en la madera y los muebles. Al volver nos sentíamos asustados, no se podía ir a Guapi, porque en el camino estaba el riesgo de que nos atracaran y nos violaran. Después de eso, las dinámicas en el territorio y en la familia cambiaron, nuestros hijos no podían estar solos; entonces, Liber y yo nos turnábamos para realizar las actividades de los trabajos.

Después de unos días, los líderes y lideresas de la comunidad decidieron que era importante hacerles ver a los actores armados el daño que nos estaban causando. Algunas personas de la vereda conocían a otras que estaban enfiladas en la guerrilla y el ejército, y las llamaron a conversar. Ellos son como uno, solo que cargan su arma; entonces les pedimos: no hagan eso, imagínense el montón de niños que hay aquí, ¿no les da dolor cómo sufre la comunidad?, váyanse más lejos y respeten la vida. Porque antes ellos no mataban a alguien porque sí, el que no debía nada no lo mataban, pero de un tiempo para acá, sí. Con el llamado de atención que hicimos, los grupos se movilizaron a otras partes del territorio y la violencia disminuyó por momentos en nuestra zona.

A pesar de que ellos dieron un parte de tranquilidad, todos en mi familia sabíamos que ya la vida no sería como antes. Cualquier ruido extraño nos acelera el corazón, y la duda de si tendremos que desplazarnos de nuevo, que viene con cada noticia de violencia en los corregimientos, no nos permite vivir con serenidad. Siempre tenemos la zozobra de en qué momento van a pasar y a quién van a matar; hay momentos donde hay más miedo, porque como nos debemos desplazar tanto hacia Guapi, toca esperar que pase la canoa para que nos vamos juntos, porque estar solo da mucho miedo. Aquel río que tantas veces recorrí en competencias con mis amigos y en los viajes a pianguar con la abuela, ahora era el lugar donde las miradas vigilantes de los grupos armados se posan en los viajeros a lo largo del recorrido. El miedo siempre va a estar, porque como uno no sabe ni cuándo ni dónde se los puede encontrar; siempre vamos a vivir con eso, porque no se sabe ni cuándo puede pasar, ni dónde están, ni quién es quién.

Para mí, como una mujer que creció urambiando a la orilla del río, cocinar es muy importante, y cuando lo hago, le pongo todo el amor. Por ejemplo, si yo voy a preparar un camarón y no tengo voluntad, eso queda todo feo; le puedo echar el aliño que le eche, porque yo le estoy entregando todo mi sentimiento a lo que estoy haciendo. Este acto de amor no solo es hacia mis familiares, mi proyecto de vida ha girado alrededor del bienestar de mis seres queridos y de la comunidad. Siempre que estoy cocinando me acuerdo de mi abuela; recuerdo cuando me regañaba, es lo que más extraño de ella.

En la cultura afro del Pacífico, estos conocimientos son transmitidos por generaciones. Mediante la tradición oral las niñas aprenden, desde muy pequeñas, las recetas que han estado en sus comunidades y familias por cientos de años. A mi abuela le enseñó la mamá de la mamá, y yo le estoy enseñando a Maryi.

En la cocina, mi hija y yo, preparamos pescado para la comida. Entre el calor, los cuchillos y las hierbas de azotea le voy dando instrucciones mientras Maryi escucha el paso a paso para la preparación: coja el pescado, échele esto y esto, primero se arrastra, se destripa, luego se le echa limón... Para mí, es importante compartir estos conocimientos con ella, aunque no sea tan amante de la cocina como yo lo soy. Me dice: “es que yo no sé”; y le digo: el que sabe, no sabía, y reafirmo: si no le colocas la voluntad te va a quedar cochino, pero si le pones amor te va a quedar rico. A Maryi no le gusta mucho la cocina, a ella casi todo lo que le gusta es de hombre; le encanta el fútbol y ha practicado este deporte desde sus primeros años de vida. Cuando veo que Maryi, que es mi primera hija mujer, no tiene tanto interés en aprender sobre cocina tradicional del Pacífico, pongo atención en compartir los conocimientos con mis amigas y compañeras, pero guardo la esperanza que María Angélica, cuando crezca, sea la guardiana de este legado ancestral tan importante para mí.

Mi sueño gira en torno a la cocina, por eso la idea del restaurante surgió en el 2017, porque estaba en un momento

de crisis en mi vida. En 2015 duramos dos años con las gallinas, y cuando se murieron yo me deprimí por el trabajo que había hecho y que perdí. Caminando por Guapi, me encontré con una lideresa reconocida por su labor con las mujeres y la preservación de la cultura. Teófila Betancourt, me hizo una propuesta para continuar con la conservación de saberes tradicionales en la vereda. Doña Teo me dice: “¿muchachas no van a seguir trabajando?, pueden ser dos o tres que estén de acuerdo, renueven la Cámara de Comercio y empecemos”. Entonces, con esa propuesta volví a Juanico y reuní a las mujeres para contarles la idea y para invitarlas a participar.

Impulsada por Maryi, convoqué a muchas mujeres de la comunidad que vi interesadas en continuar unidas para generar procesos que les permitieran tener independencia económica fortalecer la cultura de la región. Así formamos el colectivo Mujeres Productoras del Jardín; un grupo de mujeres enfocado en promocionar Guapi y Juanico como destinos turísticos, teniendo en cuenta las riquezas naturales, gastronómicas y culturales del territorio. Soñamos fundar un restaurante y un hospedaje para recibir a los turistas que visiten este rincón en el departamento del Cauca.

Doña Teo impulsó un proyecto para el cultivo de hierbas de azotea, y por medio de este las mujeres de Juanico empezamos a recibir capacitaciones y dotación para impulsar el sueño que teníamos. Con el éxito del proceso comenzamos a imaginar cómo nos veríamos en el futuro y empezamos a gestionar lo que necesitábamos para que así fuera, como congeladores para el restaurante. Las personas del proyecto nos dijeron: “nosotros les podemos dar los paneles solares, el filtro y el congelador, pero necesitamos que ustedes tengan la casa donde van a estar estos implementos”. A pesar de que era un gran reto, por el costo de construir una casa, yo estaba segura de que podíamos hacerlo y me puse al frente. Empecé a guiar a las mujeres para que poco a poco, entre todas, recolectáramos los materiales: la que tenga

una tabla, trae una tabla; y así la vamos a construir. Entre todas pusimos un poco de plata, cumplimos con lo que nos pidieron y recibimos los implementos.

En búsqueda de nuevas oportunidades para el colectivo, una llamada equivocada fue la llave que nos abrió las puertas a otras posibilidades.

Tres años pasaron después de iniciar con el proyecto avícola, y otra lancha cargada con profesionales de diferentes partes del país visitó Juanico con el proyecto Mujeres Tejedoras de Vida, del Ministerio de Cultura; en esta ocasión para entrevistarnos a Maryi y a mí, y conocer el colectivo. Nosotras somos un grupo de emprendedoras, y aunque muchas más han participado, en este momento diez estamos activas. La gente me dice que yo soy la fuerte, pero a mí me toca serlo, porque si no hay alguien que se empodere de verdad y se enamore, las cosas no llegan a término; y yo estoy muy enamorada del proceso.

Con el proyecto, las mujeres del colectivo nos hemos capacitado en temas de comunicaciones, administración y finanzas, además de realizar procesos sobre equidad de género, resiliencia y empoderamiento femenino por medio del arte. Ellos nos contaron que con estos procesos buscan que nuestro proyecto productivo sea una herramienta que permita sanar las heridas que la violencia ha generado en nosotras como mujeres y en las comunidades que habitamos. Lo más significativo de Mujeres Tejedoras fue que empezó con unas capacitaciones, y cuando fue el cierre del año nos invitaron a Guapi. Allí recibimos ollas, estufas, gas, implementos que no teníamos y tampoco contábamos con el dinero para comprar; con las capacitaciones nos abrieron la mente, la dotación nos abrió los ojos y empezamos a trabajar, porque nos dimos cuenta de que podíamos tener muchas más cosas.

Para mi familia, y especialmente para mis hijos, el trabajo que realizo es complejo y malagradecido por la comunidad. Ellos me dicen que no siga más, “esas mujeres hablan de usted,

Yaneth, a uno no le gusta que empiecen hablar mal”. Y yo les digo: muchachos, ustedes saben que lo que yo estoy haciendo no es malo y que uno debe hacer lo que lo hace feliz; ellos me regañan por eso, no quieren que yo siga, pero a mí me gusta y voy a seguir.

Además de aprovechar la energía que tengo a diario para ayudar, me gusta compartir conocimientos, porque soy consciente de que no estaré disponible todo el tiempo para liderar el proceso de Mujeres Productoras del Jardín, y considero que es importante que las demás compañeras tengan las herramientas para estar al frente cuando sea necesario. Yo les digo a las muchachas: Yaneth no es la única, aprendan porque no siempre voy a estar bien y uno también puede morirse; vengan, miren y escuchen; nosotras no somos semilla y alguna se puede ir. Pero, así como me gusta ser escuchada, también me gusta escuchar a los demás. Dedico el tiempo que puedo a compartir con personas de otras partes porque uno aprende más; por ejemplo, si yo no tengo esa idea y la oigo, ya sé cómo lo puedo decir o hacer en el futuro.

No puedo negar que a veces, la convivencia se ha vuelto complicada, pero sé que hemos logrado solucionar los conflictos al asignar una tarea para cada mujer, de forma que todas tengan participación y ese esfuerzo se recompense con ganancias económicas. Esto también ha permitido unirnos más, porque estamos más dispuestas a trabajar en equipo e innovar para solucionar las dificultades que se puedan presentar. Para mí lo más bonito de todo el proceso ha sido encontrar muchas personas que yo nunca pensé que iba conocer, ni hacer amistad con ellas; además, poder recorrer diferentes lugares de mi territorio y hacer enlaces; por ejemplo, ir a Popayán, a Quiroga, para mí ha sido muy importante. El restaurante me impulsa a seguir adelante, porque el proceso me ha traído mucho bienestar, me ha permitido conocer otras formas de ver el mundo, hacer las cosas, y recibir la ayuda de quienes conozco

Yo sueño con que el restaurante sea más grande, que prácticamente sea una empresa; tener cómo atender a 100 personas, por ejemplo, me llena de alegría y sonrío cada que lo pienso. Actualmente la preocupación que poseemos las mujeres del colectivo es el espacio. Sentadas, al atardecer, en la ribera del río soñamos cómo queremos que sea el lugar, y cómo se verá cuando tenga los techos y el piso que deseamos. Apenas tenemos el espacio de la cocina, pero no es el adecuado para recibir a la gente; en este momento estamos atendiendo en un espacio comunal.

Antes soñaba ser doctora, ahora lo que sueño es ser cocinera en mi restaurante; me imagino que sea de dos o tres pisos, abajo pueden estar las mesas y la cocina, arriba puede ser un hotel, y que trabajen cuantas mujeres sean. Desde niña pianguaba y pescaba, ahora preparo diferentes alimentos; mis platos favoritos son el camarón apanado y el pescado. Cuando empiezo a cocinar, sin importar si el día está feo o no, siento una felicidad tan amplia como los manglares que rodean Guapi. Pero sin duda, la mayor satisfacción la tengo cuando entran personas y se van felices por la comida deliciosa que disfrutaron en ese espacio tan soñado y trabajado. Siento emoción, porque todo es lo que uno se proponga; si no hubiéramos trabajado tanto no estaríamos donde estamos. A mí me gusta que la gente diga: “yo estuve en el restaurante que Yaneth está administrando y allá atienden muy bien; ella es una muchacha muy amable y lo que cocina, sabe muy rico”.

La Yaneth que era hace diez años no se imaginaba ser la mujer que es hoy. Todos los aprendizajes y experiencias que he tenido, y lo que me ha tocado vivir, me han convertido en una mujer con gran conocimiento y habilidades en gastronomía, turismo, liderazgo, transformación social y administración. La

Yaneth de atrás era otra, ahora soy más ágil. Antes, por ejemplo, cogía un millón de pesos y ni me importaba, no sabía cómo manejar la plata, entonces, yo iba y me compraba muchas cosas; pero ahora sé financiar, y con el dinero que tengo ya sé qué voy a hacer y cómo nos podemos proyectar a futuro.

Este no ha sido un proceso fácil para mí, he necesitado varias capacitaciones, tiempo y explicaciones para entender cómo puedo darle un mejor uso a los recursos con los que cuento y cómo ahorrar para pagar los sueños que tengo a futuro. Por eso siento que es importante que lleguen diferentes proyectos a los territorios; son necesarios porque hay personas que no tienen claro cómo crear e impulsar sus emprendimientos, y si hay quienes lleguen a dar capacitación se logra un intercambio de saberes.

En el restaurante trabajamos diez mujeres y nos turnamos según la disponibilidad que tenga cada una y los pedidos que hagan los clientes; lo mejor es que hemos aprendido a dividir de manera justa el dinero que entra. Por ejemplo, si llegan diez turistas y quedó un millón de pesos, entonces la paga es para las mujeres que trabajaron, pero vamos dejando un poco para el fondo del restaurante, para tener un dinero seguro por si hay que comprar algo de imprevisto o hay algún daño que reparar. De esta forma valoramos el tiempo y el esfuerzo de las mujeres que trabajan, pero también desde el colectivo se gestionan los proyectos a futuro; se van formando las bases para que los sueños dejen de estar en nuestras mentes y se materialicen.

Comencé a tener más conciencia sobre el dinero cuando Maryi me llamó la atención sobre la forma en la que valoraba el trabajo que realizaba: “¿cómo se te ocurre qué si vos no trabajas por mantenerte al frente de esto no vas a recibir dinero, entonces de qué vas a vivir?” Y el restaurante también era mi sueño, pero ella tenía razón, yo merecía recibir compensación por el trabajo, no solo por mí, sino por mi familia.

Cuando me preguntan cómo me veo a futuro, respondo

sin dudar: quiero tener más capacidad, ya soy la administradora de una empresa, ya he trabajado mucho, me gustaría tener estabilidad económica para descansar, para jubilarme.

La Yaneth de seis años que cantaba con sus amigas “una sardina, dos sardinas...”, mientras bailaban en la ronda al borde del río, nunca imaginó la transformación que traería a la comunidad. Urambiar ha sido una actividad que siempre ha estado presente para mí, por lo importante que es también para mi cultura afro. Por eso, el restaurante, mi sueño cumplido y trabajado, se llama La Uramba. Es allí donde nos juntamos a cocinar, a imaginar y a disfrutar mis amigas, familia y todas las personas que quieren compartir un poco de sí.

Soy una mujer joven del Pacífico, he crecido entre sueños, a la orilla del río, y embarcada en sus corrientes he descubierto que soy una mujer fuerte, y que la amistad y la alegría me definen. El amor a mi familia me ha guiado por diversos caminos, y aprendí que no se alejan del deseo de crecer como mujer, ser una empresaria y mantener vivos los saberes tradicionales de la cultura afrodescendiente de esta región.

Y después, el sol

Soy

el sudado de camarón
ce pre para así
Primerito ce pe lo
des pue ce la va y ce te echa agua el
Li da y limon
cese ja di un ma to
luego ce pican los d'liño y ce tras
pa el co co des pue ce sa en un samo
del co co
los d'liño son
ce bota a jo ch'yan una poleo
o se no a cho to al ba ca
luego ce ce el qui so y ce te echa
el sumo de co co
y el ce me to que no ce puete de c'it

Mi receta para preparar sudado de camarón, herencia ancestral



Carmen

Chocomueic:
Magia de sueños y realidades

Cien mil pesos fueron suficientes para iniciar mi empresa. Estaba en Cali, desempleada y viviendo gratis en la casa de una amiga, pero mi espíritu emprendedor me impulsaba a buscar ese negocio que me permitiría realizar mis sueños. Mi cuñada, Karen Montaño, trabajaba en una fábrica de chocolates, y escuchándola hablar se me ocurrió la idea de montar nuestra dulcería. Amor dulce se creó en el 2018 con el apoyo de Karen y poco tiempo después, Carolina Perea, una amiga, se interesó por nuestro emprendimiento, al que buscamos darle una base cultural sólida. Siempre nos identificamos con nuestras raíces, queremos que en nuestra vida esté presente de dónde venimos, quiénes somos, para dónde vamos; reconocernos como mujeres afrodescendientes del Pacífico estando dentro y fuera del territorio.

Después de algunos meses de emprender en Cali, realicé un viaje a Guapi. Mi hijo, quien estaba al cuidado de mi madre mientras yo buscaba nuevas oportunidades fuera de casa, se estaba graduando de la guardería. Él siempre va a estar por encima de todo; entonces retorné a mi hogar. Amor dulce se vino en las maletas conmigo.

Al llegar a Guapi, conté entusiasta el negocio que emprendí.

–¡Ay!, ¿pero por qué ese chocolate sí aquí hay hartos cultivos? – me cuestionaron.

No toqué la mercancía que había cargado y me senté a investigar sobre el cacao. Por mi edad, y la muerte de mi abuela cuando yo era una bebé, no tuve la posibilidad de acercarme a esta planta como lo hicieron mis padres. Comencé a buscar a las sabedoras de la cocina tradicional para que me enseñaran sobre su siembra, cosecha y tratamiento.

Un líder político de la comunidad, se enteró de mi emprendimiento. Le sorprendía que una joven de 23 años estuviera tan interesada en formar empresa desde los saberes tradicionales. Después de explicarle mi objetivo me entregó tres kilos de cacao.

– ¿Cuánto le debo?

– Nada, quiero ver qué hace con él – me dijo.

Con esa frase comprobé que las personas veían en mí lo que yo veo: una mujer fuerte y decidida. Es que desde el primer momento he sentido que esta empresa va a ser muy grande, por eso he llevado registro de lo que hemos hecho; tengo fotos hasta del primer grano de cacao que sacamos. Cuando veo los productos que tenemos y estamos perfeccionando, pienso: ¡wow, esto va a tener mucho éxito! En la cocina hemos pasado muchos días entre mezclas y ensayos, fracasos y acercamientos al producto que soñamos. Intentamos con sabores nuevos y con frutos del territorio, pensamos en nuestras comidas favoritas y en los gustos de nuestros clientes. Recipientes, bolsas con ingredientes, cucharas y medidores van y vienen por la cocina mientras encontramos la receta exacta del cacao. Después del sabor viene la textura deseada, luego el empaque y el acercamiento a los clientes. Entre errores y aciertos nos dimos cuenta de que necesitábamos conocimientos un poco más técnicos, con los que reforzaríamos los saberes ancestrales y perfeccionáramos nuestras técnicas.

Caminando un día por el parquecito de Puerto Cali, barrio de Guapi, me encontré con el director del SENA.

– Ay don Silvio, es que necesito algo; quiero un curso para trabajar el chocolate – le comenté, acelerando el paso para ir a su ritmo.

– Consiga 35 personas y podemos abrir el curso – me respondió y continuó caminando de prisa.

Ya no recuerdo para dónde iba, pero me desvié. Mis pies daban tumbos apurados por la calle principal del pueblo, esquivando huecos llenos de agua, carretas con frutas y motos que pasaban más rápido que yo. El ruido de un parlante no dejaba escuchar los saludos de las personas que me encontraba y yo avanzaba haciendo una lista mental de las amigas que iba a invitar.

– Mirá que hay un curso de manejo de cacao, ¡participemos! – les decía emocionada, aunque me ganaba la risa por saber que las estaba embarcando en una aventura que no tenía certeza si se iba a realizar.

– ¿Eso da plata? – me contestaban algunas, indecisas.

– Todo lo que uno aprende en algún momento para algo le sirve; si te llama la atención, vení y lo hacés – les respondía.

Amigas, familiares y mujeres víctimas con las que trabajé en el Consejo Noruego para Refugiados, se sumaron a mi idea. Presentamos los papeles y el 17 de julio de 2019 comenzamos las clases con el profesor Cristian Troche. Él es nuestro instructor estrella; viajó desde Popayán, empezamos las capacitaciones y todo fue un éxito. En el programa SENA Emprende Rural, después de tres meses de aprendizaje, nos certificamos como Emprendedoras en Procesamiento de Productos de Dulcería y Confeitería Artesanal, y Amor dulce se transformó en Chocomueic. Cristian ahora está estudiando en Noruega, pero siempre está disponible para resolver nuestras dudas. Entre risas, recuerdo sus regaños.

– ¡Ilse, a ese cacao le falta fermentación!, ¡Ilse, tenés que hacerlo así, así y así!, ¡Ilse, estás a punto de lograrlo! – me decía con amor y exigencia.

A través de él, he conocido otras personas que nos han ayudado en este proceso. Quienes llegan aportan algo valioso.

Durante los meses que estudiamos fue muy difícil para nosotros conseguir cacao aquí, a pesar de que muchos campesinos lo cultivan. El profe mandó a traer de Popayán el primer cacao que trabajamos; después se lo compramos a un emprendimiento en Miranda, otro municipio del Cauca, pero yo quería que fuera de aquí, de Guapi. Esa es la apuesta que nosotras tenemos, no queremos transformar algo que venden afuera, sino trabajar con productos autóctonos, reforzando tantos saberes culturales que se están dejando de lado, pero que son la base de nuestro conocimiento. Si aprehendemos nuestro territorio, entendemos

de dónde venimos y qué podemos hacer con los recursos que nos rodean.

– Lo que tenemos y lo que se hace en Chocomueic es lo que nos va a dar todo lo que necesitamos – le digo al equipo mientras hablamos de los sacrificios que hemos hecho y el lugar en el que estamos.

Todos los conocimientos son una inversión bien hecha, la mejor inversión de tiempo y dinero que podamos hacer. Nosotras salíamos del SENA a la una de la mañana, el tiempo se nos iba en un momento, porque amamos aprender. Tanto así que ahora tenemos que ir a Popayán cada mes y lo hacemos con recursos propios porque Chocomueic todavía no tiene esa rentabilidad. Si las personas que hacen parte no creyeran que Chocomueic va a ser grande, no harían esas inversiones; además, aquí todos estamos en la misma línea y sus ideas son igual de importantes que las mías.

Mi nombre es Carmen Ilse Loango Hernández. Nací y me crié aquí, en Guapi, un municipio en el litoral del Pacífico colombiano. Mi familia está compuesta por papá, mamá y tres hermanos, quienes siempre me han apoyado. Mi infancia fue maravillosa. Las tardes estaban llenas de juegos. Bogábamos⁸ en nuestros potrillos río abajo, nadábamos contracorriente y en las calles veíamos un estadio para las mejores competencias de deportes. Era una niña muy alegre y enérgica; a veces, muchas veces, rebelde por mi carácter fuerte. Este sería moldeado por los años, como el cincel a la madera, hasta darle la forma de una canoa perfecta para probarse en las corrientes. Mi juego preferido era la escuelita, la nuestra se llamaba Las palmeras porque nos ubicábamos debajo de esos árboles para protegernos del sol; yo era la maestra y les colocaba tareas a mis amigos. Nuestro barrio, Puerto Cali, siempre sonaba a niños jugando y cantando rondas,

y mamás llamando a comer.

Fui creciendo al igual que mi amor por el conocimiento. Mientras estudiaba para graduarme como bachiller, aprovechaba los cursos, diplomados y técnicas que me ofrecían. Me encanta estudiar y servir a la comunidad, por eso siempre he estado en roles sociales para poder estar con otros, acompañar, aprender. Estudié en el SENA, en la Universidad del Pacífico, la Universidad del Valle, entre otras. Entre los estudios que tengo están un Diplomado en Veeduría Ciudadana, un Diplomado en Políticas Públicas y un Técnico en Primera Infancia.

La Carmen que daba clase en Las palmeras cuando tenía siete años, ahora ejercía la docencia como normalista superior, diez años después. Al terminar el colegio empecé mis estudios en Licenciatura en Ciencias Sociales en el Politécnico Grancolombiano; he pasado muchos obstáculos, pero ya estoy cursando el octavo semestre. Puede ser que no vaya a ejercer la docencia en un aula de nuevo, pero mi licenciatura me permite comprender otros procesos y estar en otras dinámicas del territorio. Escribo proyectos, apoyo a organizaciones de mujeres rurales, coordino procesos que se generan desde otras entidades...

Lo que aprendo acá me da la posibilidad de ayudar a otras mujeres que viven donde no llegan esas organizaciones por la dispersión geográfica, y de fortalecer el tejido social de mi comunidad. Por ejemplo, con el proyecto Mujeres Tejedoras de Vida impulsamos nuestro pensamiento empresarial gracias a las capacitaciones y a los elementos entregados. Creo que en la medida que nos vamos contactando con personas diferentes vamos ampliando nuestras formas de pensar, y una mente en desarrollo va a permitir tener unas actitudes que van en pro de cumplir los objetivos que uno se plantea. Por otra parte, el tema de marketing y finanzas ha sido vital para las personas del equipo Chocomueic, porque ha dado pie a que se fortalezcan los emprendimientos que tienen algunos miembros, y eso me da

mucha satisfacción, porque aquí estamos siendo escuela para que en el territorio nazcan y se fortalezcan muchas empresas que son oportunidades para los guapiños.

A los 18 años, un año después de comenzar a ser maestra, tuve a mi hijo Johan, que hoy tiene 9 años. Él es todo para mí. Su llegada ha significado muchas cosas. Me ha ayudado a aterrizar mis ideas y a replantear muchas de mis dinámicas. Antes de pensar en mí tengo que pensar en él; si voy a dar un paso, debo darlo con él. Tener mi hijo tan joven fue bastante retador, no quería quedarme solo en el rol de madre, porque mis sueños siempre han sido mi motor y con los años me he dado cuenta de que mi hijo no ha sido un limitante para cumplirlos. Además, la red de apoyo que he tenido es gigante y me ha facilitado la vida. Mis amigas, mis vecinos, mis tías, mis hermanos, todos aman a mi hijo, entonces nunca le falta nada; el amor, la comida y el cuidado siempre abundan para él. Mi mamá ha sido un pilar muy importante en mi vida, siempre tiene el consejo preciso, las palabras de aliento, el regaño que impulsa y amor de sobra. Admiro su dedicación como madre, como nos crió, como nos educó; quiero ser una mamá como ella.

Crecer jugando con mis amigos y apoyando procesos comunitarios me enraizó a este territorio. El cariño que le tengo al pueblo y su gente hacen que quiera estar aquí y nunca irme. Y por medio de los diferentes procesos en los que he participado aprendí a ver oportunidades de crecimiento para Guapi a través del impulso a las personas que lo habitan. Siempre en Chocomueic quiero involucrar a mis amigas y a las mujeres que lo necesitan para mejorar su calidad de vida. La Unidad para las Víctimas reporta más de 5.000 denuncias por hechos victimizantes en este municipio⁹; son muchas, sin tener en cuenta el subregistro. Por eso quiero quedarme aquí, porque hay mucho por hacer; tenemos

heridas que sanar, caminos de paz por construir, mucha riqueza por aprovechar y no ir a buscar fuera lo que tenemos dentro.

Quiero estar en Guapi para ofrecer y ayudar a que sean más oportunidades las que nuestros jóvenes gocen y que las mujeres potencialicen todo su poder. Nosotras somos fundamentales en la constitución de la familia, pero también en el desarrollo sostenible del territorio.

De un tiempo para acá se ha mirado el empoderamiento de las mujeres como empezar a ocupar ciertos espacios que antes nos estaban negados. Es reconfortante ver que hoy uno consigue muchas organizaciones de mujeres que están haciendo cosas por el territorio. Así como está Chocomueic, aquí en Guapi hay otras iniciativas que también están aportando su granito de arena, desde una línea quizá diferente, pero mostrando que nosotras podemos.

Las mujeres hoy en día estamos en la casa, pero también en otros procesos sociales. Por ejemplo, nos tienen en cuenta para la construcción de políticas públicas, y eso permite que, cada vez más, las que todavía no han tomado la decisión de ser felices puedan hacerlo. Porque hemos permanecido en la casa, y no quiere decir que eso sea lo que nos apasiona. En Guapi hay más de 2.900 mujeres que son cabeza de hogar¹⁰, y podemos ser unas excelentes madres, pero quizá queremos ser algo más. Si una abre paso, todas avanzamos.

En Chocomueic somos diez mujeres y un hombre, y aún tenemos compañeras que a veces nos dicen: “tengo que ir al monte con mi marido” o “mi marido no me deja venir”. Es por esto por lo que, como organización, sostenemos un diálogo permanente en cuanto a las formas de violencia que se presentan en el hogar. En la casa se conciertan diferentes cosas con la pareja, pero su felicidad no puede depender de lo que su marido diga.

Como habitantes de una zona con altos índices de desigualdad entendemos las condiciones del contexto, vivimos en un municipio que tiene casi 70% de pobreza multidimensional¹¹

. Por ello, trabajamos por el empoderamiento económico, para darle a las mujeres la oportunidad de que puedan decirle a sus parejas: “yo quiero hacer esto porque me hace feliz y si usted quiere estar conmigo es bajo estas condiciones”. Aquí no nos juzgamos, entendemos que soltar lazos, que parecen sostener todo lo que es importante para nosotros, es muy duro; mucho más para una persona que tiene hijos bajo su responsabilidad y está inmersa en dinámicas de violencia. Allí juega un papel importante compartir las experiencias de mujeres que han salido adelante. Porque si yo lo hago, envío el mensaje de que usted también lo puede hacer, que puede seguir avanzando y de esta forma convencer a otras para que comiencen un proceso de sanación y búsqueda de bienestar.

Chocomueic es un equipo que tiene magia. Magia desde la ancestralidad y desde el ser. Estas personas han ido creciendo junto a mí; aunque sean mayores o menores, la conexión ancestral que tenemos nos ayuda a fortalecernos y a estar siempre para la otra persona; por esto Chocomueic más que dinero es humanidad. Yo admiro mucha gente por esa pasión que le ponen a las acciones que realizan, y pienso que también hace parte de esa ley de atracción. Si uno es un apasionado, se encuentra con gente apasionada; así como se canalizan las malas energías, también se canalizan las buenas, y yo quiero ser un imán de lo positivo.

En Chocomueic ejerzo un liderazgo para asegurarme de que las cosas funcionan, de que todo está en orden, que cada uno realiza su labor. Es un ejercicio para verificar que cumplamos las metas, porque aquí todos hacemos de todo; entonces en mi ausencia nunca se paran las cosas, siempre van a encontrar una persona frente a los procesos. En el equipo de Chocomueic cada quien sabe el objetivo de lo que hacemos y lo que queremos, y todo gira en función de eso. A lo largo del proceso he tenido altibajos, y ¿qué no me ha dejado caer?: la fuerza de las mujeres que están aquí a mi lado. Ese engranaje nos ayuda a no desfallecer

y a continuar adelante. Tener alguien que te diga: “usted ahorita no puede, pero venga yo lo hago”, es vital.

Soñé Chocomueic como una empresa de mujeres, porque ahí es donde está la esperanza, el saber y la ancestralidad. Allí confluyen las sabedoras y su experiencia, y las ideas innovadoras de los jóvenes. Es un aprendizaje constante y bonito.

Aquí la gente dice que en Guapi no hay nada para hacer, pero está todo por hacer. Por ejemplo, los jóvenes se gradúan en la ciudad y allá se quedan por las oportunidades que se les presentan. Entonces yo quiero que en Guapi empecemos a tener la mentalidad de que nosotros sí podemos crear empresa y generar desarrollo en nuestro territorio. Es por esto que no me quiero ir del municipio, porque Chocomueic también quiere tener incidencia en la toma de decisiones, y eso, sin lugar a duda, se hace con mayor impacto desde la economía.

Con ese objetivo, nuestras reuniones las planeamos para fortalecernos como personas y como empresa. Trabajamos el chocolate para conseguir diferentes sueños; el principal es formar una empresa sólida, en la que nuestros nietos y bisnietos encuentren oportunidades laborales, y para lograrlo, unirnos con otras partes de la comunidad siempre va a ser fundamental. En este momento nos estamos enfocando en la parte de la comercialización y el posicionamiento de nuestros productos, eso es lo que nos va a llevar a cumplir las demás metas que tenemos.

Estamos innovando con nuevos productos y lugares para venderlos; las trufas, las chocolatinas y el helado hacen parte de nuestros proyectos en un futuro cercano. A veces me sorprende que las personas de aquí vengan a comprarnos, porque nuestros mayores clientes son foráneos, pero también hace parte de lo que estamos haciendo, que Guapi sienta ese emprendimiento propio. Si sienten que esto es de todos, entonces comprenden que hay que aportar, hay que comprar para que nos beneficiemos y esto pueda ser cada día más grande.

El 43 % del área sembrada con coca en la región pacífica está en tierras de las comunidades negras¹², y a pesar de que los enfrentamientos se vivían principalmente en la ruralidad, ahora lo vivimos de frente aquí en los barrios.

– No puedo irme para mi casa, tengo que ir a dormir donde mi mamá porque dijeron que hoy en el barrio van a tirar una bomba – contaba mi amiga al pasar por Chocomueic.

La violencia se recrudece por momentos; a veces está lejana, quieta y pasa desapercibida, otras veces es un torbellino inesperado que mueve todo a su paso. En ese vaivén transcurre nuestra vida. Nuestros cultivadores, la salida de la producción y el bienestar de quienes hacen parte de Chocomueic depende del ánimo de quienes controlan los territorios.

Chocomueic es chocolate, dulcería y confitería artesanal, porque conocemos que los cultivos son integrados y alrededor del cacao se dan otros frutos. Lo que queremos es aprovechar todo para que la gente mire que sí puede generar ingresos desde la legalidad, desde esos cultivos que durante mucho tiempo ellos han amado. Tristemente, ahora optan por otras alternativas por la dinámica del territorio, porque la coca da producción en tres meses y el cacao en tres años.

El Pacífico continúa siendo la región del país con mayor proporción de hectáreas sembradas de coca, hay más de cincuenta mil¹³. En esta zona hay mucha necesidad y la gente en el afán de tener dinero impulsa dinámicas con las que tambalea la paz. Ponemos en riesgo la tranquilidad por una plata que puede satisfacer una necesidad, pero que genera muchas otras.

Por eso, conseguir producción local y lograr un pago justo para los cacaoteros ha sido una tarea bastante difícil. Llegar a ellos es una de las limitaciones más grandes por el tema de los enfrentamientos entre los grupos armados. Nosotros hacemos

la inversión en gasolina y tiempo, y nos embarcamos río arriba a recorrer las fincas en búsqueda de proveedores. Pero nunca sabemos si vamos a regresar o si una bala nos arrebatará la vida en medio de nuestro trabajo. Además, los sembrados del cacao y la coca colindan en las fincas al igual que los diferentes grupos armados, y los campesinos sienten miedo de que nuestra visita les traiga problemas con ellos.

– No se preocupe que nosotros no vamos a ver coca, nosotros venimos a ver el cacao – les explicamos con tranquilidad, mientras hablamos de nuestro propósito.

Como Chocomueic, queremos que en nuestro territorio sea rentable cultivar en la legalidad, que se valore el trabajo de quienes labran la tierra y la calidad de las cosechas que esta brinda. Hemos tenido que educar bastante para eliminar el prejuicio de que si no es coca, entonces ningún cultivo es rentable. Y nos alegra que cada vez vienen más personas a vender cacao. El reto para nosotros es poder lograr ese sueño de tener reconocimiento, que se hagan unas buenas prácticas agropecuarias, que ellos hagan bien la fermentación, el secado, que lo almacenen bien. Entonces, empezamos a exigirles poco a poco.

– Vea Don Salomón, el cacao hoy en Colombia está a tal precio, si mejora la fermentación se le paga el producto como esté a nivel nacional – le digo para animarlo a mejorar el cuidado que le da al fruto.

Don Salomón me recibió el dinero de la primera cosecha que le pagaban en siete años y se echó la bendición con ella en la mano. Este gesto me demostró el sacrificio que él había realizado al trabajar la tierra y que ahora nosotras podíamos reconocer con un pago justo. Esa imagen no se me borra, es un gran impulso; ver la felicidad de ellos es felicidad para mí también.

– Usted encárguese de cultivarlo que nosotros le compramos todo lo que su finca produzca – les decía a los campesinos que visitábamos en los reconocimientos territoriales.

Con Chocomueic nunca ha hecho falta el dinero para

pagar el cacao a los productores. Yo le digo al equipo, la caja nunca puede estar vacía, porque yo no sé en qué momento viene el productor a traer su cacao. Es la bendición divina, alguien llega y siempre hay cómo pagarle. Esto es importante porque yo no puedo jugar con la plata de los productores, y nunca hemos tenido ningún inconveniente, gracias a Dios y a la ancestralidad que sabe por qué lo hacemos.

Esa misma divinidad me ha guiado en los pasos a seguir. Ahora estoy haciendo reconocimiento de tierras para comprar y sembrar lo que quiero. Para que Chocomueic tenga sus plantaciones y no dependamos de otras personas para conseguir nuestros sueños. Mis ancestros tenían sus cultivos y en mi casa lo único que compraban, según mi mamá, era la sal. La comida abundaba, todo lo de la canasta familiar lo teníamos en nuestros sembrados. Por eso quiero conseguir un terreno, porque aparte de los sueños de Chocomueic, me quiero a dedicar a producir lo que consumimos. Voy a sembrar plátano, papá china, arroz... todo lo básico. Mi tío me decía “la riqueza está en el campo”, y eso nunca se me olvida porque me ha impulsado a buscar la soberanía alimentaria para mi familia y la comunidad.

Sueño con que Chocomueic sea una empresa que dé empleo mínimo a cien personas, y que nuestras condiciones de vida, a corto y largo plazo, sean otras. Sueño también que en Chocomueic los emprendedores de Guapi encuentren una casa que les ayude a cumplir sus objetivos. Que, así como nosotros hemos llegado hasta aquí, otros también crezcan, encuentren una luz guía al conocer nuestro camino. Chocomueic significa “chocolate elaborado por mujeres emprendedoras con identidad cultural”, y es por eso que, además de fortalecer nuestras raíces, le apostamos a la recuperación de dinámicas de cooperativismo y comunidad, que eran la forma de relacionarse de nuestros

ancestros; trabajando juntos podemos llegar más lejos.

Muchas personas dicen que es suerte que hemos llegado hasta aquí. No, no es suerte, no es la lotería, ha sido mucho trabajo, demasiado trabajo. Yo he hecho grandes esfuerzos para llegar donde estoy, y en el futuro me veo como una empresaria de alto nivel, reconocida desde la humanidad, la cual reflejo en mis acciones y palabras. En un par de años me veo recorriendo el mundo con el chocolate y con el equipo, capacitando a otros emprendimientos y creando nuevos productos que reflejen la riqueza cultural y gastronómica de mi hogar. Espero que en un futuro no muy lejano se reconozca el cacao de Guapi como uno de los mejores de Colombia, lo que nos impulsaría a repensarnos e innovar, pero con la motivación de que estamos haciendo las cosas bien y podemos beneficiar a muchas familias.

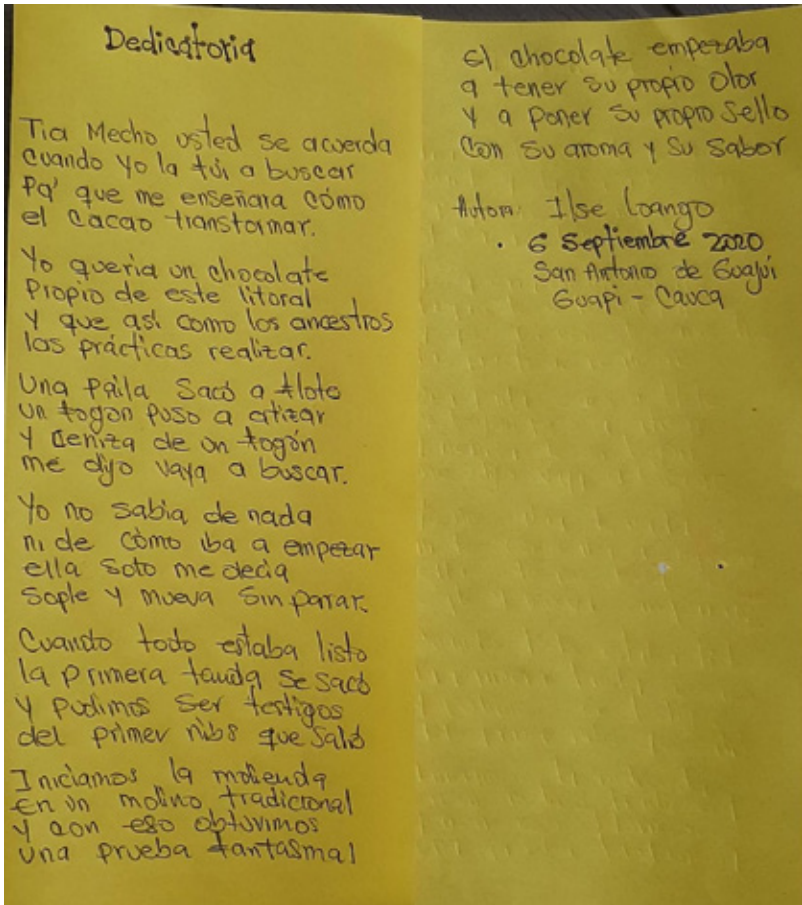
Ese es mi propósito principal, trabajar para generar bienestar en mi comunidad y en mi familia. Sueño con que mi hijo aprenda de todos estos saberes ancestrales, pero que pueda elegir su propio camino y siga sus sueños. Y a través de las acciones que tengo en Chocomueic lo acerco a eso, al igual que a muchos otros niños y jóvenes, creando espacios en los que puedan estar cómodos y seguros, en medio de ejemplos de superación y resiliencia; porque a pesar de que la violencia nos ha golpeado fuerte, hemos aprendido a rehacernos y a avanzar en medio del conflicto.

En Guapi todo el mundo es víctima. Cinco de los integrantes de Chocomueic han dejado sus tierras y su tranquilidad por el conflicto armado; ellos hacen parte de los más de 800 reportes por desplazamiento que ha recibido la Unidad para las Víctimas¹⁴. Como adultos a veces nos vemos envueltos en dinámicas de silencio y fortaleza; debemos hacerle frente a la violencia de manera más directa para que nuestros hijos sientan en nosotros un lugar de protección. Por eso, pensando la posibilidad de que Chocomueic sea un espacio seguro para las integrantes y sus familias, tenemos unas líneas sociales.

En nuestro local, una niña de cuatro años camina hasta una repisa de madera repleta de libros de todos los tamaños; entre los más delgados encuentra uno ilustrado, lo toma y se sienta en una de las tres mesas dispuestas inicialmente para los clientes. Lo ojea con concentración y se detiene en una página que la hace reír. Sus hermanos, un par de años más grandes, adelantan tareas del colegio mientras su mamá está trabajando en la habitación del lado con la producción de cacao que llegó en la mañana. En un par de horas más niños vendrán, hijos de las integrantes y de la comunidad, al club de lectura que creamos con la ayuda de voluntarios del municipio y la organización Manos visibles. Este espacio fue pensado con el fin de generar transformaciones sociales con todos los actores, incluyendo las visiones e ideas que los más pequeños tienen. Con las lecturas reforzamos el diálogo, la expresión asertiva de las emociones y buscamos que las heridas que deja la violencia puedan sanarse por medio del arte y del compartir. Además, buscamos que las madres puedan trabajar tranquilas, teniendo a sus hijos cerca, estudiando, jugando y compartiendo con otros niños en la casa de Chocomueic.

Todo lo que se vive en Chocomueic es magia, es una magia ancestral, es una magia de sueños y realidades, es una magia de mucho poder; de transformar vidas por medio del cacao y del amor.

Soy



Mi poema, sabiduría compartida sobre el cacao



Esmeda

Las raíces que tejimos

*A donde se va la piangua
En la raíz del manglar
¿cómo hacen para sacarla?
Meten la mano y sacan de allá*

Son las tres de la mañana, y el sonido del río Guajuí se desliza suavemente por los ranchos de madera de los habitantes de la vereda Quiroga, en Guapi. La casa traquetea bajo mis pasos porque voy de un lado a otro preparándome; y aunque parece un ritual para cualquiera que me esté mirando, sin saber exactamente qué estoy haciendo, para mí es algo cotidiano. Me pongo una camisa manga larga para que el sol no me lastime tanto la piel, empaco la “chomba”¹⁵ para espantar las plagas, un trapo para que la cabeza no se me llene de barro y unas botas, porque el pantano del manglar suele llegar hasta las rodillas. Además, llevo un limón, como primer antídoto, en caso de que una culebra o un pez sapo me muerdan a mí o a alguna de las mujeres que pianguan conmigo.

El nombre científico del pez sapo es *Batrachoides manglae*, puede llegar a medir hasta 30 cm, y habita en los fondos llenos de lodo, como los manglares, un ecosistema pantanoso, tropical y biodiverso donde el agua del río se mezcla con la del mar, los árboles se elevan y sus raíces son visibles. En Colombia, los manglares tienen una extensión de casi 300.000 hectáreas¹⁶; prácticamente un territorio siete veces más grande que Medellín. En solo el litoral Pacífico se encuentran el 75% de estos, y el 25% restante en el litoral Caribe e Insular. Aquí, en el Cauca, está en los municipios de Guapi, Timbiquí y López de Micay.

Después de haber desayunado y preparado el fiambre, debo embarcarme en una travesía de una hora hasta el manglar; desatraco el potrillo, una embarcación que utilizamos en el Pacífico para transportarnos, y subo el canaleta, un instrumento

de madera con el que remamos. Voy avanzando por el río y varias mujeres se me unen en el camino, mis compañeras con las que voy a pianguar. La piangua es un molusco distribuido por el Pacífico americano, se encuentra desde California hasta Perú, y está, principalmente, en los manglares. Todas estas mujeres que van conmigo, tal como lo hicieron sus ancestras y las mías, conocemos y adaptamos nuestro ritmo de vida a las mareas del Pacífico, que sube y baja cada seis horas aproximadamente; es por eso por lo que salimos a las cuatro de la mañana, porque debemos regresar antes de las once; a esa hora el río comienza a bajar y se seca, haciendo más complejo navegar y casi imposible que regresemos hasta que vuelva a subir.

Alrededor de las cinco de la mañana, las mujeres llegamos al manglar y empezamos a prepararnos para la jornada; pianguar es un oficio de espera y obstinación. Para buscar el molusco, debemos meter las manos entre las raíces de los árboles, palpamos y, cuando sentimos alguno, lo sacamos, lo medimos en un pianguímetro¹⁷, y si cumple con las condiciones lo echamos a un canasto para repetir la operación. Cuando ya cada una de nosotras ha recolectado las pianguas suficientes, descansamos, nos comemos el fiambre y nos embarcamos de regreso hasta el centro de acopio; allí las preparamos y las vendemos. La talla mínima de captura de la piangua es de cinco centímetros, y es una garantía para la reproducción de los moluscos y el cuidado de los procesos naturales del manglar.

Nosotras somos las mujeres de Construyendo Sueños, un colectivo organizado y constituido; y yo soy Esneda Montaña, representante legal y lideresa de este. Construyendo Sueños es apenas una de las varias asociaciones que existen en Quiroga-Guapi para recolectar y comercializar productos típicos de la región. Los habitantes de Quiroga sabemos que tenemos que asociarnos para construir y trabajar juntos; nuestro colectivo, por ejemplo, sirve de sustento económico para más de diez mujeres de la comunidad.

Raíces

Yo vivo todavía en la comunidad donde nací y crecí: Quiroga, una vereda de Guapi que está ubicada aproximadamente a 45 minutos, en lancha, del casco urbano. Las primeras cuatro familias que llegaron a Quiroga lo hicieron del Naranjo, una comunidad del alto Guapi. Filoteo Perlaza, José Cristo Hurtado, Adolfo Rivera y Félix Rodríguez decidieron instalarse aquí, y así crearon este poblado donde actualmente existen 217 casas, con 250 familias. En algunas casas hay hasta 5 familias, dando así un total de 1.200 habitantes, aproximadamente.

Plinio Morado Obregón, mi esposo, y yo; llevamos 32 años en unión libre y tenemos dos hijos que ya se independizaron, ellos vienen a visitarnos cuando la nostalgia por volver a probar el ceviche de piangua que yo preparo es más grande. El mayor, Plinio Andrés Obregón Montaña, tiene 30 años y vive en Chile, donde trabaja como enfermero; el otro, Sofonias Obregón Montaña, tiene 28 años, vive en Cali y se dedica a ser electricista.

Plinio y yo nos conocemos desde pequeños, los dos nacimos y crecimos en Quiroga, vivíamos frente a frente, solo separados por el río. Cuando yo estaba más grande decidí irme para Cali a hacer vida allá; un día nos encontramos en la terminal de transportes, nos pedimos los números, empezamos a hablar cada vez más seguido y terminamos por enamorarnos. Cuando ya estábamos juntos, Plinio me contó sobre sus planes de irse a vivir a Puerto Tejada, porque él trabajaba en la industria del corte de caña y allá era donde estaba el trabajo, así que yo decidí acompañarlo, él se puso a trabajar y yo terminé mi bachillerato e hice estudios en Enfermería, que era lo que había soñado; nos fuimos juntos, pero con la idea siempre de regresar a nuestro pueblo, porque no nos gustaba vivir en municipios tan grandes.

Un día, después de sentir que habíamos estado lejos de nuestras raíces durante mucho tiempo, decidimos volver a Quiroga, construir una casita y quedarnos en el río que nos había visto nacer. Estoy convencida de que no hay nada como vivir en la propia tierra, porque uno se come aquí lo que quiere y no tiene que pagar tanto; si a mí me dan ganas de comer camarón, simplemente voy y lo pesco. Si me provoca comerme una jaiba, voy y me la como; en cambio, en la ciudad uno no puede darse ese lujo.

Mi casa es un palafito a la orilla del río, está pintada de un azul marino algo desgastado, los acabados en barandales y ventanas son blancos, y combinan con las palmeras que la rodean y las gallinas que van revoloteando y haciendo ruido de un lado a otro. Afuera de la casa, colgamos algunos adornos de cerámica y conchas marinas que decoran el espacio; también, hay unas sillas rojas de plástico que utilizamos para sentarnos a recibir la brisa de la tarde. La imponente e infinita selva se alza detrás de nosotros, tanto así que parece a punto de devorarnos; allí tenemos un terreno donde sembramos plátano y papa china; yo tengo también mi propia azotea con algunas hierbas medicinales y otras aromáticas.

Al lado de nuestra casa, hay dos construcciones más, el centro de acopio del colectivo Construyendo Sueños, donde guardamos y procesamos las pianguas para su posterior comercialización a distintas ciudades del país; y la posada Catanga, un hospedaje para los turistas que desean realizar una ruta natural y ancestral implementada por nosotros, los habitantes del río Guajuí. Los visitantes llegan a Guapi, conocen un poco el casco urbano y desayunan en el restaurante Raíces de Tierra y Mar, de la Fundación Chiyangua, liderada por Teofila Betancourt. Después, se embarcan durante aproximadamente 45 minutos hasta Juanico, una comunidad cercana a Quiroga y almuerzan en el restaurante La Uramba, del colectivo Mujeres Productoras del Jardín; allí realizan unas prácticas de pesca con

piola o volantín¹⁸, y participan en un taller de cocada y azoteas. Luego, llegan hasta aquí, son recibidos con un coctel artesanal, como bienvenida, y duermen en la posada; al día siguiente madrugan, les preparamos el desayuno y nos alistamos para ir a pianguar y almejar con ellos, y si quieren pueden capturar camarones o pescar con malla a través de Agropesqui, otra asociación de Quiroga.

En realidad, las asociaciones de Quiroga nos unimos para poder ofrecerle al turista la ruta perfecta; está diseñada tan minuciosamente que buscamos hacer de la experiencia una verdadera y completa inmersión en el Pacífico colombiano; hasta con la gastronomía somos bastante cuidadosas y por eso decidimos dar un refrigerio en medio de la jornada de pesca y recolección de moluscos y camarones, que fuera muy tradicional, como lo es el tamal de piangua, una de las recetas más representativas de nuestra gastronomía.

El tamal de piangua es una de las preparaciones con las que siento una conexión más fuerte; mi padre fue quien me la enseñó a preparar, entonces siempre me recuerda a él. Después de que mi mamá murió, cuando yo apenas tenía ocho años, mi papá fue el que se hizo cargo de mis hermanas y de mí, por eso yo siempre digo que él es mi modelo a seguir y una de las personas más significativas en mi vida. Siempre recuerdo los días en que se sentaba a moler el plátano con una piedra, y no descansaba hasta que quedaba tan triturado como quería; cuando ya tenía la masa lista, preparaba la piangua, el camarón y lo rellenaba. Siempre me parece muy chistoso la cantidad de tiempo que pasaba mi papá pegándole al plátano con esa piedra, eso era dele y dele para que quedara finito, finito.

Después de la doble jornada en manglares y mar abierto, los turistas regresan a la posada Catanga, preparan lo que pescaron, limpian, pican y cocinan, a la par que nosotras, que les vamos enseñando el proceso, y así ellos tendrán la oportunidad de replicar las recetas en sus propias casas. Después del almuerzo,

y con la llegada de la perezita de la tarde, les preparamos un “empipado”, una bebida tradicional del Pacífico realizada a partir del coco biche, a la que adicionamos leche, leche en polvo, leche condensada, canela y nuez moscada.

La mayoría de las familias en Quiroga vivimos de la pesca artesanal, la agricultura y, algunas otras, del turismo. Los hombres, principalmente, capturan camarones tití, tigre, langostino y pomadilla; además de algunos peces como el gualajo, pargo rojo, ñato y bagre. Por otro lado, en los manglares las mujeres recolectamos piangua, piacuil, almeja, zangara y cangrejo de barro. Casi que toda nuestra gastronomía está basada en eso, pero también ahora son muy comunes los cultivos de coco, arroz, maíz, plátano, papa china, entre otros; a pesar de que durante un tiempo vivimos condiciones muy complicadas con lo de la *fumigadería*, porque venían los aviones, echaban el glifosato y dañaban todas las cosechas; por eso ya ninguna familia quería sembrar.

Además, también se dañaban las azoteas que nosotras teníamos a las afueras de las casas, porque cuando las autoridades echaban eso, lo echaban en todas partes, sin importarles ni siquiera si uno estaba afuera; estoy convencida de que son los cultivos ilícitos los que han traído la violencia a las comunidades. Pero ahora, el glifosato no es más que algo de antes, ahora todos tenemos nuestros sembrados porque con la firma del Acuerdo de Paz y una evidente disminución de la violencia, la Gobernación del Cauca y el Ministerio de Agricultura nos ayudaron a restaurar nuestras tierras para que pudiéramos obtener los alimentos del suelo, y que así la vida en Quiroga sea medio parecida a como me acuerdo que era cuando yo estaba pelaíta.

Así como mi papá me enseñó a preparar el tamal de piangua, también me enseñó cómo sembrar; recuerdo que él iba regando varias semillas y éramos sus hijas las que teníamos que guardar los cultivos; en época de vacaciones, todas íbamos al monte para espantar los pájaros y que no se comieran nada,

y junto con los hijos de otros liderantes¹⁹, pasábamos los días jugando, corriendo y cuidando las cosechas.

La relación con mi papá, Ofelio Montaña Sinisterra, siempre fue muy cercana, porque cuando murió su esposa, mi mamá, se convenció de que nadie nos cuidaría como él mismo, fue el que se encargó de nuestra crianza; se despertaba para vestirnos, darnos comida y siempre estaba pendiente de que nunca nos faltara nada. Era común verlo limpiando la casa en las mañanas, después nos preparaba el desayuno y nos organizaba para la escuela; cuando ya estábamos allá, él se iba a trabajar a la finca con los empleados, y a medida que se acercaba el medio día dejaba a los trabajadores y se devolvía hasta la casa para que cuando saliéramos de la escuela ya estuviera el almuerzo hecho.

Crecer sin mi mamá me cambió la vida totalmente, todo lo que yo pensaba de niña que podía hacer, no lo pude hacer por su ausencia. Cuando uno va creciendo no le puede preguntar al papá cómo le viene el periodo a una mujer; esas cosas yo no las compartía con nadie, pero yo sé que él hizo todo lo posible para convertirse en el apoyo que mis cinco hermanas y yo necesitábamos. Cuando había algo que él no podía hacer, mi abuela materna estaba allí; ella también estuvo muy presente en nuestra crianza. Mi padre y mi abuela materna fueron los roles más importantes para mí, incluso mi papá fue mi maestro en la cocina; siempre que tenía alguna duda o no sabía cómo hacer una receta lo llamaba para preguntarle, él trabajó mucho tiempo como cocinero en bares de Buenaventura y sabía muy bien todo sobre el oficio; además, tenía muy buena sazón. Por otro lado mi abuela materna fue la que se puso testaruda y dijo que le iba a enseñar a sus nietas a pianguar; yo siempre he pensado que ella fue la que sembró la primera semilla para que el emprendimiento que tengo ahora sea una realidad y un proyecto productivo para las mujeres de Guapi; sin ella yo no sabría pianguar y este colectivo no sería posible para generar empoderamiento e independencia económica.

Tres años después de la muerte de mi madre, Eudoxia Obregon, tuve que salirme de estudiar porque mi padre se había vuelto a casar con una profesora, y yo tenía que cuidar de mi hermanita más pequeña y del recién nacido de mi papá y mi nueva madrastra. Me salí de la escuela porque sentí que sería más útil si me quedaba en la casa; entonces, ahora barría, lavaba platos, ropa, pañales y me dedicaba a cuidar a los bebés. Mientras ellos se iban a trabajar yo me aseguraba de que todo estuviera bien y siempre pensaba: Dios mío, yo no voy a terminar mi bachillerato; eso me ponía triste, porque yo sí quería seguir estudiando, pero sabía que antes de graduarme debía ayudar a mi papá y hacerle la carga menos pesada.

Cuando mis cinco hermanas terminaron el colegio, se fueron para Cali y ellas ya hicieron su vida allí; una es modista, la otra es enfermera y el resto se dedican a su hogar. Cuando yo vi que mi papá ya estaba bien instalado con su mujer, decidí irme a probar suerte, llegué a trabajar a una casa de familia y solo ahí empecé a apostar por mis sueños de niña.

Volví a Quiroga después de un tiempo y me sentí feliz por estar al lado de mi papá; yo siempre estuve muy orgullosa y agradecida con él.

El 29 de junio de 2020 él falleció, yo me quedé a su lado hasta el último de los días.

Territorio

Yo siento que Guapi es el paraíso para vivir, pero no puedo ser ciega y decir que aquí no pasa nada. El Cauca ha sido uno de los departamentos más afectados por la violencia en el país, y Guapi no ha sido la excepción; el municipio presentaba un nivel de necesidades básicas insatisfechas de más del 80%²⁰, una de las más altas en el Pacífico caucano. Además, nos hemos visto enfrentados a temas como el desplazamiento,

los enfrentamientos entre grupos armados y el montón de cultivos ilícitos; por eso muchas veces estamos aburridos, porque ha habido mucha violencia aquí. Por ejemplo, la Unidad para las Víctimas registra más de 18.000 personas desplazadas o expulsadas, desde 1984 hasta 2017, en Guapi, ¿y cómo la gente no iba a querer irse?, si a veces los soldados estaban en el río, y los otros en la loma; entonces, los niños quedaban en el medio del enfrentamiento viendo como las balas salían.

Una vez, en medio de un tiroteo, una bala traspasó una canoa en la que varios niños iban para el colegio, la canoa se hundió y tuvieron que pasar más de cinco meses para que los estudiantes pudieran volver después de ese hecho. A veces era hasta difícil salir a comprar comida; por ejemplo, una vez mandé a uno de mis hijos por una carne a Limones, porque no era día de clase; en eso se formó el *tembereque* y mi hijo en la tienda y sin tener pa' donde coger se acostó en uno de los congeladores.

La balacera duró más de una hora y cuando se calmó la cosa él cogió río abajo, porque decía que para dónde más iba a coger si no era para la casa; pero yo estaba desesperada, corría y gritaba, y decía que yo mandaba a comprar a mi hijo algo para comer y lo mandaba era a buscar la muerte. Le decía a Plinio que echara la canoa, que me iba a ir a buscarlo, y él respondía que para dónde me iba a ir, que se muriera uno, pero que no nos muriéramos los dos.

Al final, y después de varios hechos parecidos, mis hijos ya ni querían ir al colegio, porque siempre decían que podían no volver, y como el río es el corredor principal de nosotros, pero también era la trinchera de los actores armados, transitar por él se volvía algo muy peligroso. A veces, los pescadores se encontraban a los grupos escondidos ahí, y les decían: “devuélvanse mejor pa' sus casas”. Con todo eso que sucedía, mis hijos sin querer ir al colegio y yo con miedo a que se dejaran tentar por un arma o por dinero, como ya había pasado con otros jóvenes, los mandé a Guapi para que los dos terminaran el bachillerato allá.

Después de la firma del Acuerdo de Paz, la violencia disminuyó, pero la Defensoría del Pueblo, en enero de 2021, alertó sobre un riesgo para el departamento del Cauca, generado por “la reconfiguración y reacomodamiento de los actores armados ilegales, con posterioridad a la firma del acuerdo final”²¹. Aunque el conflicto disminuyó, sentimos que los grupos armados siguen estando presentes en nuestro territorio.

Sueños

Construyendo Sueños se constituyó el 30 de junio del 2013, pero en realidad nació tres años antes con el programa Mujeres Ahorradoras en Acción, de la Dirección para la Prosperidad Social. El objetivo era capacitar a algunas mujeres, que nos asociáramos e hiciéramos un ahorro mensual para que, después, lo capitalizáramos y dar los primeros pasos en el mundo del emprendimiento. Con esta práctica buscaban fomentar la unión y la cultura del ahorro entre nosotras, debíamos invertir como grupo, constituirnos y empezara trabajar.

Con nuestro primer ahorro construimos una casita de madera que pasó a ser el centro de acopio del colectivo, compramos también tachos, cabas y baldes para empezar a pianguar. Comenzamos a trabajar colectivamente, la Fundación ACUA se interesó en nuestra labor, y para apoyarnos, nos capacitaron y lograron que mejoráramos y aceleráramos nuestros procesos productivos; además, nos dieron una planta eléctrica, un congelador, botas, más baldes, más tachos y el dinero para el terreno que estaba al lado del centro de acopio, que ahora es donde está construida nuestra posada turística Catanga.

Tiempo después, nos enteramos del Programa Territorios de Oportunidad, donde había un concurso por 40 millones de pesos; decidimos participar, y aunque allá habían muchas organizaciones, no teníamos miedo. Nosotras no pudimos estar

en la primera etapa, pero sí en la segunda. Yo misma fui hasta Popayán y gané, saqué el puntaje más alto, de cien, cien; nos dieron los 40 millones de pesos y así logramos tener un motor²². Cuando la Fundación ACUA vio el motor que nos ganamos, nos dieron una canoa, según ellos para que tuviéramos motor y canoa nuevos. Nos sentíamos muy contentas porque eso que había comenzado con un pequeño ahorro, era ya toda una planta de producción de mariscos en Quiroga, Guapi. En determinado momento, Leonor Espinosa²³ conoció nuestro trabajo y nos contactó para que hiciéramos una alianza y comenzáramos a trabajar juntas; ahora las pianguas, que recolectábamos las mujeres de Construyendo Sueños en Quiroga-Guapi, eran preparadas en el restaurante de una de las chefs más importantes del mundo.

A medida que nos iban reconociendo, llegaron entidades preocupadas por los manglares y la reproducción de los moluscos. Un biólogo vino hasta Quiroga para enseñarnos a tomar las medidas de la piangua y mostrarnos los mejores puntos de recolección, donde no afectáramos el desarrollo de los manglares. Tomamos algunas pruebas y las mandamos al laboratorio para conocer las características de las pianguas, porque deseábamos saber si el glifosato o la minería las había afectado; y así, se tejió una unión entre los saberes técnicos de las personas en los laboratorios, y los saberes ancestrales de nosotras, las mujeres; ambos apostamos por el objetivo de conservar y proteger la piangua y el manglar.

En años recientes, también se han sumado a este sueño entidades internacionales; primero fue la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional, conocida como USAID, que llegó para auxiliarnos con la finalización de la construcción de la posada turística. Luego, fue ECO Gourmet, un programa de Conservación Internacional Colombia, que busca fortalecer la cadena de valor de la pesca artesanal en el país; nos inyectó un recurso para la reestructuración del centro de acopio e insistió

en que debíamos expedir el registro INVIMA; contar con la aprobación sanitaria del Ministerio de Salud y Protección Social es importante y da estatus a la hora de fabricar, envasar e importar un alimento con destino al consumo humano. Estamos en ese proceso y esperamos contar con la certificación próximamente para seguir creciendo.

Sentir cómo nuestros productos han llegado hasta varios sitios del país es un orgullo enorme para todas, y que además cuentan y confían en nosotras para que así sea. De hecho, nos han propuesto atender pedidos de hasta 4.000 empanadas de piangua, porque con el fin de visibilizar el producto en ciudades como las del interior del país, Mucho Colombia nos propuso realizar estas empanadas para que su consumo fuera más aceptado. Cómo habrá sido la labor de difícil, que para las 4.000 empanadas se necesitan aproximadamente 15 o 20 kilos de piangua, por lo menos; y en promedio, una pianguera extrae 132 pianguas por día.

Para mí lo más bonito de este proceso es estar unidas como colectivo. Cuando uno se junta con otras mujeres une fuerzas y ya el Estado y las entidades lo ven diferente. Si ven a una sola persona no colaboran, por eso lo más importante es la juntanza y que todas crezcamos a la vez. Pero no puedo negar que también hay cosas complejas; por ejemplo, tener esa fuerza y esa voluntad para hacer que las mujeres permanezcan unidas y quieran seguir; a veces creo que yo como representante legal debo tener aún más fuerza de voluntad para no dejar caer el proceso. Muchas veces me he tenido que enfrentar a compañeras que tienen convicciones distintas y creen que las cosas deberían hacerse de forma diferente. Por ejemplo, en ocasiones me han propuesto que nos quedemos con el dinero de las entidades y lo repartamos entre nosotras, yo soy quien debe tener la fuerza para decir que no.

En Quiroga hay once organizaciones y una de las más fuertes es Construyendo Sueños, porque nos hemos mantenido.

O sea, si viene Teofila Betancourt, que nos ayudó a elaborar un proyecto en el inicio, aquí estamos; si viene la Fundación ACUA que nos apoyó, aquí estamos; y si ellos nos dicen: ¿dónde está la planta eléctrica que les di?, aquí está; ¿y la canoa que les di?, aquí está. Vienen todas las entidades que nos han apoyado y nos preguntan dónde está lo que les hemos dado, y podemos decirles: aquí está. Pero si nosotras lo vendemos, ¿cómo hacemos para decirles?; a las otras organizaciones les dan y lo venden; nosotras no pensamos así, pensamos que las cosas son para el colectivo, para el bien común. El motor está ahí, y si alguna tiene una diligencia lo puede usar, pero si vamos a buscar piangua, nadie se puede llevar el motor porque hay que hacer lo primero, que es lo del colectivo.

Yo creo que Construyendo Sueños ha funcionado porque somos organizadas; además de la gran cantidad de convenios y apoyos que hemos tenido, también hemos sabido crear un sistema de ahorro para cuando la canoa o el motor puedan averiarse.

Nosotras estamos convencidas de que nuestras cosas nunca se van a deteriorar, porque siempre estamos guardando para reponer lo que está mal; ahora nos están quedando el centro de acopio y la posada turística muy bonitos, pero si una entidad nos da las cobijas, colchones y otras cosas, y eso luego de un tiempo se daña, ¿entonces cómo hace uno para volverlo a comprar? Tenemos que guardar y ahorrar.

Además del ahorro para asuntos competentes al colectivo, también tenemos otro ahorro para alguna calamidad doméstica que pueda ocurrirle a alguna de nosotras. Por ejemplo, si se enferma un hijo y no tiene dinero para transportarlo, podrá usar los ahorros que tenemos, porque sabemos que uno muchas veces no tiene de dónde sacar, pero entonces nosotras le damos el dinero y le decimos: vaya cómprele las pastas a su hijo o vaya compre la gasolina para llevarlo al puesto de salud a Guapi. Si nos repartimos la plata, ¿de dónde sacaremos? Cuando nos

pagan, nosotras sacamos lo que invertimos, sacamos la parte del ahorro del colectivo y ahorro contra calamidades; solo ahí nos repartimos la plata en partes iguales entre las mujeres que trabajamos en la producción; aquella que no trabaja, así haga parte del colectivo, no tiene derecho al dinero.

Yo siento que la juntanza de mujeres logra grandes cosas, por eso es por lo que siempre he estado involucrada en colectivos y asociaciones. Antes de estar en Construyendo Sueños, hacía parte de Asoagropesqui²⁴; allí era artesana junto a otras mujeres, pero después de ocho años ya estábamos cansadas porque nosotras nunca podíamos estar en la junta directiva de la organización, había espacios para nuestra representación. Entonces, seis mujeres nos salimos y decidimos fundar nuestro propio colectivo llamado Ancestrales, el cual estaba enfocado en artesanías.

Tejíamos, diseñábamos y creábamos con nuestras propias manos los productos; además, encontramos la forma de asociarnos con un programa de cuidado de tortugas marinas, que en esa época estaba vigente en el territorio; los cuidadores de las tortugas recogían los productos, los llevaban a la Isla Gorgona y los vendían a los turistas.

Todo comenzó cuando Catalina Valbuena, una de las líderes del proyecto de conservación, llegó a casa de una de las artesanas para recoger unas tortugas marinas que los pescadores habían capturado; ella nos encontró tejiendo y le encantó que utilizáramos plástico reciclado como material, porque este era una de las principales causas de atragantamiento de las tortugas. Catalina se conmovió muchísimo y nos quiso ayudar, dijo que ella comercializaría los productos en la Isla Gorgona; entonces, los sombreros y bolsos tejidos que hacíamos nosotras se convirtieron en uno de los principales atractivos para los miles de turistas que llegaban cada año. Poco después llegó el proyecto de Mujeres Tejedoras de Vida del Ministerio de Cultura, y nos impulsó a continuar con las artesanías, nos

visitaron, establecimos un contacto y entramos a hacer parte de los colectivos participantes. Cuando Catalina finalizó su proyecto aquí, nosotras ya teníamos redes en el Ministerio, el cual nos ha fortalecido con capacitaciones e insumos necesarios para continuar la labor.

Ancestrales funcionó hasta que yo decidí retirarme; a partir de mi ausencia, el colectivo se acabó porque ninguna otra mujer quiso asumir la vocería. El Ministerio de Cultura vio mis ganas de emprender y me propusieron fundar otro proyecto productivo, y así nació Construyendo Sueños. Gracias a ese apoyo hemos ido a ferias, en varias ciudades del país, nos han dado insumos y herramientas para seguir trabajando y, más importante aún, nos han capacitado en temas de emprendimiento, mercadeo, creatividad, entre otros.

La gente siempre me pregunta por qué se llama Construyendo Sueños, porque dicen que ese nombre es muy poderoso, pero no puse yo, fue idea de una compañera, yo no estaba el día que hicieron la asamblea de constitución del grupo, porque andaba en un evento de Popayán.

Cuando llegué, la tesorera, llamada Eusebia Montaña, me contó y me dijo: “Esneda, a usted la nombramos como representante legal, aun no estando”. Le pregunté el por qué, y me dijo que era porque del grupo yo era la única que tenía la cabeza fresca y entendía bastante; entonces, ellas tomaron la decisión, a pesar de yo no estar. También, contó que el nombre que le había puesto era Construyendo Sueños; yo le pregunté: ¿ese nombre qué?, y me dijo que es porque era un sueño que había hablado conmigo; siempre que estábamos pensando en la creación del colectivo, repetíamos que íbamos a construir un sueño para toda la comunidad que ni siquiera se lo iba a imaginar, y que nunca pensarían que una empresa así surgiría de Quiroga.

Juntanza

Yo estoy convencida que la juntanza siempre crea cosas hermosas; por eso, busco que todas las mujeres activas y emprendedoras se unan a Construyendo Sueños. Voy reclutándolas, porque entre nosotras debemos relacionarnos y luchar por salir adelante. Gracias a las capacitaciones que todas hemos recibido, ahora somos más sabedoras en temas de igualdad, violencia intrafamiliar y derechos humanos; primero pensábamos que las mujeres teníamos una posición inferior, y ya no, ya vamos creyendo otras cosas.

Yo siempre he visto dentro de mi comunidad el egoísmo del hombre hacia la mujer, por la forma en que, en Quiroga, aún hoy, son los maridos quienes ponen las riendas en el hogar; no obstante, por toda esta formación, dicha violencia dejó de estar normalizada y cada vez son más las mujeres que le dicen a su esposo que van a salir por una reunión o que van a trabajar para conseguir independencia económica.

En Construyendo Sueños hay una compañera llamada Felisa Rodríguez, ella es el ejemplo de que el cambio es posible. Felisa era una mujer de la casa, con un marido que creía que debía atenderlo a él y a sus tres hijos, y no hacer nada más. Un día yo fui a buscarla y la invité a participar en el colectivo, la nombré secretaria para que fuera una excusa y decirle que siempre tenía que asistir a las reuniones. Cuando voy a la casa de ella el esposo me mira bien feo, pero yo siempre respondo que, por su cargo, debe estar presente en Guapi, en Popayán, en donde sea que toque estar. Una vez él se enojó y me reclamó, pero yo le dije que Felisa no era de su propiedad.

Plinio, a diferencia de él, no tiene ningún problema con que yo tenga mis reuniones y compromisos, y sea una mujer empoderada e independiente; yo suelo viajar mucho y cuando a él le preguntan que cómo hace para amañarse con una mujer tan liberada, que lo deja solo limpiando, cocinando y encargado del

hogar, él sonrío y dice que desde el principio eso fue lo que yo dije que me gustaba, que él no me lo prohibió en ese entonces y menos lo iba a hacer ahora; siempre dice: “esa es la vida de ella, eso es lo que le gusta y a mí no me queda más que apoyarla”.

Yo nunca tengo problema en ir a donde tenga que ir; por ejemplo, una de las experiencias más hermosas fue cuando representé a la región del Pacífico colombiano en un evento en México. Cuando me contaron que debía ir hasta Morelia, solo pregunté: ¿y a mí quién me va a llevar por allá? Y me dijeron: “el avión”.

—¿Y, yo sola?

— Sí, usted sola, y no puede decir que no porque los tiquetes ya están comprados.

Había una feria, y yo tenía que preparar un plato; decidí hacer un arroz atollado con piangua, y aunque no podía llevar nada de comida desde aquí, ni la piangua porque me dijeron que allá la conseguía, sí me empaqué una salsa de hierbas, la envolví entre varios bluyines para que no me la fueran a quitar.

El viaje comenzó en un vuelo de Guapi hasta Cali, de Cali fui hasta Panamá y en Panamá ya cogí el avión para Ciudad de México. Lo más extraño fue que cuando salí de Cali ya no había nada de tierra, solo nubes. Yo estaba en la ventana y lo único que podía pensar era: Dios mío yo para donde es que voy; yo había escuchado que en los vuelos había muchos accidentes, y por eso iba con *cosí-cosí*, porque además iba para un país desconocido, sola y sin saber con quién me iba a encontrar. Cuando llegué, recogí mi maleta, verifiqué que la salsa hubiera llegado bien y salí, porque allá me dijeron que alguien me estaba esperando. Era la 1:00 de la mañana y estaba muy cansada, porque ese vuelo fue muy largo; entonces, solo quería llegar a dormir.

A la salida vi a un señor con una tablita que decía “Esneda”; él me llevo al hotel y me dijo que debíamos madrugar porque al otro día teníamos que coger el bus para ir hasta Morelia. Nos despertamos temprano, y en ese viaje de

casi cuatro horas pensaba que por la carretera no había nada verde, todo lo que había era como un barro rojo y los árboles secos; allá parece un desierto.

En el evento me tranquilicé más cuando me encontré a Leonor Espinosa; ver una cara conocida me hizo sentir mejor; estuvimos juntas en la misma mesa. Al final no se pudo conseguir la piangua para hacer el arroz y tuve que utilizar fue mejillón. Eso aquí no lo usamos, incluso lo llamamos como chiripiangua. Nunca nadie le ha parado bolas a eso y no se ha preocupado por prepararlo; cuando yo venía y le decía a la gente que el mejillón se comía, les parecía extraño. Lo preparé con esa chiripiangua, pero parece que a las personas les gustó, porque nadie dejó nada.

Lo más difícil, luego de tener que participar, fue comer en México; todo allá tenía mucho ají y era muy picante. Con los días la boca ya no la resistía de lo picante; cuando probaba lo que hacían los otros chefs era como si me abrieran la boca y me metieran un ajo; todo allá era como raro.

La experiencia en México duró cinco días y me permitió explorar sabores que nunca había conocido; un chef estaba preparando unas ancas de rana, y yo le pregunté:

- ¿Eso es chula?
- Chula no, ranas – respondió él.
- La misma cosa.

Le dije que me daba mucha pena, pero que yo no me iba a comer eso, porque en mi tierra comíamos mariscos, pero esas cosas no; que imaginaba que estaban muy ricas, pero no quería.

Certezas

Yo no sé qué viene ahora para Construyendo Sueños; sé que estoy animada y quiero seguir trabajando por mi bienestar y el de las mujeres aquí en el territorio. No podemos rendirnos ahora, porque ya nos han reconocido algunos éxitos y yo he

visto progreso en las compañeras; por ejemplo, Felisa aún no sabe escribir ni leer, pero ya sabe firmar; yo le enseñé a firmar, y muchas otras han cortado las relaciones abusivas o conductas violentas que tenían en sus hogares.

Además, el acompañamiento por parte de las entidades también es un estímulo para continuar adelante. Nos sentimos bien por ser una representación de nuestro territorio en diferentes plataformas; eso nos motiva a seguir trabajando, porque llevar un plato con piangua, camarones o almejas, y estar en una mesa a nivel nacional o internacional, para todas es un orgullo, para sacar pecho.

Aunque ser pianguera y cocinera tradicional no es exactamente lo que yo soñaba de pequeña, sí me ha abierto las puertas para preservar mi tradición y los saberes ancestrales, heredados de mi padre y de mi abuela materna. Creo que, en realidad, sí sé qué viene para Construyendo Sueños: aunque ya seamos microempresarias, quiero que seamos más grandes, quiero avanzar y crecer, para que cada vez sean más las mujeres jóvenes de la comunidad que se puedan unir a nuestro sueño.

Soy

Tamal de Piangua

Platano Licuado
Coco
Piangua
sebollo
chillangua
Poleo
Albaca
sal
Achiote
hojas blanca

Se licua el platano
en leche de coco se licuan las yervas y
se lecha sal y se le agrega
color y se pone a cocinar
hasta tener una masa a
hojenia

Luego se prepara
un guiso con sebollo y las yervas
antes mencionadas

El sudado de piangua

la masa se coloca en la hoja
se abre un poco y se coloca
el sudado de la piangua
se le agrega un poco de guiso
sobre el sudado y se cubre
con la masa y se enbuel
be

Mi receta tradicional de tamal de piangua



Ifigenia

El árbol más grande del mundo

Fantasías

El árbol era gigante, tan gordo que varios hombres no podían abarcarlo; darle la vuelta era como viajar alrededor del mundo. Las raíces, que no encontraron más espacio dentro de la tierra, salían cada una a su manera. A veces eran andenes donde la gente se sentaba a conversar, o mesas en las que los viejos ponían los juegos o el viche; durante las carreras, eran los palos donde nos enredábamos y terminábamos con las rodillas raspadas de la caída; o podían ser, también, monstruos que domábamos y cabalgábamos para recorrer diferentes universos. Las personas de la comunidad a veces comían las hojas y los frutos, que casi siempre caían de este voluntariamente, otras veces, por pedradas que le lanzábamos los niños. Cuando las hojas se secaban después de varios días en el suelo, era maravilloso. Recuerdo el sonido cuando el viento las arrastraba o el *crac* cuando les saltábamos encima; me encantaba.

Era toda una experiencia estar debajo del árbol. No había columpio, no había nada, pero jugar en él era entrar a un mundo diferente, donde todo lo que imaginábamos era posible. Mirar hacia arriba permitía descubrir que se podía conquistar un poco del mundo subiendo hasta su copa. Sus ramas acogían nuestra creatividad y también nos protegían de lo malo que pudiera existir afuera; era un lugar seguro para soltar nuestra curiosidad y soñar. A medida que el día avanzaba iban rotando las edades debajo del árbol. En las mañanas nos apoderábamos de él con juegos, y en la tarde, al caer la noche, estaban los mayores que empezaban sus partidas de dominó; entonces, ya los niños jugábamos en otra parte.

Yo, Ifgenia Garcés Urrutia, nací el 12 de noviembre de 1981 en Istmina, municipio de Chocó. A los pocos meses de nacida, viajé con mis padres, Flavio Enoff Garcés Arcila y Sor Elena Urrutia Córdoba, a Quibdó, capital del departamento, en búsqueda de oportunidades. Aquel árbol, que estaba cerca

a la casa de mi abuela en Tadó, era para mí el más grande del mundo. Estando en la casa de Quibdó, contaba los días para que fueran vacaciones y, por fin, emprender el viaje hacia aquel territorio que me llenaba de felicidad. Desde pequeñita ciertas cosas me empezaron a llamar la atención, y comenzó a volar mi imaginación con ellas, entonces me gustaba narrar. No tenía el hábito de escribir, pero fantaseaba mucho. Cuando era niña, las visitas a la casa de mi abuela eran mágicas; sentía ese lugar como propio, soñaba tenerlo algún día.

–Cuando seas grande – me decían.

En el frente de esa casa, como muchas de las que había en Tadó en esa época, la decoración era con piedras que se subían del río. Uno bajaba a bañarse y traía alguna que tuviera un detalle que nos pareciera bonito; entonces, formábamos un camino poniéndolas una tras otra. Recuerdo mucho ese sonido de caminar sobre ellas: *¡cro cro cro!*

Ir donde mis abuelos era entrar en un cuento, en un mundo de fantasía: bañarse en el río, lavar la ropa de forma diferente, jugar debajo del árbol, escuchar lo que cantaban las señoras, madrugar mucho porque nos levantaba el gallo... Todo en aquel lugar me sorprendía, los juegos nuevos, la naturaleza tan inmensa, la libertad que tenía estando allí, los sonidos que hacían las plantas, los animales y las amigas de mi abuela.

Mi abuela tiene un nombre peculiar, se llama Baldramina; eso ya para mí era otro mundo. La casa en Tadó tenía puertas de madera adelante, que daban paso a la sala, y atrás, a la cocina. Entonces, para que mi abuela escuchara que estaban pasando, sus amigas gritaban con una voz fuerte que recorría toda la casa en segundos:

– ¡Adiós balduuuuuuuuuuuucha! – resonaba.

Cuando escuchaba ese sonido, casi como un aúllo que alimentaba mi mundo de fantasía, yo pensaba: ¿por qué alargan tanto la u? Mi abuela ya reconocía quién estaba saludando, y respondía también diciendo el nombre con la u. Porque casi

todos los saludos, independientemente del nombre, llevaban la u. Cuando estaban trabajando llamaban y respondían con la u; entonces, la u era preguntar: ¿estás?, ¿no estás?, ¿necesitas ayuda? Luego me di cuenta del porqué de esa sonoridad y de estos vestigios del lenguaje étnico que heredamos de nuestros antepasados.

En 1648 se crearon las Fiestas de San Pacho²⁵, en honor a San Francisco de Asís, el santo patrono de Quibdó. Entre septiembre y octubre conmemoramos con diferentes actividades la riqueza cultural, religiosa y social de la capital del Chocó. Nos unimos con amigos, familiares y vecinos para festejar alrededor de comparsas, música, comida tradicional, desfiles y conciertos. La primera persona que yo vi caracterizada, sin saber qué era eso, fue a mi papá. Cada familia en las fiestas de San Pacho podía salir disfrazada de lo que estuviera pasando en la sociedad actual o lo que le llamara la atención, y yo estaba muy chiquita cuando vi a mi papá como Shaka Zulú; un príncipe guerrero que vivía en unas tribus que tenían que huir en África, y para mí eso fue una cosa súper linda. Me impactó mucho, porque era un hombre con un taparrabos, mandó a hacer una lanza y un escudo, y se maquilló. Mi papá se metió completamente en el personaje, salió de la casa, recorrió la cuadra actuando y la gente que se paseaba por la calle paraba a verlo y lo admiraban. Yo me quedé paralizada en la puerta. Me pareció hermoso, y creo que fue uno de los primeros latidos teatrales que después iba a desarrollar.

Lo que vi, al compartir el arte con mi familia y a la comunidad en general celebrando nuestra cultura, fueron imágenes e ideas que se fueron quedando muy fuerte en mí. Mi papá nos impulsaba a que cada año tuviéramos una temática en el San Pacho; era también nuestra fiesta familiar. En una ocasión fuimos la familia payaso; entre todos buscamos cómo pintarnos el cabello, mi mamá nos maquilló, y nos mandaron a hacer el vestuario. Me encantó compartir eso con ellos. Ver a mis hermanos Elvia Elena, Flavio Enoff y Yurgen Giovanni disfrutando también de lo que estábamos viviendo, y a las

personas de la calle gozar con nosotros, fue muy especial. Entonces en mi cabecita, desde pequeña, yo venía organizando imágenes y pensamientos sobre el ser observado, el narrar, el contar. Cuando veía novelas o películas yo pensaba que todo lo que hacía lo estaban grabando y que eso lo veían en otros pueblos; que, así como yo me veía la novela de un pueblo, yo era la novela del otro.

Además, cuando éramos pequeños, mi papá nos narraba, a mis tres hermanos y a mí, cuentos. Con sus narraciones nos metíamos en unas fantasías muy bonitas. Creo que es por esto por lo que también mis hermanos tienen habilidades artísticas, les gusta bailar, cantar, el teatro. Todos tienen una profesión u oficio, pero están en el arte también. Por ejemplo, mi hermana Elvia es farmacéutica, pero es cantante, y así cada uno tiene una particularidad por el arte.

En la casa de Quibdó, mi hermana y yo compartíamos habitación. Dos camas de un metro de ancho, la mesita de noche, un tapete rojo grande con una flor blanca en el centro, nuestra ropa, el muñeco gordo de tela de mi hermana y mi Barbie rockera, hacían de aquel cubo de madera nuestro espacio. Tras cada mudanza, eran lo único permanente. Todas las noches, mi papá escogía una de las dos camas, se sentaba en la esquina más cercana a la otra y comenzaba a narrarnos cuentos para dormir. A medida que avanzaba, nos sumergíamos en las historias, recorriamos selvas y ríos, vivíamos aventuras mágicas y, al terminar, estábamos más despiertas que antes. La curiosidad me impulsaba a pedir otro cuento o decirle a mi papá que nos dijera qué pasaba después, pero me daba pena porque él madrugaba a trabajar al otro día. Muchos de esos cuentos los creaba mientras nos los narraba, se inventaba pequeños cánticos y tenía mucha creatividad para eso. Algunos, los que recuerdo bien aún, los he utilizado en sesiones con niños y me han servido bastante. Para mí, las noches eran hermosas imaginando al escuchar a mi papá narrarnos cuentos.

Desarraigo

En Quibdó vivimos en varias casas, en muchas realmente. El barrio al que llegamos se llama Alameda Reyes; queda por la cárcel, en todo el centro. Esa fue nuestra primera casa y en la que más tiempo estuvimos. En mi mente siempre estaba resonando que la casa era de otra persona, que no era nuestra y debíamos actuar con cuidado. Me recuerdo mucho dibujando, mis manos morenas y delgadas deslizaban el lápiz con cuidado sobre un papel. Trazos suaves formaban un triángulo, un cuadrado, la puertita y, para darle más vida, una matica al lado. Cada vez que yo cogía una hoja, estaba dibujando una casa. Yo quería una casa que fuera de nosotros.

Siempre he tenido la necesidad de un espacio mío, propio, donde sucedan cosas que no se pueden presentar en un espacio alquilado. Recuerdo vivir en buenas casas, pero no estaba este sentimiento de que eran propias. Además, yo era dramática; siempre que salía de un barrio, salía triste. Era muy gracioso, porque yo lloraba con mis amiguitas.

– Ella no se va de Quibdó, se va a otro barrio y están en el mismo colegio – nos regañaba mi papá.

Pero para nosotras, separarnos por unas cuantas calles era una tragedia. Cambiar de casa era interrumpir nuestras historias.

A los nueve años conocí el miedo. Vi cómo comenzó a desintegrarse todo lo que conocía, y cómo mi vida cambiaba de sentido. Mi infancia terminó pronto debido a la separación de mis padres. Desde el momento en el que nos reunieron a contarnos su decisión, comprendí todas las responsabilidades que empezaba a cargar al ser la hija mayor, y al mamá y papá no estar como antes. En una separación hay muchas fracturas; una de ellas fue el habla, y yo empecé a llevar y traer razones. Entre escuchar la versión de mi papá y llevar las peticiones de mi mamá

descubrí el miedo a tomar partido en estas dinámicas. Entonces, me esforcé por tratar de contener las rupturas existentes para que no fueran mayores, y de esta forma mantener unidos a mis hermanos y a mis padres en medio de estas nuevas formas de convivir. Por mi papel de mediadora fui madurando desde muy chiquita, tenía unas visiones de la vida que quizá no tenga una niña de esa edad.

Pasados varios meses, el drama de mis padres se volvió más grande, y el que tenía el poder económico era él. Alguien le habló sobre una posibilidad de negocios en Pereira. Él decidió irse a tentar la suerte y en esa decisión nos llevó a casi todos. Mi mamá y mi hermanito menor, mi bebé y consentido, se quedaban en Quibdó. La noticia la recibimos el miércoles y el carro que nos llevaría estaba contratado para el fin de semana. En medio del remolino de emociones, asuntos que debíamos dejar resueltos y cajas por empacar que fue esa mudanza, no sólo dejé atrás a mis amigas, otra vez, sino también la ciudad que me había visto crecer y me alejaba cada vez más de la casa de mi abuela en Tadó.

Llegar a Pereira fue experimentar vuelcos a mi mundo que se repetían constantemente. Uno de los más grandes fue darme cuenta de que era negra. En Quibdó yo era Ifí y ya, pero no es recurrente que te digan negra, ni que te estén comparando porque tu nariz y labios tienen una forma diferente a la de los demás. Al llegar al colegio empecé a entender por qué todas querían tocar mi cabello; les resultaba curiosa la textura de mis rizos, a pesar de que había otras tres chicas afro, nacidas en Pereira. Hasta el tono de la voz era diferente, me empecé a dar cuenta de que hablamos más fuerte, y eso también fue un choque. Para algunas de mis compañeras, mi llegada fue una oportunidad para conocer nuevas formas de vivir y de ser, para otras fue una amenaza a su estatus, y comenzaron a atacarme.

Yo he sido una mujer muy orgullosa de mi cultura, y por eso, cuando hubo un concurso de poesía en mi colegio, dije:

– Yo me apunto – juraba que me sabía bien todas las poesías tradicionales del Chocó.

La profesora nos pidió que las recitáramos en el salón para ensayar. Yo me paré con el pecho inflado frente a mis compañeros y cuando empecé a recitar no pasaba del tercer verso. Entonces, me dio rabia conmigo y le dije a la profesora:

– Voy a escribir un poema sobre mi cultura.

Fue la primera vez que escribía, pero fue tanta la nostalgia de mi tierra que el poema realizado me llevó a ganar el segundo lugar en el colegio. Estaba muy orgullosa de lo que había creado, y con la premiación sentí que yo podía hacer lo que hiciera súper *wow*, pero el puesto número uno se lo iban a dar a una niña de Pereira, y no se trataba tanto del racismo, sino del regionalismo. Esa parte me abrió los ojos a muchas cosas que yo no había visto.

Crecí pensando que lo normal era lo que me sucedía, y que todos vivíamos de la misma forma; cuando supe que en Pereira no se iba la energía quedé impactada. Cuando faltaba 15 minutos la gente se desesperaba mucho, y yo pensaba: cuando hay lluvias muy fuertes a nosotros se nos va hasta ocho días. El hecho de poder tener agua cuando quisiera, solo abriendo la canilla, sin tener que cargarla desde el río, me generó rabia y frustración.

Eran muchos los sacrificios que hacíamos diario en Chocó, y yo pensaba: ¡ay juemadre!, es que nosotros estamos metidos en un problema serio. Yo me puedo trasnochar haciendo una tarea porque tengo un bombillo, pero con una vela no podía. Esa falta de oportunidades me ayudó a entender el mundo de forma diferente, con las desventajas y ventajas que eso conlleva.

Tenía 15 años cuando nos mudamos a Pereira; cursé décimo y once en el Instituto Femenino Teresa Mejía Ocampo. A esa edad impera el cuestionamiento frente a todo. Empecé a ver el pueblo de mi abuela diferente, se me desdibujó el cuentico, se desvaneció la magia de aquel lugar. Analizaba las horas eternas

que mi abuela pasaba cocinando en leña para todos, o lavando la ropa en el río, y comencé a admirarla más. Ya no con ojos de niña que la veían perfecta, sino como una mujer que admira a otra que ha padecido dificultades durante décadas, sacó a su familia adelante y nunca abandonó la esperanza de cumplir sus sueños.

Mi abuela terminó el colegio cuando yo estaba haciendo décimo. Se graduó porque quería ser enfermera, pero con todo lo que le había pasado en la vida no tuvo oportunidad para ir a la escuela. Al verla recibir el cartón de grados, ese pequeño trozo de papel que representaba su valentía y sacrificio, fui muy consciente de las mujeres que me rodeaban y todo lo que me habían brindado. El mundo me cambió y la mirada que tenía de él; y, entonces, también cambió mi responsabilidad.

Dos años después de llegar a la capital de Risaralda en un carro cargado de maletas, cajas e incertidumbre, emprendimos de nuevo el viaje a Quibdó, dejando a nuestro paso, tal como a la venida, lágrimas regadas en los más de 200 kilómetros de recorrido. Esta vez llegamos a un territorio que conocíamos bien, pocas cosas habían cambiado y volvimos a vivir con mi mamá. Ahora, que me había graduado del colegio, debía empezar una carrera, y según el plan de vida estipulado por mi papá, yo sería abogada, así que me matriculé en la Universidad Tecnológica del Chocó Diego Luis Córdoba.

Entré a primer semestre con toda mi revolución por el bienestar social y por la igualdad. La voz de los profesores pasaba a segundo plano mientras gastaba los minutos haciendo caricaturas. A pesar de que mis cuadernos estaban llenos de bocetos, me iba bien en la carrera, pues me preocupaba el movimiento cultural y era responsable con los trabajos. Pero las buenas notas no reflejaban mis sueños, no quería ser abogada y no me parecía justo gastar tiempo y el dinero de mi padre en algo que no me hacía feliz.

– Yo no me matriculé a tercer semestre, no puedo ser abogada, yo soy actriz – le dije.

– ¿Y eso qué es? ¿Cómo así que actriz? – me preguntaba mi papá, desesperado por entender la decisión.

– No soy otra cosa que actriz – declaré.

Mis padres creyeron que mi decisión se debía al estrés del estudio y a los conflictos familiares que ellos tenían; entonces, me propusieron no estudiar por un semestre. No hubo día que un vecino, amigo o primo me dijera que debía ser abogada porque era defensora de todas las causas. A la vez, mi papá me patrocinó que continuara trabajando con los niños de la comunidad. Con cada actividad que hacía con ellos, con sus risas y creatividad, ratificaba mi sueño.

El calendario marcó el día de las matrículas, y mi padre me visitó para que fuéramos juntos a hacer los trámites a la universidad.

– Venga para que se matricule – me ordenó.

– Papá no voy; y si no voy a ser actriz, entonces me quedo aquí sentada y no hago nada. Si no puedo cumplir mi sueño yo sólo quiero quedarme en una silla y que me lleve el mundo –concluí con el drama que me caracteriza.

– ¿Y dónde se estudia para ser actriz? – dijo al ver que mi terquedad superaba la suya, y que al querer cumplir sus sueños no podía truncar los míos.

– En la Academia Charlot, en Bogotá – respondí inmediatamente para no darle paso a la duda. Ya tenía toda la información.

Las horas pasaron entre preguntas sobre dónde iba a vivir, cuánto duraban los estudios, cuándo podía empezar, y reproches sobre la imposibilidad de salvarme de todo en la capital... todas sus inquietudes tenían respuesta. Yo estaba preparada para cumplir mi sueño, solo necesitaba su aprobación.

Con 17 años llegué a Bogotá acompañada de mi papá, cargando una maleta, expectativas gigantes y sintiendo mucho frío.

– Ya te pagué tu academia para que seas actriz – me dijo con rabia, aunque yo sé que él tenía el mundo al revés, qué pecao.

Bogotá es una ciudad en la que pude relacionarme con las culturas de mi país en cada esquina. Perderme en sus calles, probar nuevos sabores, conocer personas y visiones completamente diferentes, fue una experiencia hermosa. En la capital pude aprender qué son el arte y la cultura, no solo para la academia, sino también cómo se encontraban y se vivían fuera de los museos. En esta búsqueda me choqué con una barrera que parecía imperceptible para muchas personas. Nosotros los negros solo aparecíamos como parte de algunas obras, principalmente sobre colonización y esclavitud, pero nunca como creadores. Por esto me concentré en aprender cómo impulsar nuestra cultura y conocimientos.

Cuando reflexioné sobre la participación de las personas afrodescendientes en la industria audiovisual entendí que las historias donde podría actuar la gente negra eran aquellas donde hubiera obviamente un afrodescendiente en la historia; es decir, si era futbolista, o si las señoras que vienen haciendo de empleadas de servicio “caducan”, entonces ahí entro yo a seguir en ese ciclo. Entendí, también, que no quería participar en proyectos donde se reforzaran estereotipos. Pensaba en las historias de las personas que conocía y me puse una meta: yo sé que es muy duro, pero voy a retornar al Chocó y voy a narrar historias que no necesariamente se tienen que enfocar desde la pobreza.

La llamada de mi familia ese día llegó más temprano de lo acostumbrado. Mi hermana Elvia estaba enferma de gravedad. Un par de días duré empacando las cosas que había llevado desde Chocó y aún sobrevivían, y las que había conseguido en la capital; y regresé a Quibdó.

Durante tres años me dediqué a mi hermana en cuerpo y alma, a brindarle los cuidados necesarios para su recuperación. Durante esos meses no dejé de hacer teatro; esto me ayudó a mantenerme mentalmente bien y que no se me olvidara lo aprendido en la academia. Con los días veía que mis sueños y

los de mi hermana iban quedando de lado, y aprendí a valorar la salud y todas las posibilidades que tenía. Pensando en ello, decidí que si ella se recuperaba yo haría lo que había soñado. Empecé poco a poco. En el barrio El silencio, donde vivíamos, creé el club Niños del futuro y emprendí una alianza con el grupo de teatro Paradigmas del Chocó para hacer presencia en los colegios que nos abrieran las puertas. Fue un trabajo de voluntariado que me permitió mantenerme saludable en medio de mi rol como cuidadora, y fue una forma de acercar a muchos chicos al arte.

A medida que ganaba experiencia, con el trabajo en colegios, me llegó una propuesta de llevar el teatro a Villavicencio. Como mi hermana ya estaba recuperada, crucé el país y empecé una nueva etapa en los Llanos Orientales.

Durante dos años estuve sola en una ciudad que no conocía. Empecé como tallerista de teatro y danzas en la Institución Educativa Germán Arciniegas, Institución Educativa sede San Carlos, Colegio Departamental de la Esperanza, y la Institución Educativa colegio Guatiquia, entre otras. Esta experiencia fue muy importante porque yo nunca hice un taller de pedagogía; a medida que iba enseñando, me daba cuenta con qué actividades tenía más éxito y era más asertiva con lo que quería lograr en los niños y niñas. Una amiga me invitó a dar clases al barrio Jorge Eliécer Gaitán; en ese momento conformado por un centenar de casitas de madera y latas que se sostenían por la esperanza de sus habitantes de conseguir, en la ciudad, una vida mejor.

Antes de iniciar la clase me preguntaron cuánto era lo mínimo que podía cobrar, ya que las personas allí no tenían mucho dinero. 500 pesos cada niño, respondí.

– ¿Profe, me compra una mandarina? – me preguntó una niña que no tenía más de 7 años.

– ¿Cuánto vale? – respondí al ver las frutas en la canasta, colgando de su cintura.

– 500 pesos – contestó y me miró con ilusión.

Al terminar la clase la vi haciendo la fila para pagar; con timidez puso en mis manos la moneda que hace poco le había entregado a cambio de la mandarina. Esa niña a mí me dio una lección de vida tan grande. Pensaba: ¡ay, señor!, yo tengo que llevar el arte a niños, niñas y jóvenes que no tengan cómo pagarlo. Así creé Mojiganga, mi grupo de teatro. Al dar clase, empecé a notar que había muchos que iban por el refrigerio, porque era su única comida en el día. Tuve grandes enseñanzas, porque había talento, pero envuelto en unas condiciones demasiado difíciles. Yo solo pensaba: tengo que ir al Chocó, porque allá está la misma situación. Y un día dije: bueno, creo que es momento de volver. Yo no tenía nada, ni un lápiz, me vine con mi maletica de Villavicencio y con todo el recorrido de lo que había aprendido.

Procesos

La palabra Mojiganga, que es toda una expresión cultural de diferentes pueblos a lo largo de la historia, significa muecas del rostro y piruetas burlescas hacia el otro, a algo que hayan dicho. En el teatro son unas cabezotas gigantes, unos muñecones grandes, acompañados de saltimbanquis, fuego y zanqueros; son manifestaciones del pueblo que hoy en día se ven en los festivales. Yo sabía que el teatro que quería iba a ser para la comunidad; entonces, por eso elegí el nombre.

Aquí todos los niños jugábamos ponchado, escondidas, a hacer el reinado, a las cocinitas, la escuelita... casi siempre juegos que nos metieran en roles. Pero a veces fingíamos ser exploradores y nos íbamos de paseo a charcos de agua. Yo, desde pequeña, tuve esa vocación de trabajo con los niños, de hacer actividades con ellos. En el barrio los reunía y me inventaba el reinado de la simpatía, pero todas las niñas tenían que ganar

algo, yo no podía ver ninguna que no ganara. Mi papá siempre me apoyó, el patrocinaba todos los cuentos que me inventaba.

Después de regresar de Villavicencio, yo juraba: voy a ir a buscar los barrios más vulnerables de Quibdó para llevar el arte. Pero lo que nunca había pensado era vivir en uno de estos. Llamé a mi hermana a preguntar dónde debía llegar, y cuando escuché la dirección no salía del asombro, las palabras se me atrancaron en la garganta y solo podía pensar: ¡no, no puede ser! Esas especificaciones me están dando en la parte baja de La Aurora. No, no pueden estar viviendo allá, jamás. El taxi me dejó en la esquina porque el carro no entraba más. Bajé el trayecto, mirando las demás casas y tratando de no salir rodando loma abajo con la maleta. Llegué a la puerta, me recibió mi hermana y, después de ayudarme a subir el equipaje por las escaleras, pregunté:

– ¿Elvia, cierto que cuando la Yesca se crece, inunda este barrio?

– Sí, Ifi – contestó riéndose de mí.

– Noo, eso no puede ser – respondía sin salir del asombro.

Todas las noches el olor a marihuana entraba por las ventanas. En la terraza, chicos de las bandas subían a controlar el barrio y, en la vigilia, a consumir droga. En la casa nos preocupábamos por mi hermana y su bebé, no tenía más de un año y el humo podía afectarle. Después de intentar, sin éxito, sellar la casa para que no entrara el olor, decidí subir a hablar con ellos.

– ¿Qué más pelaos? ¿Todo bien? – les dije mientras chocaba las manos con ellos – Allá abajo está creciendo un bebé; hagamos algo, porque así no podemos seguir. Les propongo que nos pongamos horarios.

– No, todo bien, cuadremos – respondieron en un tono relajado.

No volvimos a sentir la marihuana fuera de los horarios establecidos, pero a veces, en las noches, nos interrumpían los

sueños con el sonido de las balaceras. Estaban en enfrentamientos con otros grupos armados.

– Como están enfrentadas las dos bandas de la loma, entonces eso pasa; antes es que no había sonado, llevaban varias semanas en paz – comentaba mi hermana entre dormida, mientras yo hacía preguntas aterrada.

Cuando mi hermana se durmió, y pude calmar mi mente, me quedé pensando: ¿no que querías trabajar por los niños en zonas de violencia? Entonces entendí que yo quería trabajar para la comunidad, pero no con la comunidad, y esa fue mi primera lección aquí: mi misión es con ellos.

Comencé a jugar con los niños en la calle, a la vista de los papás para generar confianza. No era normal que un adulto saltara en la rayuela o que se sumergiera con ellos en sus narraciones. A pesar de los comentarios sobre mi locura, lo que más me impactó fue la forma tan violenta de relacionarse entre sí. Era el reflejo de lo que decían en sus casas y lo que veían en sus barrios. Todos los niños querían ser policías o guerrilleros, y todas las niñas querían ser enfermeras para curar a los heridos. Cuando vi eso les empecé a decir: quien quiera estar en el grupo de teatro Mojiganga tiene que pagar tres valores: paz, respeto y amor; por favor, dejemos de insultarnos así sea media hora, amémonos... Yo llegué con el propósito de crear actores y actrices, y cuando me di cuenta estaba involucrada en la vida de estos niños y niñas, en temas muy profundos y personales. Yo no tenía las herramientas para abarcar esta magnitud de necesidades, pero decidí formarme para ayudar desde lo que sé. Con la Fundación Manos Visibles hice un diplomado en Desarrollo Autónomo con Liderazgo Efectivo, además de un diplomado en Autonomía.

Nuestros juegos en los barrios se vieron interrumpidos por balaceras; quedamos en medio del fuego cruzado varias veces, al igual que las clases de teatro fueron interrumpidas por los rumores y amenazas que empezaron a rondar contra mí. Mi

familia y mis amigos me decían que estaba buscando la muerte.

– Bájese del barrio a las cinco que no la queremos ver a las seis – me dijo en tono seco un joven, de no más de 20 años, mientras me miraba fijamente a los ojos.

Durante el 2012 aguanté cuatro meses la ausencia de los niños, no hacer el recorrido por los barrios, y contuve mis impulsos para correr de nuevo hacia ellos y seguir llevando el teatro a sus vidas. Aunque no fui en su búsqueda, nos encontrábamos en el malecón o en las plazas de mercado, y me pedían que volviera. Con sus peticiones y mi necesidad de compartir el arte, en los días de pausa me pregunté por el beneficio de mis acciones para la comunidad; si yo veo el progreso en un joven o en un niño, si en su vida pasa algo bonito, entonces esto vale la pena. Y empecé a darme cuenta de que sí. Que hubiera niñas que no tenían oportunidades de educación y hoy en día sean contadoras, psicólogas, profesionales en atención a la primera infancia, eso es... increíble. Ha sido un proceso acompañado de mucha palabra, no solo de formación en teatro, sino también de hablar del cuidado, comenzar a hablar de relaciones sexuales de otra manera, sin tanto tabú; siempre era la que me enteraba de un embarazo, de un posible aborto, de una violación.

El ELN, en una de sus manifestaciones de poder, pintó las paredes de algunas casas en un barrio de invasión. Este espacio aún no tenía nombre, y hasta allí llegué a apoyar procesos con los jóvenes.

– Ustedes pintaron ocho casas, déjennos a nosotros pintar la palabra “paz” en otras dos, y decirles a los muchachos que hay una esperanza. Así como ustedes están reclutando para la guerra, nosotros para el teatro – les propuse después de contarles quién era y el trabajo que quería realizar con los niños y jóvenes de la comunidad.

Ellos nos dieron las dos casas. Y en una tarima de madera, de unos cuantos metros cuadrados, los chicos que llegaban por curiosidad comenzaron a ensayar obras y hacer actividades

para presentar el día que pintáramos las casas. Pedimos sonido a diferentes organizaciones de Quibdó, tanto gubernamentales como comerciales, y al ver la negativa repetitiva, los del ELN nos enviaron un equipo de sonido gigante.

– Yo soy actriz y trabajo para la paz. El día de hoy les quiero presentar mi monólogo: La muerte – resonó en los parlantes dispuestos para el evento.

Integrantes del grupo armado estaban ubicados en los techos de las casas vigilando. Para la presentación de ese día creé mi monólogo hablándole a los jóvenes; yo era la muerte y los estaba conquistando. Pero ellos sabían de seducción. Los grupos armados llegaban con mucha plata para ofrecerles. Y uno entiende lo atractivo que puede ser el poder que dan las armas y el dinero para un pelado que ha visto a la mamá rezar para que ese día en la mina pueda sacar una veta de oro.

Siempre mi casa ha sido la casa Mojiganga. El hecho de que yo hoy en día esté aquí y me siga hablando con todos mis muchachos, es porque los participantes le han puesto mucho interés, aman este proyecto. Por ejemplo, Katherine es la contadora de Mojiganga; cuando hay una necesidad de acompañamiento psicosocial, está Arlen; cuando requerimos atención a primera infancia, está Paola, quien además estudió atención al cliente; y así, muchos... tenemos chicos con más de siete años viniendo.

Por Mojiganga han pasado más de 100 niños, niñas y jóvenes. Por la violencia, las fronteras invisibles y la falta de dinero para los pasajes nos ha tocado buscar un lugar neutral para la casa. Al trabajar con la comunidad empecé a entender a Quibdó desde una posición política, social y cultural, conociendo dónde hay corredores de micro tráfico, dónde hay bandas, a qué hora se puede entrar o salir de los barrios... Todos los grupos quieren dejar el mensaje de que ellos son los más malos, y han empezado a matar de la forma más descarada, a pleno sol y con el testigo que haya.

El artista es la representación de la libertad en todo y uniformarlo no es lo más lógico, pero la camiseta de Mojiganga nos ha salvado la vida. Tratamos de usarla siempre que salimos. Como lideresa del grupo me ha tocado hablar con personas de las bandas, para decirles que a nuestros chicos los respeten, que son artistas, que cuando vean la camiseta los dejen realizar las actividades que tengan planeadas. Para mí, que los integrantes de Mojiganga salgan de ensayo o de una presentación tarde es muy angustiante; la muerte de jóvenes es preocupante, este año más de 118 personas han sido asesinadas en Quibdó²⁶; algunas de ellas hacían parte de bandas, pero otras perdieron sus vidas por cosas tan simples como pasar de un barrio a otro.

Uno cree que no, pero aquí todo el tiempo está siendo observado; a uno lo miran, lo reconocen: ahí viene la teatrera. En diferentes lugares de la ciudad hay organizaciones que han tratado de salir adelante con sus actividades artísticas y emprendimientos; con esas personas es con las que uno habla y ellos te cuentan que en el barrio mandan dos organizaciones, que los líderes son X y Y, y se encuentran en la esquina de abajo. Con todos hay que llegar a un acuerdo, a ellos no les interesa que uno les quite los campaneros, que son los niños.

En Mojiganga todos somos una familia, cada vida importa; en las dificultades nos sostenemos por el amor con el que nos rodeamos. Este año vivimos un hecho que nos genera un gran dolor, y también nos ha permitido reflexionar sobre nuestros sueños, nuestra misión y la forma en la que nos relacionamos con los demás. Carlos Alberto Martínez tenía una sonrisa que nos llenaba de esperanza, y con su pasión por la fotografía impulsó el área audiovisual que he soñado por años. El 25 de abril, mientras trabajaba, una descarga eléctrica lo dejó inconsciente. La llamada que recibí sobre el accidente me dejó petrificada. Papeles quedaron regados sobre la mesa y ocupé la primera rapi moto que pasó. Lo encontramos con vida y lo llevamos al hospital. Pensé que se iba a morir en mis manos.

Las palabras que nos informaron sobre su muerte cortaron abruptamente la espera eterna en la sala de urgencias. Tenía 27 años. Durante siete nos alegró la vida en Mojiganga.

– Señora Damaris, yo le voy a decir lo que usted era para Carlos – alcancé a decir antes de ser interrumpida por la madre.

– Señor del teatro, yo le voy a decir lo que usted era para Carlos y para nosotros.

Las palabras de aquella mujer, contándome en medio del llanto lo que significó para Carlos, aún hacen eco en mí. Sentí que, a pesar del dolor profundo que sentía por su muerte y que me paralizaba el cuerpo, el arte y el amor que comparto con los chicos sí transforma sus vidas y, con ellos, las de sus familias. Aquí nos decimos mucho que nos queremos, que nos amamos; ese es el legado que quiero para Mojiganga. A la casa llegan a cualquier hora y cualquier día; es un espacio seguro para todos. Allí se protegen y se impulsan los sueños que cada persona tiene.

Cada actividad que hacemos es también una oportunidad de pensarnos diferente, de imaginar nuevas vidas y formas de ser, sin que nuestras condiciones físicas, culturales o económicas sean un impedimento. La primera habitación de nuestra casa la adaptamos como estudio de grabación y edición de videos. En la sala, un espacio amplio y lleno de luz, actuamos, jugamos a soñar y a crear, pero también a denunciar las problemáticas que nos aquejan. La habitación del final está pensada para recibir a los talleristas invitados. Compartir conocimientos es uno de nuestros pilares; queremos que múltiples voces resuenen trayendo nuevos saberes y oportunidades.

Sueños

El amor existe, pensé al ver sus ojos morenos de nuevo. Dos años habían pasado desde que nos conocimos en la Universidad Tecnológica del Chocó. Yo hacía un diplomado

sobre jóvenes y paz, en el que él estaba encargado de organizar la logística. Con las charlas en el malecón, bajo el sol de la tarde, conocí su pasión por la cocina y él mis locuras por llevar el teatro a los niños y jóvenes. Entre ideas y sueños, coincidimos en el cine. Nuestras conversaciones estaban enfocadas a que mi proyecto de vida estaba muy ligado a Mojiganga; en mis relaciones siempre he buscado a alguien que entienda esto y se monte en ese viaje conmigo.

– Yo un día te puedo decir que me voy tres días para un evento, y necesito un hombre que entienda esto – le explicaba mientras compartíamos nuestros proyectos de vida.

Luis Alberto Murillo siempre ha estado dispuesto a seguirme los pasos y a caminar a mi lado; sus sueños van en la misma dirección. Ha sido un apasionado por el mundo audiovisual y quiso compartir sus conocimientos en Mojiganga. Ahora es el profe Alberto, los chicos lo acogieron de una forma muy natural y está encargado de llevar toda la parte audiovisual y de redes sociales. En noviembre cumplimos 4 años, hemos construido un muy buen proyecto de vida juntos.

Mi negación a ser madre desde pequeña, la somaticé en mis ovarios. Endometriosis, miomas y abortos espontáneos han marcado la relación con mi cuerpo. Alberto quiere ser papá y yo quiero ser mamá, y ha sido un tema que hemos hablado mucho.

– ¿Tú qué has pensado respecto a esto? ¿Si yo no puedo tener hijos, quieres buscar otra mujer o qué quieres hacer con ese sueño? – le comento.

– Yo quiero estar contigo, podemos buscar otras opciones – responde certero.

En el proceso de cuestionarme sobre la maternidad, me he reconciliado conmigo misma y con mi mamá; sobre todo con ella he tratado de sanar tantas fracturas emocionales. Además, estoy acompañada de un hombre que quiere paternar, que me rodea. Como mi papá que entra aquí con el almuerzo, me cocina, me enseña, me visita, me ha impulsado a seguir mis

sueños, aunque a veces no los entienda... entonces, yo tengo ese concepto del hombre que acompaña, y siempre quise una pareja a la que le importen los hijos. Al observar a Alberto, he pensado: aquí hay cómo hacer una familia, aunque con los chicos de Mojiganga, para mí, ya lo somos.

Alberto y yo, sí o sí, nos soñamos haciendo cine, con todo el andamiaje que necesite. Los paisajes que tenemos son exuberantes y hermosos, tenemos mares, ríos, selva... En este momento estamos fortaleciendo nuestra productora. Mujeres Tejedoras de Vida fue un proyecto que nos entregó nuestra primera cámara; además, los uniformes y los saberes que nos dieron en el proyecto fueron un impulso muy valioso para nuestra labor. Nos permitieron conocer más colectivos presentes en Colombia, entendernos como una empresa y fortalecer nuestra parte administrativa. Es un proyecto que impulsa el arte como forma de sanar y ser independientes, igual que Mojiganga. Además, ganamos unos estímulos del Ministerio de Cultura, y con ese recurso compramos unos lentes para la cámara, potenciamos el computador para que los programas de edición corran bien y compramos más uniformes.

Por otro lado, tenemos planeado irnos para Bogotá el próximo año. Alberto sueña estudiar cine en la Universidad Nacional, y yo como soy técnica, no he podido acceder a muchas ofertas que requieren más nivel académico. Aunque yo tengo la experiencia, quiero hacer un pregrado que me permita validar todos estos saberes. Estamos haciendo esto porque queremos buscar otras formas de ser rentables económicamente y también queremos fortalecernos al cumplir otros sueños y estudiar.

Sostenernos ha sido complejo; las personas en Chocó no están muy acostumbradas a pagar por arte y las entidades locales creen que porque llevamos más de diez años no necesitamos apoyo, pero es al revés. Al grupo que se ha sostenido de forma independiente, apóyenlo, acompañenlo y fortalézcanlo.

Sentada en la sala de mi casa, viendo a los chicos ensayar

y compartir juntos, me sueño en un futuro como una gran productora de contenidos literarios, audiovisuales, plásticos... Yo creo que no tengo límites en mi creatividad; desde que esté en la imaginación, lo termino haciendo. Quiero estar en un lugar que me guste y que lo que cree siempre narre verdades, como lo he venido haciendo por más de 20 años.

Hay una obra de la que me siento muy orgullosa, es muy grande y fue creada para Mojiganga, se llama: *Sangre y tierra chocoana: 100 años de historia por contar*. En ella narro, desde diferentes visiones, la trayectoria del departamento. Me interesa enseñarles a los chicos a denunciar las situaciones que nos suceden, buscar formas de cambiarlas, narrar desde nuestras vivencias y desde nuestra cultura.

Para mí, el árbol de la casa de mi abuela era el más grande del mundo y estaba lleno de magia. Era un lugar para la ilusión y la creatividad. Alrededor de él se creaban relaciones de respeto y amistad. Yo quiero que Mojiganga sea el árbol más grande del mundo para mis chicos; un espacio de libertad, de posibilidades y de creación. Donde puedan relacionarse de forma sana y nos ayudemos a crecer entre todos. Un lugar donde las conversaciones incómodas lleven al diálogo y no al conflicto, y la diversidad sea vista como riqueza.

Sueño que para ellos estar jugando en el árbol sea entrar a un mundo diferente, donde sepan que lo que imaginen es posible, con esfuerzo y amor. Quiero que sepan que el arte es una herramienta poderosa para sanar y para permitirse ser; y que ellos son las semillas que, espero, crezcan fuertes y sean a su vez, árboles gigantes que lleven la magia a las vidas de otras personas.

Soy



Mi estatuilla de la Academia Charlot, sueños imparables



Damaris

La mujer que recorrió todo el Atrato

Yo soy agua, selva y tierra.

Soy Damaris Palacios Becerra, una mujer chochoana que ha recorrido todo el Atrato. Soy una lideresa que, a través de un colectivo llamado Mujeres que Podemos, empodera, cuida, transforma y proyecta. Yo he sido una mujer víctima que han revictimizado varias veces, pero que siempre ha encontrado la forma de hacer escuchar su voz.

Soy la segunda hija de un matrimonio entre un policía del río Munguidó y una mujer ama de casa del río Tanandó; los problemas comenzaron entre ellos después de que nació mi última hermana, empezaron a pelear mucho y los pleitos eran tan comunes que, a veces, se formaban hasta en altas horas de la noche; las tres hijas quedábamos en medio de esas riñas. Un día, cuando yo tenía apenas cinco años, mi mamá nos dijo que iba ir a lavar una ropa al río y se llevó a mi hermana pequeña para que la acompañara; entonces, se fue de la casa y nunca más volvió. La mayor y yo quedamos al cuidado de una tía en la casa de mi abuela paterna. Ella no vino más.

Mi abuela, mis tías y mi papá se hicieron cargo de nosotras. Como mi abuela era una mujer de río, de campo, pasé gran parte de mi infancia allá, la acompañaba a sembrar, a navegar y a trabajar; ella cuidaba de nosotras y se encargaba de darnos el afecto que sentíamos nos debía nuestra mamá. La única persona con la que contábamos era mi abuela, que siempre fue una fuerza cuando sentíamos que nos íbamos a desmoronar y, aunque mi papá estuviera ausente en la mayoría de momentos, ella siempre era firme. Cuando decidieron enviarnos a Quibdó para estudiar tuvimos un segundo duelo; primero, la ausencia de mi mamá, y ahora la ausencia de mi abuela. Por ser hijas de un hombre que hacía parte del F-2²⁷ teníamos derecho a estudiar en el colegio de la Policía, y pensaron que eso era lo mejor para nosotras.

La partida de mi mamá dejó varias cosas en mí; primero, con el pasar de los años, sentía que me iba olvidando de cómo era físicamente, lo cual me ponía muy mal; y segundo, esa ausencia

había dejado una necesidad de buscar a alguien que me diera el afecto. Si no me atendían, me miraban o no se fijaban en mí, lloraba; el no tener una mamá que me apapachara y me dijera cuanto me quería y la falta que le hacía me ponía triste. Todo era peor porque mi hermana era más sensible y eso la mantenía con más angustia, con más mal genio, sin contar que sufría de epilepsia; entonces, se juntaban un pocotón de cosas. Cuando a mi hermana le daban esos ataques, yo era la única que sabía controlarlos y debía asistirle a la hora que fuera; a veces sentía que ella y yo habíamos tenido que encontrar, en la otra, la fuerza para seguir.

A los 14 años, cuando ya estábamos jovenciando, mi papá fue a buscar a mi mamá hasta el Urabá antioqueño para que fuera por nosotras a Quibdó; ella nunca nos había visitado, pero mi papá sentía que era importante que nos termináramos de criar al lado de ella. Mi mamá ya tenía otra familia allá, trabajaba en una finca bananera llamada San Judas y tenía su propio apartamentico donde vivía con su compañero, que era agresivo. Entonces, estar con él era recordar lo que vivimos con mi mamá y mi papá, cuando con sus pleitos nos despertaban a media noche; era horrible.

Cuando mi hermana y yo llegamos al Urabá nos encontramos con una vida muy distinta a la que teníamos antes, con una mamá que apenas reconocíamos y con unas vainas que eran distintas; todo era tan distinto a como lo conocíamos. Por ejemplo, las necesidades se hacían en el monte, porque ni acueducto había y el agua se sacaba de un pozo. Mi hermana no duró, no le gustó y, desde el primer momento, dijo que se quería devolver; entonces, mi papá le pidió ayuda a un primo que tenía en Turbo, y le solicitó a él y a la esposa que la acogieran en la casa hasta que él reuniera el dinero para llevarla de vuelta a Quibdó.

Yo sí me quedé en Urabá, empecé a estudiar porque estaba muy atrasada; con tanto estar de mano en mano era

difícil progresar. Comencé quinto de primaria y el recuerdo más vívido que tengo es que tenía que atravesar varias trochas e irme hasta en garrucha para poder llegar a la escuela. En esa finca había mucho macho solo y, entonces, uno como mujer joven, yéndose sola, se encontraba con esos tipos hambriados; por eso, en 1986, recién llegada a Apartadó, fui violada sexualmente. En la casa yo no tenía la atención que me hacía falta y no me daban lo que necesitaba; entonces, uno como niña queda muy expuesta a que los hombres se fijen en uno. A nadie le conté que me habían violado porque era un tabú; uno no podía decir nada allá. Tenía mucho miedo porque a una compañera también la habían violado, su mamá, María Palacios, se dio cuenta y habló con el sindicato; a los pocos días le hicieron un atentado y quedó con medio cuerpo afectado.

En ese contexto fue donde yo comencé a conocer la violencia, porque no se puede desconocer que el Urabá antioqueño ha sido una de las zonas con más conflictos en el país, y en 1988, con la llegada de los paramilitares a la región, se recrudecieron las cosas. El portal Rutas del Conflicto²⁸ evidencia que antes había presencia de las guerrillas de las Farc²⁹ y del EPL³⁰ en la región, pero no fue hasta la llegada de ‘Los Mochacabezas’, como los pobladores reconocíamos a los grupos paramilitares, que la violencia se disparó. Desde entonces, Urabá se convirtió en un territorio de disputa entre grupos guerrilleros y contrainsurgentes. La persecución política no era el único interés; esta zona es sumamente estratégica para el tráfico de armas y narcóticos, por tener salida directa a los océanos Atlántico y Pacífico. Entonces, entre 1988 y 2002 Urabá sufrió 103 masacres en el marco de la guerra, según documentó el Centro Nacional de Memoria Histórica. Estos hechos ocurrieron, en su mayoría, en el Eje Bananero, compuesto por los municipios de Turbo, Apartadó, Chigorodó y Carepa.

Los grupos armados ya estaban haciendo daños y decían que uno tenía que ver y callar, no podía hablar nada y ni siquiera

podía ni asomarse a ver qué estaba pasando porque uno podía ser el próximo.

Allá estaba yo completamente sola, porque no tenía una mamá o una mano amiga que me aconsejara; entonces, estaba pensando en devolverme para donde mi abuela cuando ella muere; eso fue muy duro, porque recuerdo que en el año cuando nos mandó para donde mi mamá ella nos soltó a las malas.

Allá estaba yo completamente sola, porque no tenía una mamá o una mano amiga que me aconsejara; entonces, estaba pensando en devolverme para donde mi abuela cuando ella muere; eso fue muy duro, porque recuerdo que en el año cuando nos mandó para donde mi mamá ella nos soltó a las malas.

Un 20 de julio de 1987, un año después de nuestra llegada, asesinaron a un hermano de mi mamá que vivía en otra finca llamada La Morena; ese día volví a vivir la violencia por carne propia. Íbamos pasando de la finca San Judas a La Morena y, en ese momento, nos salieron unos señores con unos trapos rojos amarrados en la cara, solo se les veían los ojos y empezaron a disparar; recuerdo que me pasaban las balas y yo veía una luz amarilla. En las bananeras, los racimos están amarrados con un nylon, que le dicen pita, y yo corría desesperada y no avanzaba porque esta me frenaba. Una pita me metía y me tiraba a la otra, no sabía para donde había corrido cada uno y empecé a gatear y gatear. Las balas seguían sonando y yo llegué hasta una cuneta, allá me ubiqué. Si bajaba, veía para donde ellos estaban disparando, y si subía, salía del fuego cruzado; entonces, me fui. Al rato me quedé quieta, y cuando resucité, ya toda llena de pantano, hojas y mugre, salí a la empacadora. Desde ese momento tengo un dolor en el oído del que jamás me he recuperado. A las dos horas llegó alguien y nos avisó que habían asesinado a mi tío; él se había parado de donde estaba para refugiarse, en un cuarto, y le había caído una bala; lo llevaron para Apartadó muy grave, pero no alcanzó a llegar. Fue muy duro porque cuando yo necesitaba algo, él era el que me ayudaba.

Después de la muerte de mi tío, y al sentir que no había nadie allá que quedara vivo para pararle bolas a mis necesidades, me devolví para Quibdó al funeral de mi abuela y no volví más; empecé a vivir nuevamente en la casa de mi papá y mi madrastra, y regresé al colegio de la Policía. Sentir que jamás había tenido un hogar seguro trazó mis procesos de crianza, y creo que por eso a los 19 años cogí marido, más bien un marinovio, o sea un novio que me embarazo y me volé con él. En los años 90 él era mi novio en Quibdó, estudiaba en el Integrado Carrasquilla Industrial y tenía un amigo llamado Pablo, que era el novio de una de mis mejores amigas del colegio; ellos nos presentaron, él me llevó a su casa y formalizamos las cosas. En un paseo, pasó lo que tenía que pasar y terminé en embarazo; yo ni siquiera lo sabía, mi amiga fue la que me dijo y me hizo la prueba de la aguja. Cuando le conté a Ángel Raúl que estaba embarazada de él, me propuso volarnos porque mi papá me echó inmediatamente de la casa.

Ángel Raúl se metió a la Policía y lo trasladaron para Manizales; yo me fui con él, pero con la convivencia empezó a cambiar. Mientras estaba en embarazo me tiró la mano, se volvió agresivo, y en cada pueblo al que lo trasladaban se enamoraba. Cuando ya tenía la barriga grande, decidí devolverme porque no quería aguantar más; entonces, él me mandó para la casa de la mamá. Mi suegra no me daba un buen trato, yo con esa barrigota y me ponía a hacer tareas difíciles; por ejemplo, limpiar el patio con azadón; además, todo lo que me daba era trasnochado, hasta el café. Mi papá vio eso y, aunque estuviera muy bravo porque me hubiera volado, se le conmovió el corazón y me acogió nuevamente; me ayudó a comprar todo lo del embarazo y estuvo muy pendiente de lo que pudiera necesitar. Mi hija mayor se crió al lado de mi papá y una madrastra, que fue muy buena y siempre valoró la persona que yo era.

A esa madrastra la recuerdo con mucho cariño, porque la anterior me indisponía y me hacía pelear siempre con mi papá;

me maltrataba porque yo salía a jugar, me ponía a hacer más oficio y me castigaba por todo lo que pasaba en la casa.

Ángel Raúl apareció a los dos meses para registrar la niña, volvió a Quibdó y quiso que organizáramos las cosas, pero lo encontré encerrado con otra chica y, desde ahí, decidí criar mi hija sola. Entonces, estaba con mi niña y sin apoyo, porque mi papá me dijo que ya tenía que salir adelante por mí misma; pero buscaba trabajo y nadie me lo daba que por tener una hija.

Un día, una amiga me invitó a cocinar en una mina, que quedaba en la Comunidad Neguá. Empecé a trabajar allá y conocí a un hombre manipulador, borrachín, pegón y grosero; no sé cómo, pero terminé en las redes de él. Ese tipo me embarazó y no respondía; todo lo que ganaba, se lo tomaba, si yo lo buscaba para algo, me insultaba delante de la gente. Era tan triste, porque yo lo ayudaba un montón, que para que se le conmoviera el corazón y me ayudara, pero apenas cogía y cambiaba el oro, se lo tomaba. Nunca fue buen papá ni buen marido, tanto así que el día que me cogieron los dolores del parto, fue mi hermana la que me compró todo lo que necesitaba y la que me acompañó; él no apareció en el nacimiento de mi hija, y cuando lo hizo llegó con \$25.000.

Decidí devolverme con mis dos hijas para Quibdó; conseguí trabajo en una cafetería haciendo pandebonos y pandequesos; y arrendé una pieza para que nos metiéramos las tres. Al frente de la panadería, había una zapatería y me enamoré del Negro, un zapatero. Era un excelente muchacho, me trataba bien, era detallista y quería a mis dos hijas como si fueran suyas. Yo sentía muchísimo afecto, la verdad; así que, en un momento, nos fuimos a vivir juntos. En el año 1995 la violencia fue peor. Entonces, nos fuimos para el Medio Atrato, de donde era él; estábamos en algún pueblo un tiempo, y volvíamos a Quibdó; la cosa bien mala aquí y allá, y así nos pasábamos la vida, rebuscándonos. En el 97 nos tuvimos que desplazar, porque se agudizó el problema y tocó venirnos con las dos hijas.

Pero con el proceso del desplazamiento, la toma de declaraciones y la reparación que nos debían dar, decidimos pasarnos para una casa que quedaba cerquita del Coliseo de Quibdó, donde estaban todos los desplazados asentados; era una casita de invasión de un primo de mi papá, pero por lo menos no estábamos expuestos a las riñas, robos y las cosas feas que se presentaban en ese coliseo. El Negro se iba a arreglar sus zapatos, y yo empecé a hacer pandebonos en la panadería, otra vez, y vivíamos sabroso; yo estaba hasta en embarazo de él.

Un día, a eso de las 7 de la noche, y en un garito, esperaba a que terminara un turno que le estaba haciendo al papá con el fin de irnos juntos para la casa; cuando la vaina estaba mala con la zapatería, trabajaba con el papá cubriéndolo en los turnos como celador. Al ver que él nada que llegaba, decidí irme para la casa y empecé a caminar. Vi que un señor venía, en son de trote, con pantaloneta negra y pelo bajito; pasó por el lado mío, y luego vi que se devolvió, pero nunca pensé nada. Cuando vuelve cerca de mí, siento que me engancha y me pone una navaja, me tira pal monte, me rasga la ropa y me decía que si gritaba me mataba. En ese momento vi a alguien que iba pasando y llevaba una linterna, empecé a gritar, la persona me enfocó y cuando el hombre vio eso, me soltó y corrió. Las personas que me salvaron eran dos chanceros que venían de entregar su turno; me ayudaron, me acogieron y hasta me llevaron al aeropuerto para hablar con los policías, quienes dijeron que iban a buscar; hablaban por radio entre ellos, pero no hicieron una captura. La señora y el señor vivían en el mismo barrio, me llevaron hasta la casa de ella; me baño, me dio aguapanela y me consoló hasta que me sentí mejor y pude volver a mi hogar.

De ahí, dejé de salir de la casa porque vivía con miedo; el Negro fue muy comprensivo y cariñoso durante todo el proceso. A los meses, nació mi hija y al papá de él se le metió que teníamos que irnos a vivir a su casa. Pero allí la convivencia se tornó conflictiva y decidí buscar otro lugar.

Un tío vino de Bogotá y, al ver la situación tan maluca que estaba viviendo, dijo que hablaría con la mujer de él, que trabajaba en un restaurante en el barrio Fontibón, para que, si yo quería, me fuera con ella. Al final, allá no necesitaban gente, pero me consiguió un trabajo de lunes a viernes en una casa, y partí rumbo a Bogotá solo con mi hija menor; arrendé una pieza en el barrio Suba y, a los meses de trabajar juiciosa, mandé por mis otras dos hijas porque estaba desesperada sin ellas.

El Negro fue a buscarme a Bogotá; empezamos a hablar y teníamos ganas de volver, pero a los dos meses le mandaron una mujer de la que se había enamorado en Quibdó; a mí me dio rabia, entonces lo dejé. Él igual decidió quedarse en Bogotá y empezó a trabajar; al final no nos arreglamos porque ya estaba esa muchacha allá, cada uno siguió con su vida.

Y ahí, ya pasando un año largo, me enamoré del papá de los tres hombres; era un chocoano apellidado Palacios, que era desplazado, militar; había salido del Ejército y estaba trabajando en vigilancia. Nos juntamos y la vida me mejoró; arrendamos un apartamento más grande, nos ayudábamos y pagábamos el arriendo, la comida, todo juntos; yo seguía trabajando para mis hijas, pero él, muy responsable, me ayudaba a criarlas también.

Viviendo con Palacios tuve a mi cuarto hijo; ya teníamos muchos problemas para arrendar y conseguir donde vivir. En un diciembre del 99 estuve paseando en Quibdó y se me ocurrió montar un restaurante; empezamos a vivir en ciudades distintas, pero aún juntos. Él trabajaba y me mandaba plata, yo busqué una casa en arriendo y un local en la plaza de mercado. Para el 2000 ya tenía mi propio restaurante y me había empezado a ir bien, estaba embarazada de mi quinto hijo, Deyner, y era feliz.

Palacios se devolvió para Quibdó porque quería estar cerca a su familia; estábamos juntos en el restaurante y él intentaba buscar trabajo. Cuando ya llevaba un año viviendo aquí, y no teníamos suficiente dinero, llamó a su patrón de Bogotá para que lo recibiera nuevamente; así que espero hasta que Deyner

tuviera un año, y se fue con la ilusión de que pudiéramos hacer una casita.

Deyner, nació el 11 de abril del 2001; Palacios se fue en el 2002, recién ocurrida la Masacre de Bojayá, que incrementó la violencia nuevamente, pero aun así seguimos juntos y trabajando por lo que queríamos. Nos visitábamos cada seis meses, y a los dos nos estaba yendo bien.

Para enero del 2006 ya teníamos nuestra casita, pero se enfermó la mamá de Palacios y él vino a asistirle durante dos meses; después, murió. Así que se devolvió para Bogotá, y a pesar de que me estaba cuidando con pastillas, tal vez, nos descuidamos y me embaracé de mi sexto hijo; él estaba muy pendiente desde allá de que todo saliera bien.

Anthony, mi último hijo, nació en el 2007; un año después, él dijo que iba a terminar el 2008 allá, que trabajaría ese año para reunir más plata, pero que ya quería devolverse para estar cerca de su familia, que nos extrañaba mucho y que no quería vivir más en Bogotá. El 1 de junio de 2008 lo asesinaron.

Cuando salió del trabajo me llamó, me dijo que le hacíamos mucha falta, que yo era la mejor mujer del mundo y que no veía la hora de que pasaran esos seis meses para estar juntos otra vez. Al día siguiente, él estaba descansando y, en la tarde, habló con un sobrino y un primo mío para que fueran a jugar billar; como a las 9 de la noche dijo que tenía ganas de irse a dormir, pero lo llamaron unos amigos que estaban en una discoteca y se fue para allá a compartir un rato. Empezaron a tomar cerveza; Palacios se levantó a orinar, sonaron tres tiros y alguien gritó: “¡Mataron a Palacios!” Según la investigación, eran paramilitares que habían repartido días antes unos panfletos que decían que se acostaran temprano o los acostaban para siempre.

Eso fue muy traumático; yo quedar con esos pelados y sola. El pequeñito tenía apenas 15 meses de nacido, fue muy duro todo eso y no ha sido nada fácil; pero no dejé que eso me detuviera. Yo ejerzo el liderazgo desde que era niña, porque

siempre quería orientar, ayudar y hacer algo por los demás. Eso lo he llevado conmigo, así la violencia recrudezca.

Después de Palacios me quedé bastante sola, así que me puse a guerriarla, a trabajar más duro; yo no salía, ni nada, me dediqué a mi negocio, a mis hijos y a la casa; sí me salía uno que otro enamorado, les decía que no, los espantaba. Al negocio lo fortalecí y lo moví, le metí de todo, y decía: si no ganó plata con una cosa, ganó plata con la otra.

Me estaba yendo bien, hasta que Anthony, mi hijo menor, se enfermó cuando tenía cuatro años; tenía hidrocefalia, me tuve que ir con él para Bogotá a que lo trataran. Solo tenía cabeza para mi hijo y para estar pendiente de los que quedaron en Quibdó; dejé el negocio con un sobrino que era muy centrado y muy buen administrador.

Anthony se recuperó después de varios meses en el hospital, tantos que hasta me hice amiga de las enfermeras. Nos devolvimos para Quibdó, y por recomendación de los médicos, de que se le podía infectar la válvula, tuve que cerrar el negocio. Después de un año le quitaron la válvula definitivamente y, hasta hoy, ha avanzado bastante; él no ha vuelto a recaer.

Entonces, decidí fortalecer nuevamente mis procesos organizativos; volví al Movimiento Ruta Pacífica, y decidí que iba a estudiar, que quería aprender sobre cualquier cosa que resultara y empecé una técnica en Primera Infancia. A través de procesos y capacitaciones, en el 2014 nació Mujeres que Podemos, mi colectivo; yo ya venía haciendo un acompañamiento a mujeres, por ser lideresa de los barrios y miembro de las acciones comunales, pero quería hacerlo más grande. Nació un grupo de 19 personas que empezamos a trabajar unidas, y ahora somos 54.

Mujeres que Podemos es una organización que busca ayudar y promover beneficios para todas y para las familias de las mujeres que se sumen al proceso. Capacitamos en erradicación de violencias, economía solidaria y otras cosas; tenemos semilleros y buscamos que más y más hagan parte. El tema de

la ancestralidad, sanación y todo aquello que nuestras mayores sabían es lo más importante.

Buscamos recursos con un salón de belleza que tenemos; otras hacen empanadas, pasteles, cucas, hacemos rifas y así tenemos posibilidad de donar un mercado, un pasaje o lo que sea que necesite cada compañera. La idea es que las mujeres que no están haciendo nada se ganen sus pesitos y fortalezcan la fundación, y que miremos cómo ayudamos a otras que están en diferentes situaciones; en algunos barrios hay familias que están mal y que pueden acercarse a nosotras por ayuda.

Lo mejor del proceso con la fundación ha sido que las mujeres encuentran un espacio autónomo, seguro, donde pueden venir; donde tienen un respaldo de incidencia colectiva. Ha sido también una herramienta para que las mujeres salgan del olvido y abandono, porque cuando ellas buscaban ayuda, yo no podía brindarla de la mejor forma porque no estaba organizada, entonces la fundación fue una idea espectacular.

No me arrepiento de nada, porque también ha cambiado cosas en mí; me he visto en el papel de coordinar 54 mujeres, incidir por ellas. Ya no hablo por dos o tres personas, sino por 54 afiliadas a la fundación y, es más, no solamente por ellas, sino por lo que viene a su alrededor; debo seguir desaprendiendo para aprender, y, así, todos los días.

Quiero seguir aportando a este sueño porque quiero que Mujeres que podemos sea reconocida a nivel nacional e internacional por su trabajo, no sé cuántos años Dios me dé de vida, pero si no lo veo yo, que lo vea algunas de mis hijas. Nosotros tenemos semilleros donde formamos a los más pequeños con conocimientos y saberes ancestrales, porque sabemos que esto va para largo.

La manera como los afros nos relacionamos con la naturaleza ha sido muy significativa en lo que yo soy, desde que era una pelaíta jugando donde mi abuela, ver y escuchar el río, irme a la playa, jugar con las piedras, la arena, montarme a las

palizadas, eso ha sido relajante para mí, me conectaba con la naturaleza y me sentía yo misma.

Es por eso que siempre me han relacionado mucho con la naturaleza y ancestralidad, crecí con ella, la manipulé, la masqué y la tragué; disfruté de esas palizadas, esa selva y ese mar, me metí al monte sin botas, iba a la azotea con mi abuela y plantaba con ella, conocía las plantas medicinales porque mis dos abuelas eran mujeres que vivieron la agricultura y decidieron trasladar ese legado hasta mí. Sembré, pesqué y recogí, crecí y sané.

Además de la naturaleza, lo ancestral ha sido mi otra pasión; cuando comencé con mi fundación, me di cuenta que habían muchas mujeres que les hacía falta sembrar un árbol, coger un fruto y les dije: Muchachas, recobremos lo que nos perteneció. Nosotras podemos sacar otra vez las azoteas y empezamos a sembrar pepino, tomate, albahaca y otras cosas más. Sembrar, echar una semilla, darle mucho afecto y ver los frutos es lo más maravilloso que a uno le puede pasar en la vida y se come con ese gusto, con esa pasión de saber que eso está ahí por uno.

Con Mujeres que Podemos no solo sanamos a través de la siembra, sino de muchas otras formas. Las mujeres debemos unirnos para que intercambiamos ideas, experiencias o saberes, en Chocó tenemos cinco subregiones muy diversas, entonces somos un pueblo millonario y a través de la juntanza, sanamos y aprendemos de las otras. Por ejemplo, nosotras nos juntamos precisamente para sacar un informe de violencia sexual, por la problemática y el contexto territorial, aquí no nos conviene que estemos solitas; juntas pudimos hacer un informe más efectivo. Después de hablar, nos dimos cuenta que los testimonios conllevan a lo mismo. Entonces esos hechos marcaron nuestra vida casi de la misma forma. Nosotras trabajamos lo individual pero siempre hacemos parte de lo colectivo, solo así sabemos que la lucha es más poderosa. En un contexto chocono, las mujeres siempre hemos sido amas de casa, cuidadoras y acompañantes,

desde niñas nos han delegado los roles y jamás nos han dejado decidir lo que queremos, por ejemplo, nosotros no tenemos derecho a estudiar, porque “si estudia, va a mandar al marido”, así que siempre estamos con el malestar de tener unos roles plagados de responsabilidades, pero donde son los otros los que toman las decisiones y seguimos cargando con el peso de solo tener que parir, y además de eso, educar.

Es por esto que organizaciones como Mujeres que Podemos existen para visibilizar y luchar; tenemos que estar en todos los sectores porque nos interesa la transformación y el cambio de la sociedad, las mujeres merecemos nuestro lugar en el escenario.

Como madre también he tenido que sufrir por serlo, yo pienso que el asesinato de mi hijo Deyner ha sido muy un punto de cambio en mi vida. Eso me marcó porque me siento no solo muy triste por lo que le pasó a mi hijo, sino que me pongo en los zapatos de las madres a las que le pasó antes de mí, y, como defensora de los derechos humanos que trabaja por evitar que se vulneren cotidianamente a la población, me duele más porque veo que es una lucha incansable y no hay repuesta. Mi mundo, tal como el de muchas otras madres, se transformó en un segundo. Un asesinato es una familia destrozada, genera disputas, discusiones, desesperanza, todo en el mismo entorno. Lo que más impotencia puede dar es la falta de acción, detrás de mí hay muchas quebrantadas que dicen “yo no puedo con esto o no sigo con esto”. Es un daño muy grande que se le hace a una familia, a un entorno, a una comunidad, pero siento que toca alzar la cabeza y seguir haciendo un esfuerzo para transformar; cada vez serán más hogares, comunidades y entornos los que se sumarán a la lucha por la paz.

Yo soy creyente y me apoyo mucho en lo espiritual, así que hablo con Dios, y desde el día que mi hijo estaba tirado allá, cuando llegué y reaccioné, en medio de mi llanto, le daba gracias a Él porque lo iba a poder sepultar, le daba gracias porque lo

había visto tirado, porque conozco muchos casos de madres, que jamás los han vuelto a ver, que jamás los han podido enterrar. También le dije a Dios que Él conocía a mi hijo mejor que yo, que lo perdonara si cometió una falta, y que me perdonara a mí si en su crianza yo fallé también. Deyner me ha dado la fortaleza, yo lloro cuando tengo que llorar, voy al cementerio, le he puesto flores y le sobó la tumba.

Esto también ha sido de aprendizajes, aprendí que los que le hicieron daño a mi hijo son parte de un círculo en el que muchos hemos sido víctimas. Quizás no estaban en sus cabales o tienen problemas y solo Dios los puede juzgar. Pero desde mis habilidades y posibilidades seguiré trabajando para que las mujeres nos empoderemos, avancemos en nuestros sueños, seamos respetadas y la ancestralidad nos fortalezca para dejar un camino mejor a quienes vienen.

Y después, el sol

Soy



Mis herramientas tradicionales del pacífico.



SINGER

Teresa

Poder para que otras sean libres

Acostada en mi cama soñaba con ser un ave, imaginaba los lugares que podría recorrer. Le daría la vuelta al mundo si fuera tan libre como ellas; incluso, pensaba que podría llegar hasta las estrellas y viajar por el universo. Con las historias de mi papá y de mis tíos sobre sus travesías, me di cuenta de que, aunque no podría volar como los pájaros, tenía muchos lugares por conocer.

Mi familia paterna es de Andes y Envigado, Antioquia. Mi papá, Benjamín Ochoa Jaramillo, el menor de diez hijos, había llegado a Chocó tras los pasos de sus hermanos; quienes buscaron fortuna en la selva por una invitación de la Intendencia del Chocó a personas que quisieran poblar las tierras, con el beneficio de recibir esos territorios como propios. En su recorrido por el Pacífico no solo halló trabajo y paisajes exuberantes, muy distintos a los que había entre las montañas, en Istmina encontró esposa y la oportunidad de formar su familia. Mi mamá, Clementina Palacios, una mujer sumisa, descubrió en aquel hombre el amor y el papá para sus hijos. Mis nueve hermanos y yo nacimos entre partos difíciles y varios abortos. Los embarazos eran complicados para ella, y mientras daba a luz a su décimo hijo, murió.

Con todos nosotros a su cargo y desconsolado por la muerte de su esposa, mi padre recordó cuando mi mamá dijo con voz baja que ella no aguantaría ese parto, y la promesa que le hizo: “pues hija, si usted se va a morir, váyase tranquila que yo haré las veces de padre y de madre”. Cumpliendo a su palabra, contrató empleadas que nos ayudaran en el cuidado del hogar y la alimentación, mientras él se encargaba de guiarnos con disciplina, según sus valores paisas. En esa mezcla nos criamos mis hermanos y yo, con dos formas de ver el mundo; en nuestro entorno, la cultura afrodescendiente, y en el hogar, la cultura paisa. Después de que muere mi mamá comenzamos a extrañar la comida chocoana, ella nos preparaba platos típicos de la región; ahora el menú de la semana eran frijoles, sancocho de carne,

sopa de arroz con albóndigas y mondongo, los domingos; cada día una comida con lo que él tenía para dar, con los alimentos que recibió y que conocía.

Desde que era joven mi papá alternaba el comercio con la política, era conservador y laureanista; completamente godo. Unas veces era funcionario público y otras comerciante, y tuvo diferentes negocios en Istmina. En el centro del pueblo tenía un local con billares, heladería y juegos de mesa que se mantenía lleno de hombres. Era un buen negocio, pero mi papá quería algo diferente, y, por sus raíces campesinas y lo que le habían enseñado sus padres, compró un terreno para tener ganado y sembrar café. Trajo vacas de Antioquia, sembró frutales, organizó la tierra y realizó el cultivo. La finca era grande, tenía una casa con tres habitaciones: la de mis papás, la de los hombres y la de las mujeres; tenía una cocina amplia, con un horno de barro en el que mi mamá hacía panes, cucas, enyucados y suspiros para vender. Además, teníamos muchas gallinas, chivos y curíes que nos turnábamos para alimentar al llegar de la escuela. Los árboles crecían poco a poco, pero el territorio era muy diferente a lo que mi papá conocía en su tierra natal. La humedad comenzó a hacer estragos y el campo donde estaban los animales se empezó a hundir por el peso, las flores se caían de los árboles por la lluvia y las cosechas eran insuficientes para cubrir el esfuerzo que requerían los cultivos.

Mientras él trataba de mantener la finca, nosotros recorriamos los cuatro patios que tenía la casa persiguiéndonos.

– ¡La lleva Judit! – gritaba Ricardo, mientras corría huyéndole a mi hermana.

– Ya me cansé; mejor juguemos al escondite –, decía Felicia sentada en el piso y recostada contra la pared de la casa, abanicándose con la mano.

Con tantos hermanos y un espacio tan amplio nunca nos aburríamos. Jugábamos policías y ladrones, a saltar la cuerda, hacíamos competencia de trompos, le inventábamos ropa a las

muñecas; lo que más me gustaba era cuando hacíamos reinados. La ceremonia era especial, buscábamos moritas salvajes y elaborábamos nuestro propio vino, mi mamá nos preparaba un bufé, vestíamos a mi hermana con la mejor ropa que teníamos y forrábamos una silla del comedor con una cobija; entonces, con los preparativos listos comenzaba la coronación. Recuerdo mucho también las noches de cuentos, mis papás eran muy buenos para narrar; al final, terminaban fusionando historias chocoanos y paisas, y a nosotros nos encantaba.

Nuestros días comenzaban con la madrugada para ir a estudiar, los hombres al seminario y las mujeres a la escuela de señoritas. Bajábamos con mi papá al pueblo, porque él tenía trabajo en la Administración de Impuestos; almorzábamos juntos y después de la jornada de la tarde regresábamos todos a casa. Los domingos la misa era obligatoria, el obispo gobernaba y mi papá no perdonaba faltar a la iglesia. Con la muerte de mamá nuestras rutinas cambiaron; ella era el alma de la finca, la que cuidaba y se aseguraba de que todo estuviera en orden. Nos mudamos al pueblo y allí, en nuestro nuevo hogar, crecimos entre la atención y los regaños de mi papá, y el cuidado de las empleadas.

Aún sueño con esa casa; todos la amamos mucho, ahí crecimos juntos. Estaba dividida igual que la finca: una habitación para papá, una para las mujeres y otra para los hombres; teníamos la cocina con el fogón de leña, pero ahora no estaba mamá con su horno y sus recetas. Aun así, algunas noches, desde que papá murió, la recorro y lo visito, lo veo solo en ella; y de vez en cuando, en aquellos sueños, mis hijos van conmigo a acompañarlo.

Para mí, ser ejecutiva significaba llegar a la igualdad, así podría superar el dominio masculino. Soñaba estudiar y ocupar rangos altos, porque si tenía un cargo importante yo

podía mandar y tener poder para ser libre; además, el dinero que ganara por mi trabajo me permitiría ser una mujer independiente económicamente y no estar atada a la voluntad de otras personas. Yo no sé de dónde salió ese pensamiento, nadie me lo enseñó; pero con lo que vivía y escuchaba, vi que la vida no era justa con las mujeres. Yo lloraba por ser mujer, no quería tener una vida como la de mi mamá. Recuerdo la rabia que me daba cuando mi papá la gritaba porque no le gustaba la comida, porque decía que no había hecho nada en la casa o porque le daban celos de los hombres que entraban al billar. Ella no contestaba por evitar la confrontación, aguantaba ese trato en silencio, y muchas cosas que presencié de niña, reconocí que eran violencia cuando crecí.

Por eso, cuando empecé la adolescencia y los muchachos se me acercaban a coquetear, yo los escuchaba y me cuestionaba: ¿qué significa estar enamorado?, ¿qué significa ser novios?, ¿qué implica el matrimonio? También, me empezó a llamar la atención la sexualidad, pero cuando supe lo que implicaba, decidí que no iba a tener sexo con nadie porque era una forma de dominarme, y si quedaba en embarazo, aún más.

A pesar de que mi papá fue un hombre muy celoso con mi mamá, desde que ella murió, se transformó completamente. El machismo desapareció, se dedicó a nuestro cuidado y a sus proyectos personales; nunca consiguió otra esposa. No quería que sus hijos terminaran en malos pasos ni sus hijas desprotegidas, y por esto nos empezó a tratar diferente, enseñándonos, desde el ejemplo, que había otras formas de relacionarse; no fue un camino fácil, pero lo recorrimos juntos. Una vez, estando adolescentes nos iba a pegar a mi hermana y a mí por desobedientes, y las dos salimos corriendo a la calle hasta la casa cural; el párroco intervino por nosotras y mi papá prometió que nunca más nos iba a pegar; a él le daba pánico que alguna de mis hermanas o yo, nos fuéramos si él seguía actuando así, y cambió. Papá siempre quiso que todos estudiáramos, y a las hijas nos

impulsó a la docencia.

– Por lo menos sean maestras, así tienen su vida resuelta porque van a tener un trabajo estable y no van a depender de nadie – nos decía.

Yo, por mi parte, quería ser abogada o psicóloga, pero mi papá no podía pagar por estas carreras para todas sus hijas, y tampoco podía elegir a quiénes sí.

Las leyes me llamaban la atención porque al asistir a reuniones políticas con él yo soñaba tener voz en espacios de decisión. Si soy abogada, puedo nominarme a cargos de elección popular y con el conocimiento desarrollaría procesos de bienestar para la comunidad, pensaba. Y la psicología me interesaba, me encanta conocer el porqué del comportamiento humano y de esa manera tener más cercanía con la gente; aunque también me parecía interesante que esos conocimientos podrían ayudarme a evitar ser dominada y a controlar mis emociones.

En mí siempre había una inquietud sobre el tema de la dominación, y si yo era doctora, todo el mundo me iba a respetar; era un sueño muy grande, pero yo estaba dispuesta a trabajar para tener el poder de ser libre. Paradójicamente siempre fui muy obediente a lo que mi papá decía, porque yo sabía que los hijos obedientes tenían éxito; y aun cuando era muy crítica con él, finalmente terminaba haciéndole caso. Entonces, estudié para ser maestra, aunque me parecía que era un trabajo monótono, mal pago y malagradecido.

Terminé mis estudios como maestra y comencé a trabajar en la ruralidad. Dos años estuve trabajando en Plan de Raspadura, corregimiento del municipio chocono Unión Panamericana, hasta que le dije a mi papá:

– No quiero quedarme como maestra, usted sabe. En Quibdó ya hay universidad; hable con sus amigos para ver qué posibilidad tengo de entrar a estudiar.

Al ver la oferta, elegí la Licenciatura en Educación con énfasis en psicopedagogía y administración educativa, porque

en el pénsum me ofrecían semestres donde profundizaría en psicología, que era lo que había soñado. Yo era una nerd, siempre quería ser la mejor, la que más supiera, desde pequeña me encantan la geografía y la historia; porque para ser ejecutiva necesitaba estar en constante aprendizaje, y conocer mi territorio y sus problemáticas.

Al llegar a la capital, mi papá me presentó un joven que conoció cuando fue alcalde en San José del Palmar.

– Te encargo a mi hija, ella viene a estudiar a Quibdó y sería importante si la acompaña mientras se adapta – le comentó.

Él era supervisor de Educación, y en medio de conversaciones y caminatas nos volvimos novios. A su oficina llegó una solicitud del Ministerio de Educación, necesitaban diez maestros para desarrollar una experiencia de alfabetización; el objetivo era que estas personas fueran a enseñar a adultos y compartir los saberes con los maestros del departamento. El proyecto me pareció muy interesante y me inscribí. En él, conocí los planteamientos de Paulo Freire, a Fals Borda y a otros teóricos que desarrollaron métodos de enseñanza diversos; allí también empecé a aprender sobre derechos. Uno de nuestros trabajos fue realizar una cartilla con vocabulario del territorio para generar mayor impacto en las personas y lograr alfabetizar con éxito desde la cotidianidad. Yo diseñé la cartilla para el Chocó, fue mi primer libro y, a partir de este, pude viajar por todo el departamento dictando talleres a los maestros.

Después de varios meses de éxito en mi trabajo, de conocer muchas personas y dialogar con las comunidades mi novio me terminó sin explicación; dejó de hablarme y, al poco tiempo, se casó con otra mujer.

– Te dejé porque eras demasiado inteligente para mí. Yo me imaginaba que iba llegando a casa contigo y los brazos que

se abrían de mis hijos eran para ti, vi que yo no iba a ser nadie al lado tuyo; entonces, no pude soportar eso – me confesó años después.

Yo me sentí libre al escuchar aquellas palabras, agradecí que se hubiera ido, porque no sabría qué sería de mi vida con un hombre que viera mis sueños como competencia de los suyos; un matrimonio en el que tuviera que minimizarme para llenar con su ego nuestra casa. Tiempo después conocí a Rómulo Jaime Chaparro; él era de Bucaramanga y llegó a Quibdó como detective del DAS. Con él podía ser yo misma, mis metas no eran un problema y después de ponerle condiciones, con las que sentía que garantizaba que no me iba a dominar, acepté ser su esposa. Le dije: no le tengo hijos, no le lavo ropa, no le cocino a nadie; yo le puse todos los peros para que se fuera, porque él insistía en el matrimonio; y Rómulo dijo: “sí, yo hago todo eso”, y así lo hizo. Nos casamos el 20 de octubre de 1979, cuando yo tenía 22 años y él 27. En el matrimonio era yo quien tomaba las decisiones, él me entregó el poder de hacerlo, y direccioné la forma en la que íbamos a convivir. Con estas reglas me sentía bien, pero en algunos momentos era agobiante, porque tenía que cumplir las funciones del hombre y las de la mujer. Esperaba que él fuera creativo, propositivo y práctico como lo éramos en mi familia, pero tenía otras cualidades, como ser calmado y resolver los problemas con tranquilidad; nunca gritaba ni juzgaba a las personas y, en eso, nos entendimos muy bien.

Con los años decidí tener hijos, y al comentarle a Rómulo se puso feliz y estuvo de acuerdo. Entonces, programamos para que el bebé naciera al finalizar mi carrera, porque no quería verme como mis compañeras, desconectadas de la clase por atender a los hijos. En 1981 nace Harley Andrés, y entro en depresión post parto. La maternidad para mí era humillante, me cuestionaba: ¿por qué a las mujeres nos toca sufrir así?, ¿por qué tenemos que aguantar que se deforme nuestro cuerpo y en el momento del parto tener que gritar y pasar por tanto dolor?

Además, me dio miedo de que mi hijo fuera como los hombres de mi familia: gritones y dominantes, no eran considerados con sus esposas, y no quería contribuir a que esto se siguiera repitiendo. Entonces, empecé a educarlo desde pequeño para romper esos patrones.

Dos años después de que nació Harley, quería continuar con mi formación y me inscribí en una maestría a distancia; deseaba superar mi título de licenciada y sentía que, a mis 25 años, estaba preparada para hacerlo. Después de llenar la solicitud, me embarqué en una avioneta y fui a la entrevista, en la que fui aceptada.

Al regresar noté que mi periodo no llegaba; estaba asustada, otro embarazo interrumpiría mis planes de estudiar. El embarazo anterior había sido complejo, las náuseas y el malestar general no me abandonaron, y no quería pasar por eso otra vez, con la carga adicional del estudio. Hablé con Rómulo y él me apoyó en la decisión de no tener el bebé, así que contacté al médico y le dije:

– Doctor, no me ha venido la menstruación, sé que estoy embarazada porque yo soy puntual, pero no quiero tener el bebé, ¿usted me puede ayudar?

Después de negociar y explicarle mis motivos me citó el siguiente lunes.

– Venga a primera hora y traiga \$300.000 pesos – contestó.

Recostada en la cama, sentí en mi cuerpo algo que no puedo explicar, e inmediatamente pensé: Dios, esto que siento es mi hijo, y lo voy a tener pase lo que pase. El lunes a primera hora, el consultorio estaba vacío, y más tarde recibí una llamada.

– La maestría se aplaza hasta nueva orden –, decía la voz en la línea.

Estaba en shock y sentía que había tomado la decisión correcta. En febrero de 1984 nacieron Irene y Melisa, las gemelas, mis hijas; nombradas como las mujeres valientes que

sueño que sean. Me dediqué a su cuidado por casi dos años, y tiempo después me llamaron para decirme que se reanudaba el proceso de la maestría. Realicé mis estudios y me gradué como Magíster en Educación y Desarrollo Social; aquello me cambió la forma de pensar y, también la vida. Era increíble; yo, que no quería ser maestra, estaba feliz al graduarme de un posgrado en educación. Desde ese momento, los aprendizajes sobre inclusión social y desarrollo humano han sido pilares para mí. Aprendí a darle el valor a cada persona y a relacionarme mejor con mi familia.

En 1991 nació Diana Teresa, mi tercera hija mujer; hoy me enorgullece que todas fueron educadas en el empoderamiento y la libertad. Con la convivencia, Rómulo y yo, nos fuimos perfeccionando como personas y valorando más nuestra propia familia. Los últimos años de vida, él empezó a comparar su historia con las de sus compañeros y se daba cuenta de que estaba en el lugar correcto, en un lugar privilegiado. Nos despedimos en 2014, murió a causa del cáncer de esófago.

Es la educación la que me lleva a ser lo que soy. Con cada aprendizaje abro más mi mente, elimino barreras, valoro más a las personas y respeto lo que son a partir de sus experiencias. Con lo que había vivido y escuchado en mi comunidad, los hombres paisas me generaban disgusto. Mi pensamiento era que ellos llegaban a tumbar a las personas, a abusar de quienes vivíamos en Istmina. Varias veces, al ir a la tienda, me cogían la mano y me hacían propuestas que hombres de mi comunidad jamás me habían hecho. Pero al viajar a Medellín, periódicamente por el estudio, me di cuenta de que estaba en un error, que las personas que estudiaban conmigo también eran paisas y no se comportaban de esa manera; entonces, comencé a cuestionarme lo que creía sobre los demás y el valor que les estaba dando según

mis prejuicios, y eso me transformó.

Además, los conocimientos técnicos adquiridos en la academia, como la formulación de proyectos y el desarrollo de investigaciones sociales me han permitido ser la mujer que había soñado. Al graduarme, me ofrecieron ser la directora, en Quibdó, de la Fundación Centro Internacional de Educación y Desarrollo Humano (CINDE), y me permitieron que continuara trabajando en el magisterio. En ese momento descubrí que era la ejecutiva que visualicé desde niña, y que, además, era reconocida socialmente de esa forma.

Era mi más grande sueño, y se había cumplido. Necesitaba, entonces, otro sueño para seguir, y lo encontré al ayudar a los demás a cumplir los suyos. Yo no le pido nada más a la vida, mis hijos están grandes y han estudiado lo que han querido, ya están cumpliendo sus sueños y económicamente estoy muy bien; no quería seguir trabajando nada más por acumular dinero. Entonces, decidí dedicarme a las mujeres; quiero ayudarles a amarse más y a salir adelante por sí mismas.

Durante mis años como maestra desarrollé una cátedra que se llama Toma de decisiones, y la he trabajado con las mujeres. Analizamos algunas situaciones de la vida en las que no tenemos poder de elegir: quiénes son nuestros padres, el color de nuestra piel, la cultura en la cual nacemos... y también reconocemos que hay otros momentos en los que elegimos; esa posibilidad es un regalo, porque nuestras decisiones son el capital inicial para construir la vida que queremos. Sin importar la edad que tengamos, o las decisiones anteriores, siempre es posible volver a empezar; a partir de las reflexiones sobre nuestros pasos, podemos construir un camino mejor, no solo para nosotros, sino para las generaciones que vienen. Es por esto por lo cual desarrollamos en CINDE un proyecto para fortalecer el rol de la maternidad, desde la crianza basada en el amor. Queríamos empoderar a las madres para eliminar patrones de violencia, y de esta forma prevenir que escalara

en nuestro territorio. Convocamos a madres que trabajaban desde sus casas; por ejemplo, vendiendo comida en la puerta, y trabajábamos con ellas y sus hijos, a la par. Por medio de juegos y rondas, compartíamos conocimientos sobre la concentración, la asertividad, el cuidado del ambiente, la salud y el respeto; y también desarrollamos diez lecciones sobre la crianza sin castigo físico. Luego de terminar el ciclo de aprendizaje, esa mujer que recibió la información se convertía en maestra para otras diez madres. A partir de esta red, logramos nuestro objetivo que era crear ambientes adecuados para el sano desarrollo de los niños. Este proyecto no solo tuvo impacto en Quibdó, sino que familias de siete municipios más se beneficiaron; incluso, yo cambié mis prácticas de crianza al profundizar en estos nuevos paradigmas.

Por medio de estos procesos comencé a ser parte de la Red Departamental de Mujeres Chocoanas, y allí trabajamos la autosuperación y el empoderamiento por medio de los saberes.

– Si no estudias y no te preparas, si no asistes a los talleres, ¿cómo te vas a superar? A uno no lo empodera la plata, no lo empodera un negocio; lo empodera los aprendizajes que tiene –, les digo a las mujeres constantemente.

Para mí es importante que tengan los conocimientos para usar correctamente las herramientas con las que cuentan, o para crear las que necesiten; no nos sirve de nada solo dar, porque cuando no estemos, esa mujer va a quedar desprotegida.

– Teresa, hay un grupo de mujeres y una máquina, díctales un cursito; aquí hay un millón y medio, mirá, pa'vos. Andá, enseñales modistería, tenés tres meses de plazo para que ellas aprendan a coser – me dijo Nimia Vargas, encargada de la asociación Operadoras de Cambio.

– Nimia, en tres meses nadie aprende a coser, ¡nadie! – le respondí entre risas.

El curso hacía parte de un proyecto para prevenir las violencias contra las mujeres a partir del empoderamiento económico. Con recursos de cooperación internacional se pudo financiar el deseo que ellas tenían de aprender sobre costura; entonces, me llamaron para dictarlo. Seis meses habían pasado y el curso continuaba, pero los recursos que nos dieron ya se habían agotado y las ganancias de la producción solo alcanzaban para pagar el arriendo del local. Analizando la situación, decidí trasladar el grupo a mi casa y lo nombramos Costurero de Mujeres Creativas. Yo vivía sola, mi esposo había muerto y mis hijos ya tenían sus hogares; es una casa grande y me pareció más fácil estar atenta al proceso desde allí. A mí Nimia me había dicho: “enséñeles y que ellas resuelvan”, pero desde el 2019 estamos unidas; yo me siento una más del grupo y las he formado para que puedan asumir el liderazgo en cualquier momento; mi trabajo se ha enfocado en formar líderes y ser una consultora.

Esto más que un costurero es una escuela-taller, porque cuando una consigue sus máquinas y emprende, otras mujeres llegan y empiezan el proceso. Aquí, aquellas que aprenden a coser tienen el deber moral de enseñar a otras; es la forma de agradecer por el conocimiento y de aportar al desarrollo de todas. Ellas son conscientes de eso y lo hacen; a las amigas o conocidas que dicen que quieren aprender, se les dice: “vengan que acá lo pueden hacer”. Las mujeres que forman parte del Costurero saben que deben hacerlo y enseñan, sin ningún celo, a hacer los vestidos y los collares. Aquí no pensamos en que la otra es la competencia o que va a producir lo mismo que yo hago, eso no nos importa; nosotras nos preocupamos es por el bienestar de la persona y su independencia económica.

Uno de los procesos más complejos ha sido que comprendan que este costurero depende de todas, porque es por ellas que existe. Para lograrlo, decidí asumir la dirección de los grandes contratos, y en la medida que trabajaban, se les pagaba. Al recibir dinero por su labor, entendían la importancia de la

dedicación y la responsabilidad. En el costurero procuramos que el capital que tenemos no disminuya; por el contrario, buscamos fortalecerlo y aprovechamos las capacitaciones y los insumos que hemos recibido de proyectos como Mujeres Tejedoras de Vida; gracias a esto hemos podido ampliar nuestras ganancias y repartir más dinero a las participantes. Como uno de nuestros objetivos es la independencia económica de las mujeres para reducir los índices de violencia intrafamiliar, impulsamos que cada una realice sus productos y los venda.

– Hoy quedó más ganancia, pero no te la gastes en comida; ve y compra tela, haces el producto que quieras y lo vendes; guarda parte de ese dinero y disfrutas de la ganancia – les digo, y así lo han hecho, tanto que muchas ya tienen negocio personal y le están dando prevalencia, generando así su capital e independencia.

Uno de los días más alegres y gratificantes que he tenido en el costurero fue cuando me enteré de que Densy, una de las mujeres más jóvenes del grupo, podía coser cualquier diseño, incluso los que yo no me atrevía a hacer. Yo rechazo las peticiones de vestidos extravagantes, con cortes extraños y asimétricos; y ella, con videos de Youtube, replica todos los que le piden, sin importar la dificultad. Cuando me enteré de eso, la felicidad no me cabía en el cuerpo y salía a carcajadas. Ahora ella es guía de otras tres mujeres para la elaboración de este tipo de prendas. Densy llegó a acompañar a su mamá al costurero, y poco a poco se fue quedando; participaba en algunas sesiones, de forma intermitente, y, entre ir y venir, entendió la responsabilidad de hacer parte y ahora es una lideresa en el grupo.

Al igual que para ellas, el costurero ha sido un reto para mí. He pasado días sentada estudiando, retomando conocimientos que les pudieran servir y que fueran acordes a su proceso de aprendizaje. Eso ha catapultado mis habilidades en diseño de ropa y de accesorios; he crecido profesionalmente como modista, ya me considero una diseñadora.

Ser la sombra de mi mamá cuando estaba pequeña me dejó muchos aprendizajes; uno de ellos, la costura. Sus tardes como modista yo las pasaba sentada al lado de la máquina, analizando el movimiento de sus manos, los cortes en la tela y el detalle que ponía en los acabados antes de terminar. Soñaba que me dejara tocar la máquina y me regalara retazos, pero mi hermana Luz era quien ocupaba la silla y le ayudaba a mamá, porque yo no alcanzaba.

El gusto por crear con telas, agujas e hilos lo alimentaron las religiosas que enseñaban en mi colegio. Un trapo y una madeja eran parte de la lista de útiles cada año, y aprender a bordar a mano era una de nuestras tareas; para mí, era maravilloso y la creatividad siempre me ha guiado. María Bernarda, mi profesora de primero, me abrió el mundo del arte como una puerta a otro universo. Poesía, teatro, dibujo, pintura; aprendí de todo en su clase, y me ha servido para ser una mujer con gran imaginación y talento para crear.

Al ver que mi amor por la costura aumentaba con los años, y que no sabía cómo usar la máquina de coser que mamá nos dejó, mi papá me enseñó a manejarla. Tenía aproximadamente doce años y, sentada en un banquito, usaba un cojín para alcanzar con más facilidad la mesa en la que reposaba aquella herencia soñada. Aprendí a clonar piezas por medio de los patrones, y una de las primeras prendas que realicé, la pagué con el fute que mi papá me dio.

– Pa’, yo soy capaz de hacer la falda; yo quiero hacer un vestido como el último que la modista me trajo – le dije sosteniendo la tela del nuevo uniforme en la mano.

– No lo vas a hacer porque esa tela es muy cara y si se daña pierdo mucha plata, vos no tenés experiencia – me respondió antes de irse para la oficina.

Revisando la falda actual, me imaginé los cortes que debía hacer, los patrones a seguir, y realicé mi nuevo uniforme, haciendo caso omiso a la negativa de mi papá. Cuando estuvo lista, me la puse antes de que él llegara; quería mostrarle que sí era capaz. Al verme, no me dio tiempo de preguntar qué le parecía y me dio unos fuetazos por desobediente. Pero a mí no me importaron, porque sabía que mi trabajo había quedado bien; y aunque él no lo podía admitir, para no poner su autoridad en tela de juicio, que nunca más me prohibiera realizar prendas me lo confirmó.

Mis abuelos chocoanos eran muy pobres, analfabetas, y en búsqueda de una mejor calidad de vida para sus hijos, los enviaron a vivir donde otros familiares. Mi mamá fue a parar a la casa de una tía que le enseñó sobre panadería y costura; a cambio de la vivienda y el aprendizaje, hacía oficio general y cocinaba. Esos saberes que ella adquirió significaban una meta grande para mí, porque más allá de la cultura que reflejaban, he querido ser una sabelotodo desde pequeña. Todo lo que sabían mi mamá y mi papá, yo quería saberlo, porque esas habilidades y conocimiento me daban poder, y me hacían una mujer menos vulnerable, con más oportunidades de salir adelante.

Por esta razón es que me encanta compartir mis saberes; siento que, más que un deber, es un honor que las demás personas quieran aprender sobre lo que sé. Jamás pensé que sería maestra, rechacé serlo en varias ocasiones, hasta que entendí que mi espíritu está ligado al arte de enseñar. Mis conocimientos han recorrido la selva, los salones comunales, las aulas de clase y han llegado hasta la sala de mi casa. A mis hijas no les gustó mucho la costura, pero saben bordar a mano; aprendieron cuando eran pequeñas y me ayudaban con algunos de los pedidos que llegaban. Al igual que ellas, algunas niñas y jóvenes que vivían en el barrio me visitaban para aprender a pegar botones y remendar ropa.

– Levante la denuncia, mire que él le puede hacer algo – me dijo, en pánico, la mujer a la que aún no le desaparecían los moretones que su esposo le había causado.

– Yo no le tengo miedo ni a él ni a ningún abusador; porque el que le pega a la mujer, es un cobarde. Como dicen por ahí: el mayor miedo que tienen los hombres es de una mujer que no tiene miedo. Él no me va a hacer nada, te maltrata a ti, porque tú sí le tienes miedo, y lo sabe – le respondí enfática.

Sus dos hijas aprendieron a manejar la máquina de coser conmigo, y un día me enteré de que ese señor era violento y que había golpeado a su esposa, que hasta hacía pocos días era mi vecina. Realicé la denuncia y, después de varios trámites, lo llevaron preso.

La comunidad me reconoce por eso, las personas son las que me impulsan: “Seño, él la va a matar si usted no hace algo”, “ese señor la maltrata y nadie se atreve a hacer la denuncia por miedo”, pero como yo no les tengo miedo, realizo los procesos. En esa labor me ayuda mi experiencia como docente, como directora en CINDE y como miembro de la Red Departamental de Mujeres Chocoanas. Los encargados de procesos de justicia, como la Fiscalía, me reconocen como lideresa, y eso ha generado confianza para trabajar de la mano en la prevención y atención a las violencias basadas en género.

Hoy en día, el sueño por el que trabajo es la autonomía de las mujeres que han decidido hacer parte del Costurero. No necesito que lleguen a ser ricas ni a tener una boutique; esos son metas que les corresponde crear a ellas. Yo, por mi parte, sueño con que tengan la oportunidad de ser lo que deseen, que vivan en entornos libres de violencias y que, en el proceso, sean impulso y luz para otras mujeres.

Soy



Mi collar, corazón de oro



Zulema

El día que San Basilio quedó deshabitada

Huida

“Cámbiense, ya nos vamos porque esto se va a poner feo”; fue lo único que nos dijo mi papá, a mis hermanos y a mí. Nos tomaron por sorpresa sus palabras, especialmente por lo desesperado que sonaba. Llevábamos esperándolo todo el día, él había madrugado a entregar una parte de la nueva cosecha de tomate a Villanueva. Mi mamá también se había ido desde el día anterior por una cita médica, y mientras ambos estaban en el pueblo, se habían enterado, antes que nosotros, que en la finca habían muertos; decidieron, entonces, que lo mejor era irnos, porque la violencia en Las Mesas cada vez era peor.

Con apenas diez años ya entendía la expresión: “*se va a poner feo*”. Por ejemplo, se había puesto feo cuando tenía que esconderme debajo de los pupitres de la escuela, y sentía como las balas pasaban silbando de un lado a otro, porque el colegio estaba en la mitad de un campo abierto; o cuando suspendían las clases porque los helicópteros no tenían compasión de tirar las bombas donde cayeran; también, se había puesto feo cuando dejé de ver a algunos de mis compañeros de escuela, y cuando preguntaba por ellos, me decían que su familia se había tenido que ir de la vereda, ¿irse de qué o por qué?, si en Las Mesas era donde habíamos vivido todos, toda la vida. Luego, entendí que se iban por los mismos motivos que nos íbamos ahora nosotros, porque desde finales de los años noventa, los hermanos Carlos y Vicente Castaño enviaron unos hombres del Bloque Norte de las AUC a hacer presencia en esta zona. En 2001, los hombres quedaron al mando de Arnulfo Sánchez González, alias ‘Pablo’, responsable de la mayoría de las masacres en La Guajira. En el 2003, año en que tuvimos huir de nuestra tierra, los paramilitares tenían total control de zona, extorsionaban a comerciantes y transportadores, e intimidaban a campesinos³¹.

Como pude me cambié y nos fuimos. En la primera

estación de la finca estaba la choza donde mi papá empacaba la carga, mi hermano se bajó porque tenía que ir a llevar una encomienda a un cerro cercano; mi papá nos mandó adelante a mis dos hermanas y a mí, porque él también tenía que dejar algunas cosas listas. Arrancamos para Villanueva, ese día estaba lloviendo mucho y un viaje que normalmente tardaba una hora, fue de seis; llegamos a las ocho de la noche, y mi mamá ya nos estaba esperando. Ella era la que más había insistido para que nos fuéramos de la finca, había logrado convencer a mi papá y le había dicho al conductor que prefería que nos trajera a nosotros, sus hijos, así no trajera más tomate; la cosecha podía recuperarse, su familia jamás.

A partir de ese momento, pasaron diez años antes de que pudiéramos volver a nuestra finca. Ese día del 2003, en que tuvimos que salir corriendo de aquello que nos pertenecía, sigue siendo uno de los momentos más difíciles para mí; saber que la violencia nos había arrebatado nuestra vereda, nuestra finca, nuestros cultivos, nuestra vida. Mis papás tenían razón, esa noche en que nos fuimos comenzó una balacera y asesinaron una familia. Mis papás, mis tres hermanos y yo nos salvamos de lo que pasó, pero comenzamos a ser seis viviendo en un sitio que no nos pertenecía; atrás quedaba San Basilio, la casa de barro donde había crecido, esta tenía solo una habitación y lo que la gente llama “el aposento”, un cuarto delante del principal por donde uno pasaba; también, tenía una cocina con un fogón de leña, una alberca donde jugábamos y muchas flores que mi mamá se esmeraba en cuidar como a sus propios hijos; tenía dalias de todos los colores, diferentes tipos de begonias, gladiolos, hortensias y rosas.

De un día para otro no volvería a ver las plantas de mi mamá ni volvería a la escuela de la vereda; jamás tendría clase otra vez con el profesor que nunca decía “Buenos días”, sino que nos preguntaba directamente por las tablas de multiplicar;

tampoco estudiaría en este espacio donde yo era la única mujer, y en el que también estaba mi hermano; no podríamos volver a irnos juntos para el colegio ni aprovechar para montar el burro o treparnos a los carros juntos. Él solía ensillarlo cuando mi papá nos lo prestaba para ir a la escuela, y me decía: “con que me hagas caer, de allá pa’ acá me las pagas”; y eso era prácticamente decirme que me moviera, porque nos pegábamos unas caídas y nos raspábamos todos. Para hacerme la maldad, entonces pasaba el burro por toda la orilla del barranco, que para que yo aprendiera a tener equilibrio; algunas veces, papá no nos prestaba la bestia y mi hermano me decía que me pusiera un pantalón, porque nos íbamos a colgar a los carros; cuando a ellos les provocaba, paraban y nos llevaban, pero cuando no, no había súplica que valiera.

Era toda esa vida la que extrañaría más; pero mi familia, la de los Reyes Guerrero, no era la única que había tenido que desplazarse ni adaptarse rápidamente a una vida lejos de su tierra y de su finca; apenas, en el año 2003, se registraron más de 13.000 víctimas del desplazamiento forzado en el departamento de La Guajira³².

Ya en Villanueva terminé mi primaria y comencé mi bachillerato; siempre fui de las mejores estudiantes, porque si había algo que me motivaba era salir adelante y tener la capacidad económica suficiente para que, al regresar a mi tierra no tuviéramos que hacerlo a una finca tan vacía. Cuando pensaba en cómo sería el regreso, solo tenía un sentimiento de angustia; pero con la motivación de que podríamos volver, mi mente se empezó a llenar de tranquilidad y paz. Mis sueños de niña me ayudaban a sostenerme también; soñaba con estar en el área de la salud, no sabía desde donde venía ese deseo, pienso que tal vez fue por ver tantas cosas en la finca, tanta violencia, tanta sangre y familias destrozadas, y uno sin poder ayudar. Yo quería contribuir al bienestar de mi comunidad; entonces,

empezó a gustarme la medicina, pero mis papás no podían pagarme una carrera tan costosa, así que cuando me gradué del bachillerato, estudié la técnica en Enfermería en Valledupar, y, afortunadamente, siempre he trabajado en lo que me he propuesto. Por ejemplo, dije que iba a estar en el ICBF, y allí estuve; dije que iba a ejercer como enfermera domiciliaria, y así fue; en realidad, puedo estar agradecida con la vida porque laboral y profesionalmente soy una persona que se ha superado a sí misma.

Origen

Mi nombre es Zuleima Reyes Guerrero, soy la cuarta y menor hija de Roberto Reyes Cañisarez y Marina Guerrero Durán. Nací en Villanueva, en una fecha no exacta. Mi mamá dice que ella me parió un 4 de octubre de 1994, pero el registro de nacimiento dice lo contrario; ahí aparece el 1 de octubre de 1992; y aunque aparezco legalizada con la del 1 de octubre, no tiene lógica, porque habría nacido el mismo año que mi hermana, como si mi mamá hubiera tenido dos partos. Decido creer, por convicción, que nací el 4 de octubre; es la fecha en que siempre lo he celebrado.

Tengo un hijo de tres años y medio, llamado Santiago³³, nació el 10 de febrero de 2019. Al papá de Santiago lo conocí mientras estaba en el bachillerato, yo estaba en noveno y él en décimo; empezamos a hablar, las conversaciones se hicieron cada vez más intensas y terminamos por enamorarnos. Cuando nos graduamos del colegio, él se fue a estudiar Ingeniería de Minas en San Juan del César, y yo Enfermería en Valledupar. Terminamos nuestras carreras y comenzamos a trabajar. Con los sueños y el amor intactos, decidimos irnos a vivir juntos; primero, vivimos donde mi suegra; y luego, debido a distintas

razones, yo me fui para la casa de mi mamá, quien vivía al frente; él se fue conmigo y, en un momento en que ambos estábamos estables laboralmente, nos propusimos hacer nuestra propia vivienda en un terreno que le correspondía por herencia paterna.

El papá de Santiago es en realidad una gran persona, pero está en “estado de mejoramiento”; él no es malo, pero tiene amistades que son nocivas y cuando eso pasa y uno no tiene la capacidad de elegir entre ellos o la familia, vas a estar perdido. Yo misma decidí finalizar la relación hace poco, porque una noche me pegó³⁴. Él había llegado de beber con su hermano y sus amigos, y comenzó a alegrarme por motivos que ya ni recuerdo; en un punto me empujó, me choqué con una pared y me abrió una herida por la ceja y la frente; tuvieron que ponerme varios puntos y obviamente me quedó una cicatriz; al principio me defendí, pero él es demasiado fuerte. Los días después de eso lloraba mucho, me daba desilusión porque pensaba que ya había batallado lo suficiente en la vida para que viniera otra persona a darme garrote. Mi papá estaba furioso, porque yo sé que vengo de una familia que para muchos es pobre o para otros es humilde, pero nunca hemos utilizado la violencia; jamás he visto a mi papá levantarle la mano a mi mamá, ni ella a él.

De hecho, nosotros somos cristianos. Mi papá es cristiano desde antes de que yo naciera; ellos se metieron a la iglesia porque él era bastante tomador y buscó la religión como una forma para salir de ahí, y ya lleva muchísimos años sin consumir alcohol. Después de la primera agresión, él estaba que mataba y comía del muerto, estaba dispuesto a todo, y aunque nunca nos había alzado la mano a ninguna de nosotras, yo no sé qué habría podido pasar ahí. Tuvimos que calmarlo, recordarle que somos unas personas de paz, que utilizamos el razonamiento y no creemos en esas palabras guajiras de *ojo por ojo y diente por diente*. Mi tío, el único hermano vivo de él, lo tranquilizó y pudimos buscar una solución que no implicara más violencia.

Hicimos un proceso legal que terminó con una conciliación en la Comisaria de la Familia, y aunque muchas personas me decían que pusiera la denuncia en Fiscalía, yo no quise hacerlo, porque al final, si lo metían preso, eso no solucionaba nada; establecimos unos términos y acuerdos, decidimos que yo me quedaría con la custodia de Santiago, y por eso seguiría viviendo en la casa que habíamos construido juntos unos dos años atrás. Honestamente esta agresión no me ha dado rabia ni ira, porque yo le digo a él: si hubiese actuado con rabia, créeme que tú estarías preso, porque el show de tu vida lo hubiera hecho yo en la Fiscalía. No es fácil salir a decirlo y contar esto, porque después de tantos años, tanto esfuerzo, tanta dedicación, mira cómo me pagó; por fortuna, yo no comparto la idea de que, por estar con alguien durante un tiempo, tengo que estar ahí, sumisa, sometida, que me esté dando golpes, no; ya se acabaron los tiempos donde la mujer tenía que dar y dar, y no más parir y que le dieran golpes; por eso, yo le digo a las mujeres que no se dejen maltratar, que la vida no depende de un hombre, sino del amor propio.

A mí me da vergüenza decirlo, porque de alguna u otra manera yo soy una persona que, sea mucho o poco, tengo un reconocimiento social, porque trabajo con entidades de salud. O sea, para mí la pena más grande era llegar al hospital, que los médicos me vieran y me trataran, que supieran que mi exesposo me había pegado. Pero pensaba que no soy la única, en La Guajira, en los últimos seis años han ocurrido aproximadamente 60 feminicidios y 25 intentos de asesinato a mujeres³⁵.

La historia de este caso de agresión comenzó porque él había tomado el día anterior, se cayó y se rompió un parpado; yo me desperté, le hice comida, le cambié la ropa, porque estaba muy mojada y quería que durmiera más cómodo. Durante el día llegó su hermano y le dijo: “vámonos a beber”. Como a las 6:30 p.m., él volvió de la calle y yo, de alguna forma, ya sabía que

le habían dado cuerda, porque su hermano es bastante machista y le molestaba mucho que yo me fuera a trabajar temprano, y mi exesposo quedará pendiente de la casa. En la actualidad estoy en una IPS que administra todos los procesos de discapacidad en el sur del departamento, y a veces exige desplazamientos en los municipios del sur; entonces, debía irme desde temprano, muchas veces volvía a las 8:00 o 9:00 de la noche y él era quien se quedaba en casa atendiendo a nuestro hijo y organizando.

Su hermano le recriminaba constantemente esa actitud; le daba cuerda y le decía cosas para avergonzarlo, por lo que yo sabía que cada vez que se iba a beber con él, llegaba influenciado por lo que le decía. La situación se desbordó y terminé yo con esta cicatriz. Honestamente me da tristeza por mi exesposo, porque no es mala persona, en sano juicio es un gran ser humano, pero yo no puedo pasar por alto este maltrato físico, porque detrás viene el maltrato emocional. Antes de mi satisfacción como mujer tiene que estar mi bienestar emocional, y, definitivamente, la paz vale más que la compañía. Además, creo que nadie hace las cosas arbitrariamente, sino que se van tejiendo lentamente en el tiempo, como si estuvieran premeditadas desde antes.

Por ejemplo, el año pasado mientras estaba con mi exesposo y mi excuñado, en medio de una conversación sobre viejos amores, yo dije que los guajiros echaban muchas mentiras para conquistarlo a uno; en ese punto no pasó nada, pero en la noche ellos dos empezaron a tomar y en la madrugada me despertaron para que me arrepintiera del comentario que había dicho antes. El hermano de mi exesposo me agredió, y yo me defendí; fue mi hermana la que me llevó al médico, ellos respondieron y pagaron el tratamiento y afortunadamente no quedó ninguna marca, pero yo siento que desde allí las cosas ya se podían predecir; en esa ocasión, también mi papá concilió, porque el hermano de mi exesposo tenía un buen puesto en una empresa y sabíamos que eso le podía comprometer su futuro

profesional.

Lo único que tengo por decir sobre esta situación es que la vida sigue y agradezco profundamente que de esa relación nació Santiago.

La historia de su nacimiento es particular; el jueves 7 de febrero de 2019 yo tenía alrededor de 41 semanas de embarazo, pero no me daban dolores de parto y tampoco sentía que mi hijo se moviera; preocupada se lo comenté a mi papá y él insistió para que fuera al ginecólogo y así poder saber qué era lo que estaba pasando. Llegué hasta allá y le dije el niño no se me mueve; me hicieron las pruebas y, al parecer, todo estaba bien, pero me dijo que cuando los niños se acomodan ya se quedan quietos, y que si en las próximas 72 horas no me daban dolores, el lunes 11 de febrero debía ir temprano para que me hicieran una cesárea, porque tampoco podíamos pasar de las 42 semanas, eso ya implicaba un riesgo para los bebés.

Al día siguiente, Santiago seguía sin moverse, pero el sábado 9 se me hincharon dos dedos; llamé a mi exesposo, le conté que me dolía la cabeza y que me llevara al hospital; fuimos al de Villanueva, pero el médico que estaba de turno dijo que era preferible que me atendiera el ginecólogo, porque en la posición en que estaba mi hijo, el parto iba a ser muy tardío y muy doloroso. Salimos para la Clínica Someda, en San Juan del Cesar, que estaba a 30 minutos, y me internaron inmediatamente. El ginecólogo no estaba; entonces, él me atendió por teléfono y le iba diciendo a médicos generales y enfermeros qué hacer conmigo.

Con la noticia de que su hijo iba a nacer ese día, el papá decidió formar una parranda con sus primos; así que fue mi hermana la que tuvo que acompañarme, porque él solo quería beber y celebrar. En medio de la fiesta, a alguno de ellos se le ocurrió irse a beber a la puerta de la clínica; entonces, con la recocha de mi esposo afuera y el ginecólogo atendiéndome por teléfono, me prepararon para la cesárea.

En la madrugada un primo de mi exesposo, José Luis Vence Fragoso, radiólogo que trabajaba en la Clínica San Juan Bautista, salió para celebrar también el nacimiento de mi hijo; en ese momento se movilizaba desde El Molino hasta Urumita, y cuando transitaba por la Circunvalar, cerca de la glorieta de la Universidad de La Guajira sede Villanueva, parece que se durmió y se accidentó cerca a las cuatro de la mañana; al parecer, el vehículo se salió de la carretera, se fue a un abismo y se chocó contra un árbol. Me entristecí mucho, porque apenas días antes José Luis me había dicho: “Tuti, cuando vaya a nacer mi sobrino me llama, que hay que celebrarlo”. A él lograron sacarlo en medio de las latas retorcidas, y lo trasladaron al Hospital San Rafael; fueron a contarme la historia y hablando con la instrumentadora le dije: “el hermano de tu compañera Mariana, porque Mariana era instrumentadora en la clínica que me estaban haciendo el proceso, él está accidentado y no le aseguran vida”. La noticia se difundió y en un momento todos los que me iban a hacer la cesárea ya sabían de la situación.

En el Hospital San Rafael, José Luis seguía luchando por su vida, mientras yo ya estaba dentro del quirófano preparada para la cesárea y recibir a mi hijo en la Clínica Someda. Dicen que en el momento en que el médico hace la incisión y dice: “nos fuimos”, un minuto después la instrumentadora informó: “murió José Luis”. Mi hijo nació y lloró a las 9:21, y su primo José Luis murió a las 9:20. En ese momento, no sabíamos si llorar de alegría, si llorar de tristeza, si venir a ver a mi hijo recién nacido o irnos todos para ese sepelio. José Luis era alguien tan querido aquí, que a su entierro fueron más de mil personas; yo creo que en La Guajira no hubo nadie que no viniera a dar el último pésame. Cuando pienso en eso, reconozco que me quedó esa sensación de querer despedirme y poder desahogarme, pero las personas no me dejaban llorar, porque decían que me hacía daño, sin saber que no hacerlo también me lastimaba y era peor.

La situación se transformó en un montón de sentimientos que uno no sabía ni para donde coger, y comencé con un temor y una sobreprotección hacía Santiago, porque las personas decían que José Luis había dejado un legado en él, que debía parecerse y otro montón de cosas similares que me tenían aturrida y que no eran las que quería escuchar, porque apenas estaba sobreponiéndome a todas esas emociones.

En Villanueva rezamos nueve noches a los muertos; a él le rezaron diez, porque muchos decían que era tan agradable, tan servicial y tenía esa energía y esa vocación de ayudar a todo el que lo necesitara. Por eso, cuando llegó el mes de muerto y le hicieron una misa, muchas personas asistieron. La despedida de José Luis y el nacimiento de mi hijo son dos de los hechos que más me han marcado en la vida.

Efecto

El embarazo y nacimiento de mi hijo y la muerte de José Luis sucedieron mientras yo estaba inscrita en el programa Técnico Laboral en Trabajador Agrícola Café, desarrollado por la Fundación Manuel Mejía en la granja de Pueblo Bello, en convenio con la Gobernación y la Secretaría de Educación del Cesar. A los 21 días de cesárea, decidí regresar a mis clases, con mi hijo y con toda mi *checherera*; porque si mientras estaba embarazada yo asistía con mi barrigota, nada me impediría hacerlo ahora con un bebé en brazos. De todos los compañeros, yo era la más animada; el profe llevaba una silla para cuando íbamos a los cultivos de café que quedaban más lejos, y ni siquiera era yo la que me sentaba; parecía que se enfermaban más las que no estaban embarazadas que la pepona, que era yo; a una compañera le dio cistitis, a otra diarrea y muchas hasta terminaron hospitalizadas.

El café ha sido una parte esencial de mí, y yo me reconozco como una mujer cafetera. Por ejemplo, mientras estudiaba esa técnica tuve la oportunidad, a través de la Federación Nacional de Cafeteros, de ir al Encuentro Nacional de Mujeres Caficultoras, en mayo del 2018. Llegamos a las 8:00 de la noche, tuve que tomar un vuelo Valledupar—Bogotá—Bogotá—Pereira, y en Pereira coger una buseta para viajar una hora por carretera hasta Chinchiná, en Caldas. Recuerdo que en la buseta yo tenía un hambre espantosa, algo horrible que jamás me había dado así; y cuando llegué, vi a ese poco de gente haciendo fila para recibir la comida y sentía que me iba a desmayar si no probaba bocado ahí mismo. Esa sopa de pollo y papa creo que es la cosa más rica que yo me he comido en la vida, y eso que allá en el Eje Cafetero hacen el caldo diferente a como lo hacemos nosotros; hacen el pollo por un lado y las papas con la sal por otro, luego es que revuelven y echan la porción de carne.

En la noche me acosté y sentía que algo me caminaba por dentro; pensé que iba a tener que ir al ginecólogo, porque seguramente eran quistes y me parecía muy raro. Regresé de Chinchiná y salí a Pueblo Bello a una capacitación cafetera; volví a Villanueva, y el 23 de junio de 2018 decidí hacerme la prueba de embarazo y salió positiva. Resulta que el quiste venía con cabeza.

Al regresar del Encuentro Nacional de Mujeres Caficultoras, y con la noticia de mi embarazo, Asodamas, una organización sin ánimo de lucro integrada por esposas de gobernantes o dirigentes políticos abrió una convocatoria para creación de emprendimientos y estaban buscando específicamente uno de café. Varias mujeres de la Serranía del Perijá ya veníamos hablando de unirnos para afrontar las dificultades por los bajos precios del café e iniciar una cultura de aseguramiento para las cosechas; escuchamos sobre la convocatoria, nos reunimos y decidimos ingresar a esta como un colectivo; todas sabíamos que esa era la oportunidad de salir de la cocina, de salir adelante

y de dejar de estar en el estanco; no queríamos que nos vieran más como una ama de casa, la que tiene que lavar los trastes, la que tiene que cuidar al niño y la que tiene que cocinar para los trabajadores. Uniéndonos encontramos la oportunidad de crear un emprendimiento de mujeres y para mujeres, y también de formar una empresa que, a la luz de hoy, ha sido una gran bendición, porque nos ha permitido un reconocimiento, nos ha permitido fortalecer la equidad de género y la inclusión social, y además hemos encontrado un espacio para ser nosotras mismas, dueñas de nuestro destino.

Al ser un grupo constituido, ahora debíamos elegir un nombre; eso fue lo más complicado, queríamos que en él estuviera la representación de que era una cooperativa; entonces, comenzamos a buscar juntas, nos inspiramos y terminamos decidiéndonos por: Cooperativa Multi Activa de Mujeres Cafeteras del Perijá, más conocido por las siglas Coomucape. Pasado ese primer obstáculo, debíamos elegir el nombre de la marca del café; queríamos algo comercial, que la gente lo viera en cualquier lado y lo recordara. Empezamos a pensar y acordamos que lo más representativo que tenemos en Villanueva es el Festival Cuna de Acordeones³⁶; este goza de reconocimiento nacional e incluso internacional por ser nuestro municipio la tierra de Poncho Zuleta, Jorge Celedón, Israel Romero y de muchos otros; y siempre con el orgullo por nuestros orígenes decidimos ponerle Café Cuna de acordeones. Queríamos que el logo fuera la representación de todo eso; entonces, tomamos una foto del cerro pintado, le pusimos al lado la guacharaca, la caja y el acordeón, como instrumentos característicos del Festival, y al lado un grano de café. Nuestra marca y nuestro sueño ahora cobran vida.

De las 50 mujeres que comenzamos, ahora solo somos 22; algunas personas quieren ver resultados, pero no quieren pasar por los procesos, dejarlos ser y confiar en ellos. Con el

apoyo de Asodamas, nos constituimos y empezamos a trabajar; pero con el afán de aprender y capacitarnos más, nos inscribimos en los talleres de Economía Solidaria, dictados por la UAEOS (Unidad Administrativa Especial de Organizaciones Solidarias). Al ver nuestro impulso, Asodamas decidió obsequiarnos una tostadora; era la única parte industrial del tratamiento, el resto de los procesos los hacíamos de manera artesanal con nuestra voz, nuestra fuerza y nuestra voluntad.

Por ejemplo, el café lo trillábamos en un molino casero, donde uno suele moler el maíz; a cada integrante de Coomucape le asignábamos una cuota de la cosecha y todas debíamos molerlo en nuestra propia casa; teníamos que entregarlo seco, trillado, tostado y empacado. También, decidimos que cada una hiciera un aporte desde su propia finca, donando un terreno para la siembra. Casi todas las mujeres que hacemos parte de la cooperativa tenemos una o somos hijas de alguien que tiene; entonces, propusimos que, en la cosecha, cada una daba una cantidad determinada de café.

Hicimos cursos de tosti3n, de cataci3n, repostería, manipulaci3n de alimentos y muchos otros más. Comenzamos a mostrarnos en festivales y eventos donde nos pedían vender el termo de café. Corpogujaira se empezó a interesar más por nosotras, y con ellos aplicamos a una línea llamada Negocios Verdes, hicimos todos los talleres y afortunadamente nos certificamos como empresa sostenible al desarrollar unos empaques biodegradables y una política de cero plásticos; eso es algo que también nos ha abierto puertas. Por ejemplo, el año pasado tuvimos la oportunidad de llevar nuestro café a la feria Bio Expo, en Medellín, y establecimos varios contactos. Todas somos conscientes de que, inmediatamente salgamos de las ferias, no nos van a llamar, pero ya por lo menos tenemos vínculos y personas que parecen interesadas por lo que hacemos.

Nosotras siempre hemos querido innovar y mejorar, así

que fuimos a la Feria Internacional del Café; allá hubo varios catadores, probaron el café Cuna de acordeones e hicieron sus ajustes, ya los aplicamos todos. También, fuimos invitadas a la Feria de Emprendimiento de Organizaciones Solidarias; queríamos hacer algo sorpresivo para ese evento, así que viendo la cantidad de posibilidades con el café hicimos tortas, arequipe, gelatina, yogur, galletas; mejor dicho, de todo. Con las buenas ventas y la petición de la gente para seguir consumiendo todos nuestros productos, decidimos modificar el registro mercantil para que fuera multifuncional y pudiéramos comercializar más; ahora vendemos y transformamos todo lo que tiene que ver con los derivados del café. Gracias a nuestro afán por superarnos y viendo el progreso que habíamos hecho en tan poco tiempo, Asodamas y UAEOS decidieron fortalecernos nuevamente, porque les parecía increíble que un colectivo, con apenas un año de existencia, fuera tan juicioso y dedicado a su labor, a diferencia de otros que llevaban más tiempo y no presentaban resultados tan satisfactorios o las mismas ganas de salir adelante que nosotras.

En el segundo fortalecimiento nos entregaron un horno y batidora industrial, un molino y varias bandejas para facilitar las labores de repostería. Creo que próximamente nos van a donar la trilladora. Dicen que lo que más les gusta es que si no tenemos las herramientas industriales, lo hacemos de forma artesanal; por ejemplo, antes de eso nosotras poníamos una paila en el fogón y así llegábamos hasta el punto de tostión que necesitábamos; o no teníamos con que sellar los empaques, y usábamos, todavía usamos, una plancha pequeña para el cabello.

Mis compañeras y yo siempre hemos pensado que el café es una bendición, porque nos ha permitido salir de nuestra zona de confort, nos ha permitido salir a decirle al mundo: “aquí estamos nosotras, somos mujeres empoderadas que podemos, que somos capaces y vamos por más”. Como emprendimiento,

nosotras nos enfrentamos a los altos costos de producción, pero también reconocemos la importancia de que las mujeres hagamos cosas juntas, porque así afrontamos y buscamos soluciones. Es muy significativo para nosotras que salgamos a un lugar y nos reconozcan, nos escriban y se referan a Coomucape como: “esas que hacen el café son mujeres, son guerreras y trabajan duro, ellas son la única cooperativa que ha formado Asodamas que sigue firme y trabajando”.

En realidad, creo que seguimos unidas, porque todas las mujeres de Coomucape decidimos juntar nuestros sueños en uno solo. En cada una de las 22 personas que hacemos parte de esto había un poquito de lo que necesitábamos para crearnos y constituirnos. Por ejemplo, a una le gusta hablar y vender, y forma lazos; otra es muy tímida, pero es la que más le sabe el punto al café; otra no sabe mucho de café, pero sí sabe de panes; y otra no sabe de panes, pero sí sabe venderlos; y así, cada una de nosotras tiene algo que es lo que necesita Coomucape para seguir creciendo desde que nos constituimos y legalizamos hace cuatro años, desde el 15 de agosto del 2018. Claramente, este camino no podríamos haberlo recorrido sin el apoyo de todas las organizaciones que han creído en nosotras: el SENA, la Federación Nacional de Cafeteros, Asodamas, UAEOS, el Ministerio de Cultura y otras, cada una nos ha ofrecido las herramientas y las capacitaciones necesarias para que empecemos a creer que sí somos capaces y que sí podemos llegar hasta donde estamos en este momento.

El café Cuna de acordeones tiene una tosti3n, molienda y acidez media, una densidad cremosa y notas a cítricos, chocolate y caramelo; siempre destacamos que el aroma y el sabor de nuestro café son suaves y sutiles, como las notas de un acorde3n. Soñamos con exportarlo y que sea reconocido por todos los atributos que tiene y el empeño que hemos puesto en 3l. Convertirnos en una cooperativa que genere cambios,

oportunidades, empleo, turismo y desarrollo; es solo el primer paso para lograr esto, estamos convencidas de que vienen más cosas para nosotras.

Retorno

De pequeña mi mayor sueño era poder regresar a la finca, pero también deseaba tener una casa con una familia, un hijo, quería tener un hogar. Quería que la gente me conociera por el don de servicio, por ser una persona amable y ayudar a los que más pudiera. Ahora que lo veo, de alguna manera esos sueños se han ido cumpliendo y me siento muy satisfecha con lo que he logrado en mi vida; en el año 2013 pudimos volver a San Basilio, después de que la violencia nos la había arrebatado diez años antes. Todos estábamos asustados, porque honestamente no sabíamos con qué nos íbamos a encontrar, y a veces pensábamos que regresar era más difícil que irse; de alguna manera, el volver siempre fue un poco aterrador por la incertidumbre de no saber que quedaba, porque sabíamos que con tantos años de soledad, las cosas podrían estar destruidas, y así fue: encontramos simplemente despojos de una vida que alguna vez nos había pertenecido; las bombas habían dañado los cultivos y el jardín de mi mamá; la casa de barro estaba a la mitad y todo estaba tan descuidado que a veces ni podía reconocerme ahí de pequeña. Ver nuestro pasado así provocó un quiebre emocional en todos nosotros.

El cese de la violencia ha permitido que las familias campesinas volvamos a ocupar nuestros territorios; decidimos empezar a trabajar por el que fue nuestro hogar con la ilusión de que todo iba a cambiar y a mejorar. Creo que casi el 80 % de los que regresamos a la vereda, tuvimos que empezar desde cero, porque todo estaba tan destruido, que muchas familias pasaban trabajando todo el día y no comían, porque ni siquiera había

un guineo por ahí; no había nada. Mis papás, apoyados por mis hermanos, por mis cuñados, por mi tío y por mí, hicieron que San Basilio volviera a ser lo que era antes, e incluso mucho mejor. Con un esfuerzo colectivo, la finca de barro empezó a ponerse cada vez más bonita, las flores que mi mamá sembró comenzaron a llenar de color los espacios: dalias, begonias y gladiolos adornaron nuevamente el hogar.

Desde que mis papás regresaron a su casita, no hay quien los saque de allá; ellos solo vienen a Villanueva por asuntos puntuales y nosotros vamos a pasar las navidades, porque ahora tenemos nuestra vida fuera de Las Mesas. A pesar de que nos hubiera gustado que todo estuviera como antes, ya la familia se había separado; mis dos hermanas mayores tenían sus hogares, mi hermano ahora vivía en Medellín, y yo debo vivir en Villanueva por mi labor como enfermera.

Pero ninguno de nosotros olvida que la vereda es nuestra tierra; hasta el día de hoy seguimos trabajando por reconstruir lo que la violencia nos arrebató, y porque cada vez más familias vuelvan a lo que les pertenece. Por ejemplo, en este momento estamos adelantando gestiones para que abran el colegio de la vereda, el cual sigue cerrado desde aquel entonces; por eso es que la mayoría de los hombres viven solos allá, porque sus mujeres tienen que venir a Villanueva para que sus hijos estudien. Con el apoyo de mi tío, que es concejal y representante de los campesinos, estamos gestionando la reapertura, porque donde haya un estudiante debe haber un docente que infunda conocimiento y esperanza a las poblaciones que pueden ser más vulnerables.

Todo esto no podría haber sido posible sin mis papás; ellos fueron los que me inspiraron el amor por las tierras. De hecho, siempre dicen que hay que cultivar, porque uno no sabe hasta dónde vamos a llegar y, por lo menos, hay que tener comida para solventar. Les agradezco todos los días haberme

criado en una familia de amor, respeto y personas correctas. A veces me reconocen por ahí y dicen: “esa es la nieta de Basilio Reyes, una mujer de bien”, y yo me siento afortunada por ser reconocida así, porque ser una mujer de bien fue todo lo que siempre soñé.

Y después, el sol

Soy



Las flores de mi madre, resiliencia natural



Sandra

Arhuaca, artesana de la Sierra

Amanecía entre las montañas. El sol se asomaba con fuerza, mientras la noticia viajaba rápido como el viento frío que bajaba de la sierra hasta las personas de la comunidad. Yo, Sandra Mejía Torres, la primera hija de Kunchanawin y Gundiwa, había nacido. El 21 de agosto de 1992, la finca La Perdida acogió mi parto en medio de los rituales de mi comunidad arhuaca. Allí está enterrada mi placenta, que fue mi primer hogar y debe volver a la madre de todos. En esta tierra me crié, vi nacer a mis tres hermanas, a mis dos hermanos, y aprendí las costumbres de mi pueblo.

Con el crecimiento de la comunidad, como organización indígena compramos algunas tierras a los campesinos que eran nuestros vecinos. Por esto, a los ocho años nos pasamos a la finca Azúcar Buena; nombre que le habían dado los bunaches³⁷. Entre los cultivos de café, cacao, banano y guineo correteábamos con los niños que vivían en las fincas cercanas. Jugábamos mucho al escondido, y como mis papás cultivaban café, los bultos de la cosecha eran nuestro lugar secreto favorito. Allí nunca nos encontraban.

Nuestra vereda crecía con fuerza, trabajábamos juntos campesinos e indígenas para sembrar y cosechar lo que la tierra proveía. El respeto en medio de nuestras diferencias era la base de la convivencia; por ello, la comunidad hizo una escuela para que los niños arhuacos pudieran estudiar en lengua nativa y así conservarla.

La paz que sentíamos en nuestra tierra se fue desvaneciendo como la niebla cuando llega la mañana. Poco a poco comenzaron las noticias de personas extrañas en el territorio. Luego, más noticias.

– Mijo, no aparece Don José. Y encontraron a Atiwisay muerto en la carretera, dijeron que por guerrillero – le decía

mi mamá a mi papá, en tono bajito, temiendo que las paredes hubieran comenzado a escuchar.

– Me preocupa que están cobrando dinero por dejarnos quedar y muchos se están yendo – le respondía él, pensativo.

Sentíamos enfrentamientos en las noches y en las mañanas; antes de ir a los cultivos, recogíamos los muertos cosechados por la guerra. Como niños, la escuela era nuestro refugio para pensar en las regiones del país, en las partes del cuerpo, para aprender a leer y sumar, y para jugar. Todos los días nos encontrábamos con vecinos en el camino y llegábamos juntos a estudiar. Era nuestra rutina, pero un día la maestra no llegó. La escuela estaba vacía y lo estuvo por los meses que duró el secuestro. Fueron años muy difíciles.

No creíamos que fuera posible que la lista de conocidos asesinados creciera a tanta velocidad, ni que las carreteras en las que íbamos de un lado a otro con nuestros vecinos se hubieran convertido en lugares peligrosos e intransitables. Mucho menos pensábamos que la guerra, que avanzaba a pasos agigantados, llegaría hasta nuestra casa.

– Kunchanawin está muerto. Se lo llevaron – nos dijo mi tío con la voz entrecortada.

Esa fue la primera vez que lloré por algo que me iba a hacer falta, y no por perder en el juego o caerme mientras corría en los cultivos. Pensaba en nuestra vida sin mi papá, y ver llorar a mi mamá, hacía que las lágrimas se derramaran con más fuerza por mis mejillas. Cuatro días lo lloramos, pero aún no nos entregaban el cuerpo. Mientras hacíamos el duelo y esperábamos que alguien, cualquiera, llegara a darnos información que nos ayudara a encontrarlo, mi papá cavaba su propia tumba como forma de tortura por parte de los paramilitares.

Cuando lo vi llegar pensé que era su espíritu que nos visitaba. Se acercaba lento, como levitando. Pero mi mamá lo abrazó, y supe que nos habían mentido. Él llegó sin voz y casi sin fuerzas, pero poco a poco nos contó lo que había vivido.

– Si me matan, pues yo no tengo nada más que mis hijos que me esperan – les respondió, agotado por los días de tortura física y psicológica, a los hombres armados cuando amenazaron con asesinarlo si no daba información sobre la organización indígena.

Mi papá ha sido un líder político, un dirigente de la comunidad. Al inicio era tesorero, ahora es comisario; y por ello, siempre ha estado rodeado de gente. Además, ha trabajado porque los productores obtengan un pago justo por sus cosechas, principalmente desde el Comité de cafeteros. Es por esto que desde pequeña me he relacionado con la comunidad, con mis costumbres y con el esfuerzo para darle valor a lo que hacemos como personas y como arhuacos.

Siempre recuerdo eso, el asesinato de personas conocidas y el desplazamiento. Aún hay fincas a las que no han podido regresar las familias. Y yo me pregunto mucho: cómo sería todo si no hubiera llegado la violencia a truncar nuestros sueños y a sembrar cuerpos en nuestras montañas. Si mi papá no hubiera llegado después del secuestro, y no me hubiera llevado a la escuela: ¿cómo sería yo, qué pensaría, cómo viviría?

Más allá de poder tener un buen puesto de salud, mejores carreteras y un colegio, creo que no tendríamos miedo. Estas construcciones se han venido mejorando con el tiempo, y han estado en manos de la comunidad y de los grupos armados. Cuando mataron a la mujer que estaba al frente del puesto de salud, el grupo denominado Autodefensas se hizo cargo; brindaban los primeros auxilios, traían las vacunas... pero había muchas cosas de parte de ellos que no estaban bien, y eso era lo que nos hacía sentir mal, que no estábamos seguros.

Uno dice que son cosas que pasaron, que ya hace mucho tiempo que se dio la desmovilización, que ya no se ven las personas que están armadas; pero a veces, noticias o recuerdos traen de vuelta el miedo que vivimos, y que se fue transformando poco a poco. En el primer enfrentamiento que escuché estaba en

la escuela, nos escondimos para resguardarnos y creí que estaba muerta hasta que la profesora me levantó del suelo. Después, nos acostumbramos a las noticias de la muerte; no dolía menos, pero la sorpresa al escucharlas no era tan grande.

Cuando nos encontrábamos en el camino a las personas armadas, solo pasábamos de largo. Entonces, ya nos resignamos a esa realidad y tratábamos de encontrar la forma de seguir adelante en medio del silencio.

Culturalmente hemos tratado las cosas de forma más interna; entonces, uno nunca se ve en ese espacio de conversar sobre lo que se está sintiendo, solo buscamos dejarlo pasar, rodeados de la comunidad. Los indígenas arhuacos somos como una sola familia, estamos para apoyarnos. Si muere alguien, todo el mundo va allá, y todos en grupo. De esa forma nos sentimos más fortalecidos.

Yo ya perdoné por el secuestro de mi papá. No siento nada en contra de esas personas, porque a pesar de que hicieron cosas muy malas en la comunidad, también tuvieron algunos gestos bonitos que demostraban su humanidad. Aquí no teníamos quién alegrara a los niños con regalos y con actividades lúdicas, y ellos lo hacían, aprovechando que este territorio ha estado solo, desprotegido por el Estado.

Nuestros territorios, que son la base misma de la identidad indígena, fueron ocupados por diferentes actores que violentaron nuestras costumbres, nuestros sitios sagrados y espirituales, y nuestras vidas. Según la Comisión de la Verdad, no solo las comunidades indígenas habitamos la Sierra; allí se abrieron lugar grupos como las guerrillas de las FARC-EP, el ELN, el EPL, el M-19, el MAQL, el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) y el Ejército Revolucionario Guevarista (ERG), los grupos paramilitares, la fuerza pública y, en algunos casos, civiles asociados al conflicto armado³⁸. Además, por las riquezas de nuestra tierra, hasta hace dos años las solicitudes mineras abarcaban más de 6.900 hectáreas³⁹, lo que ha generado

para nosotros dinámicas de deterioro ambiental, espiritual y social.

Cuando tenía ocho años veía a mis vecinos ir a la escuela, soñaba ir con ellos, pero mis padres no podían llevarme. Un par de años después, tras mi insistencia por estudiar, mi papá me acompañó por primera vez hasta ese espacio.

– A los 20 años yo todavía voy a estar estudiando – dije al llegar a casa.

Mi mamá no me creía, pensaba que era la efusividad de aquel primer día de escuela que imaginé por tanto tiempo. Además, por las costumbres arhuacas, cuando las mujeres entramos en la adolescencia comienza un proceso de conformar un hogar y dedicarse a este. Y aunque mis padres no me creyeron, me apoyaron en mis decisiones. Al terminar segundo de primaria, me fui a vivir a Valledupar con una conocida de la familia. En aquella ciudad, a unas pocas horas de mi casa, aprendí a hablar en español de forma fluida y a conocer cómo viven los bunaches.

Contra el pronóstico de mi madre, años atrás, me gradué de secundaria. Fue mucho tiempo de sacrificio y de extrañar mi tierra, aunque las vacaciones eran época de regresar a casa, a mi hogar, de volver a conectar y recargar energías para continuar con mi sueño. La paciencia me ha caracterizado, soy buena para esperar tranquilamente, eso fue lo que me hizo avanzar en ese momento y hoy me permite estar terminando mis estudios de Auxiliar Contable Sistematizado.

Mi perseverancia me ha ayudado a trabajar por mis sueños, a ser feliz y a saber esperar por lo que quiero. Mi esposo y yo, antes de comprometernos, dejamos de hablarnos un año para confirmar nuestro deseo de compartir la vida. Los dos somos arhuacos, unidos por la Sierra. Nuestra relación comenzó

por teléfono, ya que él recibía las llamadas que hacíamos a nuestra familia en Nabusimake, capital del pueblo arhuaco. Tras escucharnos uno o dos minutos, y hablar de nuestras vidas, dábamos paso a las conversaciones de nuestra familia. Al coincidir en un viaje a Valledupar, nos encontramos en persona por primera vez.

Fue amor a primera vista. Jose Mario Izquierdo Mejía también estudiaba en la ciudad, y allí comenzó nuestra relación. Yo soñaba con que mi esposo fuera un hombre trabajador, que no le gustara mucho tomar licor y amara el campo. Después de una conversación, donde hablamos de casarnos, decidimos no hablarnos por un año para confirmar que nuestros sentimientos eran lo suficientemente sólidos para permanecer. Cuando se cumplió el plazo, descubrimos que seguían firmes como las rocas de los ríos, que resisten sus corrientes, pero se moldean con el paso del agua a través de los años. En 2015, a los 22 años, me casé con él, convencida de que nuestra unión será para siempre.

Casi un año después del matrimonio nació nuestro hijo Daniel Dwiareymakú; ambos queremos una familia numerosa, pero deseamos tener el tiempo y los recursos para que crezcan en un ambiente de amor, abundancia y cuidado. La llegada de nuestro hijo fue un momento que me cambió la vida. Cada día aprendo cosas nuevas con él: a ser mamá, a curar sus dolencias con diferentes remedios, a seguir alimentando su curiosidad por el mundo y a compartir mi amor por el conocimiento. Él me inspira, me invita a experimentar nuevas formas de hacer las cosas, me inunda con su curiosidad y las ganas de libertad que tiene. En todas las etapas que hemos vivido me he dado cuenta de que es un niño extrovertido, le gusta hablar mucho, quiere explorar todo lo que ve, es curioso. Él dice que quiere seguir estudiando, vamos a ver cómo prospera, cuánto le duran las ganas; espero que tanto como a mí. Sabe hablar español e Iku, la lengua arhuaca; aprende muy rápido y es muy importante para nosotros que crezca con el amor a la cultura ancestral, es lo que

somos.

Casi nunca me he alejado de él, pero con mi esposo hemos conformado un gran equipo. A veces él debe salir del territorio y yo me encargo del hogar. Pero, a veces, por mi rol de liderazgo también me ausento, y él se ocupa de la casa. Entre los dos nos apoyamos para cumplir nuestros sueños. Es por esta razón que quisiéramos tener más hijos, tres más. Pocos según la cultura arhuaca, pero son los que soñamos jugando en nuestro territorio.

Toda la vida he visto a mi mamá tejer mochilas. Ella nos enseñó a sacar la semilla del algodón para luego hacer el proceso y convertir esas motas blancas en un hilo resistente. Dentro de sus saberes, también está lo que somos como mujeres, como arhuacas, artesanas de la Sierra. Esa es nuestra esencia, lo que representamos, nuestra tradición.

Desde que era una niña aprendí a hacer mis primeros tejidos. A los cinco años, mis manos pequeñas hilaban formas que se arrugaban por mi técnica de principiante. Con el tiempo, cada puntada se hacía más fuerte y yo más segura de mis creaciones. Aprendí a plasmar los dibujos tradicionales y luego a dejar mis pensamientos en los hilos cafés y beige que formábamos con la lana de oveja y de chivo. Diario tejo, es una forma de organizar mi vida, de recordar mis raíces y de plasmar mis sueños en las redes que formo con los hilos; es importante para mí, porque es una parte de lo que me identifica como indígena; si no lo hago, me siento con las manos cruzadas.

Por esto, a mi hijo le enseñó también a tejer mochilas. Como tiene siete años las hace cargueras, más grandes, con hilos gruesos y puntadas menos unidas. Mi esposo y yo sentimos que es nuestro compromiso enseñar a esta nueva generación, porque es algo que también los va a identificar a ellos, a pesar de que

salgan de los territorios y conozcan otros lugares. Es parte de nuestra tarea como padres que, desde pequeños, interioricen la importancia de nuestros conocimientos y puedan vivirlos. Sé que los saberes se transforman cuando se comparten; algunos de ellos se fortalecen, otros desaparecen, y no queremos que eso pase con nuestra comunidad arhuaca. Aunque hemos disminuido nuestro tamaño por algunos periodos, somos aproximadamente 22.000 Iku⁴⁰, que junto a las comunidades Kogui, Kankuamos y Wiwa, protegemos nuestras tradiciones y la Sierra Nevada, territorio sagrado para nosotros.

Mi casa se ha convertido en círculo de palabra y salón de clase. Allí nos reunimos, todos son bienvenidos: niños, niñas y adultos arhuacos que quieren aprender y reforzar la cultura, conocer más del dialecto, de los rituales, del tejido, de la alimentación, y la relación con la naturaleza... del valor de lo que hacemos y somos.

Nunca me imaginé siendo profesora, enseñando a otros que no fueran mis hijos. Pero han llegado personas curiosas, que se han apropiado de la cultura, que no se burlan ni la ven como algo de fantasía. Además, mi mamá nos enseñó también que nuestra labor como tejedoras no es solo conservar la cultura, sino también comprender que una parte de la economía de la comunidad es la comercialización de las mochilas, que debemos impulsar la venta de nuestros tejidos a precios justos, porque a veces no son valorados completamente por quienes los adquieren. Eso me entristece, porque, para mí, el tejido es algo milenario, ancestral; poder desarrollar la habilidad de tejer es un regalo de las mujeres que me precedieron, y un don que le quiero dejar a las que vendrán.

Mientras entrelazo los hilos, voy conversando. Mis palabras fluyen como mis puntadas y, al igual que los diversos

colores se mezclan creando figuras hermosas, mis ideas me unen con las personas que están a mi alrededor, que me escuchan y a quienes escucho. Nuestras palabras forman tejido, nos acercan unos a otros, nos permiten ver la diversidad y la riqueza de tenernos.

Más allá de lo que tejemos, lo hacemos para apropiarnos de esos saberes ancestrales y fortalecer la red que creamos. Por medio del proyecto Mujeres Tejedoras de Vida hemos podido conocer otras artesanas, otras formas de ser y hacer desde las tradiciones. Ese diálogo de saberes es fundamental para nuestro crecimiento. Poder entender que, como mujeres, atravesamos experiencias similares, aunque vivamos en lugares apartados y con rutinas diferentes, nos permite conocer que estamos juntas, que con mi testimonio otra mujer puede sanar, y que yo puedo mejorar mis procesos con los consejos de las demás. Al compartir, podemos ver nuestras debilidades y fortalezas, reconocernos y observar nuevas posibilidades para soñar.

Para mí, ser mujeres es un reto inmenso y una responsabilidad ante cualquier circunstancia: como hija, como hermana, en el trabajo, en el hogar... Yo he sido afortunada; mi familia me ha apoyado en mis sueños. No soy mujer de estar encerrada en la casa, me gusta crear, cultivar, apoyar a otras mujeres en sus ideas y proyectos. Por eso llegué a hacer parte de Ati Nawowa, y es la razón de que ahora sea la lideresa.

Yoraima, es una lideresa arhuaca y es mi amiga. Al igual que mi padre, trabajaba por un precio justo para los agricultores; ella ha tenido el sueño de llevar educación a las mujeres para que conozcan el valor de su trabajo y sus tradiciones, y así obtengan un pago justo. Por medio de una llamada, nos convocó a un proyecto en el cual nos capacitaríamos e impulsaríamos la comercialización de nuestras mochilas. En esa reunión, llevada a cabo en 2015, creamos un colectivo de mujeres artesanas que nombramos Ati Nawowa, inspiradas en la historia ancestral de la madre del tejido en nuestra comunidad arhuaca.

En algunos momentos ha sido difícil trabajar con mujeres de diferentes zonas, formas de pensar y vivir. Somos todas arhuacas, pero con ideas variadas, y crear con ellas un camino grupal ha requerido paciencia y disciplina, valores que nos enseñó la tejeduría. Nuestro recorrido se ha fortalecido con las mujeres que entran y aportan. Cada persona que hace parte del proyecto es una puntada que hace crecer nuestro tejido. Nos fortalece, sin importar cuánto tiempo dure en la organización; su trabajo trasciende el tiempo.

Los primeros años hice parte como integrante; desde esa posición veía cómo Ati Nawowa podría evolucionar, cómo mis ideas podían impulsar nuestro sueño. Muchas mujeres han salido y entrado; soy una de las únicas que están de la formación inicial. Eso me ha permitido conocer a fondo nuestro objetivo, las formas de trabajar, las alianzas que podemos establecer. Ver cómo trabajan otros grupos, en nuestro territorio y fuera de él, ha generado gran sabiduría y nos ha abierto la mente para abrir nuestro panorama de posibilidades.

El trabajo en equipo ha sido nuestro pilar; buscamos siempre más mujeres que se unan al colectivo y que se apropien de él. Actualmente somos doce integrantes que nos fortalecemos, trabajando juntas, dialogamos, compartimos saberes, y eso nos vuelve mejores personas y artesanas. Algunas creen que al entrar al grupo van a adquirir mucho dinero, pero al igual que tenemos derechos, tenemos deberes. Y cada día ellas están más comprometidas a cumplir con las reuniones, a capacitarse, a realizar las entregas que nos proponemos. No es a la fuerza como lo hemos logrado, ha sido el interés de cada una lo que nos ha permitido crecer por más de siete años.

Los bunaches visitaban nuestras comunidades y ponían precio a nuestras mochilas, “le doy tanto por la blanca, déjeme la grande a \$30.000 pesos”, nos decían, desconociendo que nuestras mochilas requieren aproximadamente dos semanas de sentarse a tejer; además de ignorar el trabajo que implica formar

el hilo y sentarse con dedicación a crear. Las compraban a lo que quisieran y las revendían al triple en lugares turísticos. Aún hay personas que lo hacen. De esa situación nace nuestro legado como Ati Nawowa: generar empoderamiento de la identidad indígena, apropiarnos de ella y honrarla donde sea que vamos.

En este proceso he podido conocer más a fondo mi cultura, entender lo interesante e importante que es todo lo que soy. Arhuaca no es solamente porque tengo las vestiduras tradicionales; cada uno de los actos de mi vida me conducen a mi comunidad, a mi esencia. Desde niña he tenido claro que soy indígena, pero no había descubierto las herramientas que tengo debido a eso, y que son importantes para mí, mi familia y la sociedad en general.

Desde pequeña me imaginaba ser alguien importante para mi comunidad, pero no soñaba con tener poder, sino con ser alguien que ayudara a los demás. Por eso me llamaba la atención todo lo relacionado con salud. Yo voy a ser doctora o voy a ser enfermera, me repetía todos los días.

Además, siempre me ha gustado el campo; crecí entre cultivos, mis padres me transmitieron el amor por la naturaleza y el conocimiento para producir mis alimentos. Mis manos pequeñas ayudaban a sembrar, cuidaba las semillas y le pasaba las herramientas a mi mamá cuando hacía las huertas. Mis hermanos y yo formamos parte de la rutina de la agricultura y le cogí amor.

Me parece mágico cómo una semilla puede dar frutos tan diferentes a ella, grandes y jugosos. Por esto disfrutaba completamente los tiempos de cosecha de aguacate, café, guineo, naranjas... era recoger el fruto de nuestro trabajo y se sentía como un premio.

Esta sensación la convertí en una decisión: ser una persona autosostenible. Poder cultivar mis alimentos y usar todo lo que la naturaleza nos provee. No quiero depender de un salario para comer. Para mí ha sido muy difícil ir a la tienda y comprar un huevo que cuesta \$600 pesos. Yo digo, entre risas: no, no quiero huevo, quiero es gallina. No sé si será una forma muy sencilla o muy fácil de imaginar mi vida, pero es algo que tengo en mi mente. Por esto en casa tengo huerta, y mi esposo y yo aprendimos a hacer jabón con cenizas y a conocer las propiedades medicinales de las plantas.

En mi proceso como mujer agrícola he podido cumplir mi sueño de dedicarme a la salud. Estudié Regencia de farmacia, y en las aulas nos hablaron sobre la parte alternativa de la medicina. A raíz de esto, comencé a retomar saberes ancestrales sobre la naturaleza a mi alrededor, sobre las hierbas que cultivamos y qué podemos hacer con ellas, más allá de comerlas. Siento que ninguna planta es inútil, todas tienen una función, que en muchos casos desconocemos. Por mi curiosidad y ganas de explorar, comencé a estudiar sobre farmacéutica y me confrontaba mucho estar encerrada en un cuarto rodeada de químicos. Eso me ayudó a tomar la decisión de enfocarme en la medicina natural, y quiero explorar con lo que me rodea, con lo que tengo; quiero conocer y usar cualquier planta que veo cerca de mí.

Encontrar mi talento con la naturaleza ha sido un gran descubrimiento para mí. Porque aún siendo una indígena y habitante de la Sierra, que sabía que los ancestros se curaban al utilizar plantas, yo no entendía cómo hacerlo. Es una situación parecida a la que vivimos con el tejido, algo con lo que hemos convivido, pero de lo que a veces no nos apropiamos o no le vemos la importancia. Es por esto que quiero crear un pequeño laboratorio, para explorar más esas propiedades naturales y potenciarlas para ayudar a mi comunidad.

En unos años me veo con mis cuatro hijos, toitos

juntos en la casa. Aún deseo esperar, porque quiero terminar algunos de mis proyectos como mujer, lideresa y esposa antes de tenerlos. Los hijos son una responsabilidad muy grande y quiero dedicarles el tiempo y la atención que requieran.

Actualmente vivo en Pueblo Bello y jamás me imaginé llegar a este lugar; me imaginé siempre con mis papás, porque así es culturalmente. Cuando uno se casa, se queda junto a los papás; entonces, no sueña hacer la casa en otro lugar. Pero mi esposo tenía un pensamiento diferente. Tener nuestro terreno era su sueño; entonces, lo que hice fue unirme a ese proyecto de vida y fue un paso importante para nosotros. Allí nos pudimos independizar, vivir como una familia aparte y explorar diferentes cosas juntos. Recorrimos muchos lugares antes de asentarnos, como Valledupar y Atanquez, y ahora, en este municipio me reúno con facilidad con las mujeres y tengo internet para cumplir con mis obligaciones como lideresa, pero quiero radicarme en el campo, tener mi casa ahí.

Algunos días me desanimo un poco por tanto movimiento, pero recuerdo a mi abuela, ella me da fortaleza, me inspira a ser una mujer que, a pesar de todas las circunstancias, ama la vida para seguir viviendo. Cuando estoy triste, recuerdo las tardes en su casa; me observo sentada en el piso, tejiendo, escuchando sus consejos, su vida y las anécdotas de sus aventuras. Quiero ser como ella, una mujer fuerte, guía para su comunidad y su familia, siempre alegre y amante de la sabiduría de la naturaleza.

Y después, el sol

Soy



Las semillas de mi territorio, contenedoras de vida



yorama

Bunsi zakuſuya
(Luz)

“Donde estés y en lo que hagas tienes que marcar la diferencia; si el otro roba, si el otro hace daño, tú no puedes ser igual. ¿Cómo vas a cambiar el mundo? No puedes hacerlo sola, pero donde vayas vas a cambiar ese pedacito de tierra y eso es transformar vidas, es contribuir a la existencia, al universo. Donde tú estés vas a ser luz”; me dijo el abuelo mientras sus manos cálidas sostenían las mías y me sembraba en el corazón el propósito que guiaría mi vida. Pocos días atrás había terminado el quinto semestre de Derecho en la Universidad Rafael Núñez, en Cartagena, y llegué a la Sierra sin esperanza de terminar la carrera. Esto no es para mí, pensaba. Tanta corrupción me abrumaba y no quería hacer parte de ello. En las clases estudiábamos casos, y en las denuncias por violaciones me cuestionaba: ¿cómo hay personas que están defendiendo a un abusador?, ¿y la vida de esas niñas quién las restaura?, ¿qué pasa con su familia?, ¿cómo queda?, ¿quién le ayuda a sanar?

La vocación de servicio la aprendí de mi mamá; se llamaba Ediht Elena Izquierdo Torres, era enfermera y *saga*, mujer sabia de la cultura arhuaca; siempre estaba dispuesta a atender los dolores del cuerpo y el alma. Cuando era pequeña aprendí, desde el ejemplo de mi madre, a cuidar con delicadeza a mis hermanos, a los animales y a las plantas; su empatía y fortaleza llenaban de tranquilidad todo espacio que habitaba, y mis acciones eran guiadas por el amor al prójimo. En mi comunidad, todos los niños íbamos descalzos a la escuela, y debíamos llevar un trozo de leña y un alimento, guineo o papa, y así apoyar a las cocineras para hacer el almuerzo. Recuerdo que todos los días mi mamá nos empacaba, a mis hermanos y a mí, lo necesario para compartir.

– Eso es lo que te enseña a trabajar en colectividad, a amar tu comunidad, a tu gente; a sentir que eres parte de algo y es un saber que se debe entregar desde niños – nos decía.

Un día, mi papá llegó a la finca con zapatos para todos;

como su trabajo era la ganadería, y mamá también recibía dinero por ser enfermera, teníamos la posibilidad de darnos algunos lujos. Aun así, antes de llegar a la escuela, me quitaba los zapatos y los guardaba; me daba mucha pena llegar calzada, me sentía diferente. Era incapaz de usar algo y ver que mis compañeros no lo tenían. La sensibilidad por el otro me ha definido desde que recuerdo, es lo que aprendí en mi hogar. Mi mamá era muy bondadosa; en nuestra casa siempre había mucha gente y nunca le negó un plato de comida a nadie, al fin y al cabo, los arhuacos son nuestro pueblo. Cuando estudiaba en Cartagena yo veía un indígena y lo sentía familia, aún sin conocerlo, sin saber de qué parte de la Sierra venía, o si era de una comunidad diferente.

Yo nací en Bunkwimake, en la Sierra Nevada de Santa Marta, y durante seis años crecí en una casa amplia y cuadrada, rodeada de árboles frutales, de gallinas, patos, cerdos y curíes, en la que recuerdo ser feliz jugando con mis hermanos. De allí nos marchamos cuando mi papá murió, y comenzamos un viaje en el que cruzaríamos la Sierra hasta llegar a Jewrwa, otro pueblo arhuaco donde estaba la finca Santa Rosa, perteneciente a mi abuelo materno. Él fue nuestro segundo papá y el bastón de mi mamá.

En medio de sus viajes de trabajo mi madre se enamoró de nuevo, y luego de un tiempo nos fuimos a vivir a Cartagena con su nueva pareja. Salir de la Sierra me costó mucho; separarme de mis abuelos fue uno de los momentos más difíciles. Me encantaba estar en mi territorio, allí crecía entre sus consejos, los juegos con mis hermanos y la naturaleza de la Sierra. A pesar de esto, llegar a una ciudad nueva y conocer el estilo de vida de mi padrastro no fue un problema para mí; los indígenas solemos adaptarnos fácil a entornos diferentes, pero sí me costó encajar en un mundo donde hay personas que no comprenden la diversidad étnica que hay en Colombia. Entré al nuevo colegio usando la manta tradicional arhuaca; no usé el uniforme, aunque

por los comentarios que me hacían algunas personas llegué a pensar que era mejor dejar mis vestidos a un lado. Llorando en mi habitación decidí que siempre portaría con orgullo aquellas prendas blancas que me identificaban como indígena; es lo que soy, y no puedo, ni quiero, desligarme de ello.

A diferencia del colegio, en la universidad conocí personas de Putumayo, de Palenque, de Arabia, y de muchas partes del mundo, y al ver tantas diferencias me sentí única, especial. Eso abrió mi mente para entender y respetar las formas de pensar de los demás, dejar de creer que lo que yo soy es la realidad absoluta, y reforzar que no tengo derecho de juzgar. Mis profesores se permitieron entender mi punto de vista como mujer indígena en muchas de las situaciones que se presentan en el ejercicio del derecho, y entre diálogos y debates, todos fuimos comprendiendo al otro. En ese espacio se crearon amistades que aún conservo. Yo creo que todos los días uno aprende sin importar la edad; y para mí la inteligencia no abarca si sabes mucha matemática o mucho inglés, sino que va desde lo más sencillo, desde lo que uno menos crea que es importante, cada quien tiene algo para aportar. Muchas veces nos concentramos en ver lo negativo de quienes nos rodean, por eso nos nublamos y pensamos que no podemos hacer nada juntos, porque nos colocamos barreras que nos impiden vernos como humanos.

Por esa razón decidí estudiar derecho, por la injusticia que vi en mi territorio al no ser vistos como iguales, y porque los indígenas estábamos desprotegidos ante las leyes del Estado. El año que yo nací, Luis Napoleón Torres, Ángel María Torres y Antonio Hughes Chaparro, tres líderes de mi comunidad, fueron asesinados de forma muy violenta por defender la educación, la naturaleza y nuestros derechos. Con su muerte no solo se enviaba un mensaje de desesperanza, también se agrietó la armonía en nuestro territorio. Es un tema que le ha dolido a toda la comunidad; a pesar de que la familia no tenga

el mismo apellido de nosotros, es algo que impactó a todo el pueblo arhuaco, porque es nuestra gente y, aún décadas después, nos sigue doliendo. Yo creo que la reparación, que aún está por hacerse a la familia de esos tres líderes, es una reparación colectiva para el pueblo arhuaco, porque nos quitaron algo muy valioso, nos arrebataron líderes que nos fortalecían para permanecer como una cultura fuerte, una cultura viva, a pesar de todos los avances tecnológicos, los cambios, la misma iglesia y el Gobierno.

Mamá siempre decía que uno estudiaba para volver a la Sierra, y que por más lejos que fuera, los orígenes no se podían olvidar; su miedo más grande era tener hijos inservibles, que le hicieran daño a otras personas. Por eso, cuando me gradué de la universidad, decidí que ya había cumplido mi ciclo en la ciudad y regresé a mi tierra.

– Ese es Saúl, el que tiene sangre española, mira qué simpático – me dijo mi prima mientras caminábamos por Pueblo Bello.

– A mí no me parece, la verdad. No sé qué le ves tú, pero me parece un arhuaco normal – le respondí.

Continuamos con las compras que debíamos hacer para la *recarganza*, la ceremonia de fin de año para agradecer por las cosas buenas que pasaron. Al terminar nos acercamos a saludar a nuestros amigos; allí estaba Saúl y me lo presentaron. Él dice que quedó flechado desde ese momento, y empezamos a hablar. En la cultura arhuaca no se acostumbra los noviazgos largos; cuando se habla es para casarse pronto. Y aunque yo tenía 16 años el tema del matrimonio me asustaba, porque no quería renunciar a mis sueños por dedicarme solo a la familia y estar subyugada a la voluntad de un hombre.

Continué con mis estudios en Cartagena; hablábamos de vez en cuando y en las vacaciones de mitad de año, como es costumbre, volví a la Sierra para descansar y recargarme. Allí nos encontramos, y debido a su insistencia acepté ser su novia. En nuestras conversaciones hubo cosas con las que me sentí identificada; el amor a la comunidad y el arraigo cultural son temas que nos han movilizado a los dos. Me contaba que mientras estudiaba en la Universidad Nacional, también fue profesor de matemáticas allí; tenía el ejemplo de su padre, quien enseñó lengua nativa en la comunidad. Además, para sostenerse mientras estudiaba, trabajó en una pizzería de Bogotá.

Saúl siempre decía que añoraba regresar a su tierra y trabajar por su gente, y es algo que yo también soñaba. Cuando se graduó de la universidad, en el 2009, lo acompañé en la ceremonia y conocí más de su vida; recibió el título con honores y de manta, nunca perdió su identidad, siempre lleva con orgullo el pueblo arhuaco. Me dijo que al inicio quería renunciar al estudio porque no sabía manejar un computador, dado que en la Sierra no nos enseñan informática ni inglés; pero él decía: “si los otros pueden ¿yo por qué no?”. Mientras me contaba las cosas que hacía, crecía mi admiración por su perseverancia y sus ganas de salir adelante; eso hizo que me enamorara de él. Duramos cinco años de novios, yendo y viniendo entre la Sierra y Cartagena, y decidimos casarnos en el 2012, cuando tenía 23 años.

Con él he vivido experiencias que me han permitido crecer como lideresa y como persona; hemos trabajado por nuestro pueblo arhuaco y muchos de los procesos han traído desarrollo a nuestra comunidad; pero también he temido por mi vida y la de mi familia. Ambos sabemos que desde lo público tenemos posibilidades diferentes de mejorar la vida de la comunidad, y es por esto que Saúl decidió lanzarse a la alcaldía; aunque cuando aspiramos al tema político no sabíamos a que nos

enfrentábamos. El arhuaco es de un pensamiento muy humilde y cree en las instituciones; yo creí en el Estado, y me di cuenta de que es realmente corrupto.

Una tarde realizamos un recorrido por el territorio, hablábamos con la comunidad y les contábamos sobre nuestro plan de gobierno; el sonido de los disparos nos obligó a regresar. Recibimos amenazas de muerte contra nuestra vida y la de nuestros hijos; en ese momento teníamos a Bunkwa y a Samuel.

Saúl es una persona muy brillante, muy representativa en toda la Sierra; lo conocen más de lo que yo lo conozco y he decidido acompañarlo en sus sueños. Pero no podía limitarme a liderar procesos, tenía también que atender mi casa, cuidar mis hijos, y más con el riesgo que representaba estar en nuestro territorio; entonces, decidimos irnos a vivir a Valledupar. Una ciudad cercana pero más segura para nosotros que Pueblo Bello. Esa situación me afectó mucho porque, aunque no le hemos hecho daño a nadie, nos tocó salir de nuestra casa; nosotros como indígenas solo queremos un cambio, deseamos ser incluidos en este municipio que ha sido del pueblo arhuaco siempre. En el Cesar somos aproximadamente 17.000 indígenas arhuacos⁴¹, y no hacemos parte de diversos proyectos ni políticas, pero para los votos sí estamos.

El día de las elecciones, la fila de arhuacos en los puestos de votación mostró el apoyo hacia Saúl y su plan de gobierno. En la política siempre hemos apoyado a los hermanitos menores, las personas no indígenas, pero creemos que es tiempo de colocar a uno de nosotros, un arhuaco preparado, y él tiene una hoja de vida muy buena; es una persona que nació en el territorio, se preparó y regresó a la Sierra con el conocimiento adquirido, a fortalecer y darle participación al indígena.

En el trabajo con las comunidades se nos han presentado dificultades como pareja, porque ambos somos líderes y tenemos visiones diferentes de cómo hacer las cosas. Nuestra

experiencia ha sido diversa y en muchas cosas chocamos; pero hay que aprender a trabajar en colectividad, y que esos sueños que tenemos vayan en busca del bienestar de la comunidad; entonces, cedemos para lograrlos. Hemos entendido que en la casa es mi esposo, pero afuera es un líder, y yo también soy una lideresa, lo importante ha sido aprender a respetarnos en ambos roles.

Después de terminar el proceso de las elecciones, en las que Saúl no fue elegido, nos quedamos a vivir en Valledupar por un tiempo, pero comenzamos a viajar hacia Pueblo Bello y la Sierra; no íbamos a abandonar nuestra gente por las amenazas en la contienda. La vida sigue y las necesidades están, pero los procesos también.

Así como he estado para Saúl impulsándolo a cumplir sus sueños, sería mentirosa si digo que me ha dejado sola en mis luchas; ha sido incondicional, ha respetado mis decisiones. Es una persona con la que no conozco el maltrato y es feminista, respeta y valora la mujer. En la pandemia quedé en embarazo de nuestro tercer hijo, Sariun, y en 2021 de nuestra última hija, Zeynara. Después del parto nos sentamos a conversar.

– Yo sé que estás muy feliz por la familia grande que tenemos, yo también lo estoy, pero es momento de parar. Son cuatro hijos que requieren nuestro tiempo y atención, y es importante brindarles una buena calidad de vida. Además, me siento agotada, quiero recuperarme y retomar procesos con las mujeres – le dije.

Al darle mis razones, él entendió, y aunque no estuvo completamente de acuerdo conmigo, por su deseo de una familia numerosa, respetó mi decisión. En ese momento aprendí que si amas a una persona tienes que amarla aceptando también su realidad.

Ha sido un papá muy dedicado, ausente en ocasiones por su proceso de liderazgo, pero ha estado pendiente de su familia,

que no les falte nada, apoyarlos, sacarlos adelante. Es lo que yo soñaba desde pequeña, un compañero que no me impusiera una visión de la vida y que fuera apoyo al momento de la crianza. Porque uno tiene que estar presente durante el crecimiento, eso marca la vida del niño. Yo a la hora que sea estoy con ellos, tratamos de compartir la hora del almuerzo; cuando llegan del colegio me gusta preguntarles: cómo te fue, cuéntame cómo estuvo el día, y conversar para darle valor a la vida, enseñar que van a haber situaciones difíciles y que, independientemente de lo que sea, siempre van a contar con nosotros, así como contamos con nuestra familia y con el pueblo arhuaco. Cuando me puedo llevar a mis hijos a lo comunitario también están ahí conmigo, aprendiendo, porque este es el legado que uno les deja; la herencia no es el pedazo de tierra o la casa, el legado es lo que construyes en tu comunidad.

En la Sierra, los niños ingresan a la escuela a partir de los 6 años, porque antes tienen que haber aprendido cosas que son fundamentales para nosotros como pueblo: saber tejer, trabajar en equipo, cuidar los animales, y conocer las normas culturales, los usos y las costumbres. Siempre que mi mamá estaba en la casa yo me convertía en su sombra, la seguía en todo lo que hacía; y entre jugar y acompañar, aprendí los deberes de una arhuaca. Es por esto por lo que mis hijos siempre portan sus mantas aunque no asistan a un colegio indígena, y saben hablar Iku, la lengua arhuaca. Mi esposo y yo les enseñamos nuestras costumbres y a que estén orgullosos de lo que son, de sus raíces. Ellos no se sienten diferentes al portar esta ropa, se sienten apropiados de su cultura, están seguros de donde son y también cumplen con sus prácticas ancestrales. Cada noviembre realizamos un viaje a la Sierra, todos juntos hacemos los pagamentos y las limpiezas. Lo más bonito es estar en nuestro territorio ancestral, conectarnos con nuestra esencia y así no dejar de lado el sentido de pertenencia.

Cuando yo estaba pequeña recuerdo que en nuestra comunidad había roles muy marcados. Como mujeres teníamos actividades específicas, que los hombres no realizaban. Hoy en día, nos hemos transformado y lugares que estaban vetados, como las reuniones, empezaron a tener espacio para nosotras. Como arhuacos hemos abierto las puertas para que las mujeres nos preparemos, nos visibilicemos diferente y seamos pilares de transformación en nuestra comunidad.

Yo nací en una familia llena de mujeres, soy la tercera de nueve hijos y todas mis hermanas han desarrollado la capacidad de liderar, de generar procesos comunitarios. Esta habilidad la heredamos de mamá, de su fortaleza y servicio. Muchos chalecos de colores han desfilado por nuestro territorio, pero son pocas las instituciones que han desarrollado procesos con seriedad, respetando nuestra cultura y dejando capacidades que trasciendan el tiempo. Por esto comencé a liderar proyectos de mujeres, para ser veedora de que las acciones propuestas se cumplan y se beneficie realmente a las participantes. He sido muy crítica de procesos que vulneren nuestros derechos; no me parece justo que tengamos mujeres calentando sillas, con el estómago lleno de refrigerios, pero con la cabeza vacía. Deseo que en mi comunidad ellas sean críticas, que se cuestionen, que entre todas compartamos saberes y mejoremos nuestra calidad de vida.

Formar colectivo no ha sido fácil; todo surge desde la confianza que uno vaya generando en la gente, de hablarle bien a las personas, hablar con la verdad, para que desaparezca la creencia de “no voy a ir porque me van a engañar y solo van a usar mi firma”; hemos formado una red importante, después de décadas de trabajo y construcción de confianza.

– Sabemos que contigo vamos bien porque eres honesta, y si alguna cosa falla te ajustamos acá, a ti sí te podemos ajustar— me dicen entre risas las mujeres de la comunidad.

Durante los años que he trabajado como lideresa me he esforzado por ser transparente, generar confianza. Hoy trabajo con mujeres que mi mamá atendía, que recuerdan las vacunas que les puso, personas que recibió en el parto; ella dejó un gran legado para nosotros, dejó un buen camino y debo llevarlo con altura, haciendo las cosas bien.

Al graduarme de la universidad, comencé a trabajar procesos dentro del resguardo. Mi primer proyecto se llamó Sierra viva, impulsábamos el cuidado del medio ambiente y la protección de los ecosistemas en el territorio. Desde ahí comencé con el fortalecimiento de alianzas productivas, enfoque de género en la comunidad, y en 2015 formamos el colectivo *Ati Nawowa*, por el proyecto Mujeres Tejedoras de Vida del Ministerio de Cultura. Este colectivo fue mi escuela, aprendí mucho de todas las personas que hicieron parte de él; lo compartido en las capacitaciones y en los momentos de encuentro cambió mi vida. La educación sobre equidad de género y empoderamiento ha sido guía en mi camino y me ha permitido fortalecer a las mujeres de mi comunidad. Durante el proyecto se gestionaron ferias, y *Ati Nawowa* llegó a Medellín, Guapi y Pasto, entre otros lugares; para que todas conociéramos nuevos territorios decidí que viajaban quienes no lo hubieran hecho antes, así todas tendríamos la experiencia. Esta decisión la tomé porque, para mí, el líder también tiene que hacer líderes, y uno no siempre va a estar ahí para guiar los procesos; entonces, la responsabilidad está en impulsar a las demás mujeres para que ellas puedan continuar con los objetivos y crear nuevos espacios en los que abramos más posibilidades de bienestar para las mujeres y para nuestro pueblo arhuaco.

De forma inesperada recibí la noticia. Las palabras mamá y muerta resonaban en mi cabeza, y con cada repetición yo sentía que me arrancaban el alma. El 25 de agosto de 2019, a mitad de la segunda campaña de Saúl por la alcaldía, mi mamá muere. Fue un dolor que jamás imaginé; el sentimiento de vacío ocupaba mi vida, y me alejé de los procesos que lideraba. No tenía las fuerzas para continuar y no encontraba respuesta a la pregunta incesante: ¿por qué me pasó esto?

Mi mamá para mí era un eje fundamental, era guía en mis decisiones. Si ella me decía que iba a salir bien, tenía la seguridad suficiente para intentarlo; con su presencia me sentía apoyada. Durante las amenazas estuvo con mi familia, llenándonos de valentía. Ella sabía lo que se sentía ser amenazada por el trabajo con la comunidad; la guerrilla lo hizo un par de veces por atender a enfermos de todos los grupos armados. Entonces, me sentía protegida, porque mientras tenga los papás vivos uno siempre va a ser niño. Cuando los papás se van uno aprende a ser mayor, a dirigir su propio timón y a ser bastón para los demás.

En búsqueda de paz decidí ir al lugar donde nací, a la parte de la Sierra que está en Santa Marta. Allí está enterrada mi placenta, como lo hacemos tradicionalmente los arhuacos para que nuestra conexión con el territorio permanezca fuerte, dejé mis hijos con una hermana y le pedí a Saúl que me llevara a ese lugar para sentirme más cerca de mis orígenes; quería renacer. Caminando por la orilla del mar veía lo sublime de la vida a mi alrededor, y me dije: cosas grandes van a venir porque la fuerza de mi mamá me acompaña, y yo tengo que mantener vivo su legado; el don del servicio debe continuar conmigo. Regresamos a nuestro hogar y al verme en el espejo no me reconocí, me sentía diferente, pero necesitaba algo que me recordara lo que había sentido en el viaje, que fuera una señal de mi fortaleza.

El cabello largo y negro que recorría mi espalda ahora llegaba hasta los hombros, y al acariciarlo pensaba: mi cabello volverá a crecer, a renacer, como deseo hacerlo yo. Los mechones que corté los doné a una fundación de niños que luchan contra el cáncer; quería que ese acto también alegrara la vida de alguien más. Saúl me acompañaba, mientras lloraba, en mi viaje y en la decisión de cortarme el cabello. Él sentía mi dolor y entendía el proceso que estaba realizando, porque a él la muerte también lo dejó sin una gran amiga y consejera. A medida que crecía mi cabello, me recordaba la fortaleza que llevo dentro y la sabiduría de la naturaleza que me compone. Al regresar del viaje subimos a la Sierra, y allí nos demoramos dos semanas en el *aburu*, los pagos tradicionales. Como indígena arhuaca y *saga*, debíamos limpiarle el camino y guiar su espíritu para que transitara tranquilo hasta Chundwa, lugar de encuentro con los padres espirituales. Con bolitas de algodones, teñidos con fibras de las plantas, hicimos ofrendas a la naturaleza para que le ayudara a recorrer el camino, limpiando la casa donde nació, los lugares que habitó, y las personas que conoció.

Este ritual lo hacemos con el fin de limpiar las cargas y dejar de lado los errores que pudo cometer; de esta forma no recaen en su descendencia. Para completar la ceremonia, a la persona difunta se le recorta un poco de cabello en el remolino, porque esa forma representa el ciclo de la vida, un poco de uña de la mano y el pie y se recogen en un algodón con un poco de su saliva; todo se guarda en una mochila pequeña de algodón blanco. En este momento el espíritu elige a una persona para hablarle y que sea quien comparta el mensaje con la familia.

Mi mamá viene de una descendencia de muchos *mamos*, sabios de la comunidad, y eligió un hermano que hace parte de ese grupo. Cuando el habló y dijo cosas que nadie tenía por qué saber, en ese momento yo sentí su espíritu, su presencia cálida, y lo confirmé cuando dijo que no nos preocupáramos porque

siempre iba a estar con nosotros; cada vez que respiráramos la íbamos a sentir, cada vez que miráramos el sol, la luna o las estrellas, cada vez que el corazón palpita y que sintamos la sangre correr, la íbamos a sentir a ella. Entonces, cuando escuché esas palabras de mi tío Luis Guillermo, dije: ya no voy a estar tan sola, porque aquí está conmigo todo el tiempo, yo soy sangre de su sangre, soy fruto de su vientre, y ahí la voy a sentir.

Después de vivir el duelo y reconectar con mi propósito, decidí emprender de nuevo. *Ati Nawowa* había quedado en manos de lideresas que lo mantuvieron en pie desde que me fui, y pensé que era momento de empezar otro proceso con mujeres que lo necesitaran. Con este objetivo fundé *Yosa*, que para nosotros como arhuacos es la representación del origen, la historia, la salvaguarda del legado y la parte femenina de la mujer. Con el nuevo colectivo quería apoyar a las mujeres de Simonorwa, en la parte baja de Pueblo Bello, quienes no han tenido formación en empoderamiento, ni en finanzas o empresarismo. Con todas las capacitaciones que he recibido me he vuelto también su profesora, y es bonito replicar lo aprendido; me empodera y me enriquece poder aportar un poquito desde esos conocimientos. *Yosa* lo conformamos 43 mujeres, y nos reunimos una o dos veces al mes a compartir saberes, generar círculos de palabra que nos permitan fortalecernos y planear el futuro del grupo. Esta iniciativa ha viajado por el voz a voz a varios lugares de la Sierra; muchas mujeres se han dado cuenta del proceso y quieren participar. Esto es bonito porque me demuestra que lo que estoy haciendo es importante y mejora la vida de mi comunidad, pero me hace querer trabajar más para poder ir a todos los lugares, abarcar mujeres que viven a seis o siete horas de camino, que quieren que las visite, las escuche y

les ayude a gestionar recursos para las necesidades que tienen. Para mí lo importante no es cantidad de gente, sino la calidad de vida que se pueda ofrecer con los proyectos.

Yosa ha cambiado mi vida de una manera muy positiva; durante este año me volví a encontrar conmigo y a trabajar por mi gente. Este proceso ha hecho que amplíe mi conocimiento sobre la comunidad, sus necesidades y que sea más consciente de la responsabilidad que tengo de guiar, al igual que fui guiada, y de ser puente para mejorar la calidad de vida del pueblo arhuaco por medio de alianzas con instituciones que quieran unirse a mi propósito. Ha sido un proceso de mucha responsabilidad, y creo que hasta ahora he logrado responder a ello y cambiar vidas a través de la organización, así como alguna vez me ayudaron a cambiar la mía. Yo empecé a hacer mi escuela con el Ministerio de Cultura; en sus espacios de formación pude aprender mucho y compartir con otras comunidades indígenas, afrodescendientes y de campesinos. Y cada noche, al llegar a casa, pensaba: qué bonito que eso que aprendí y que pudieron transmitirme hoy pueda replicarlo en mi pueblo. Y así lo hice; pero lo mejor es que no han sido procesos impuestos, sino dialogados con la comunidad y, al conocerlos, hay mucha gente que quiere sumarse para generar más impacto.

Algunas de las dificultades que nos hemos encontrado para crecer ha sido la gestión de recursos, pero nuestros ancestros nos han guiado para resolverlo. Al inicio de las reuniones me preocupaba que la comida era difícil de costear; éramos muchas mujeres, algunas de ellas llegaban de lugares lejanos y acompañadas por sus bebés. Pero volvimos a nuestras tradiciones, a nuestro origen, y decidimos que cada una, al igual que lo hacíamos en la escuela, traería un alimento para preparar un plato comunitario. De esta forma entendimos que todas somos responsables de la sostenibilidad del colectivo y del bienestar de las compañeras. El peso del grupo lo llevamos

todas, somos conscientes de la importancia de hablar bien, de hacer críticas constructivas, de dar lo mejor de nosotras y de empoderarnos, dándonos roles específicos. Así no se pierde el pensamiento ancestral y se fortalece el tejido.

Lo mejor de este proceso para mí es ayudar a cumplir los sueños de las mujeres arhuacas y enseñarles a trabajar por ellos; esa es mi felicidad. Cuando mi trabajo da fruto para la comunidad, siento que soy doblemente feliz porque estoy transformando vidas. Que ellas se realicen es mi sueño, y lo he logrado por medio del colectivo. Quiero que sea una organización sólida de mujeres empoderadas; un espacio en el que pueda reunir las y generar oportunidades para cubrir sus necesidades. Que sea también una entidad fuerte, que pueda hacer parte de la toma de decisiones junto a las autoridades de la comunidad.

En el proceso de lideresa he conocido mujeres en otras partes del país que están avanzando en procesos de equidad de género y empoderamiento; son mujeres inquietas por llevar soluciones a sus pueblos y son inspiración para continuar liderando estos procesos. Las mujeres somos tejedoras, creamos redes fuertes que sostienen muchas de las dinámicas en nuestras familias y comunidades; por esto, es importante unirnos. En el diálogo de saberes nos fortalecemos y abrimos camino para que las que vienen puedan avanzar en la protección de nuestra cultura y el bienestar de las personas que la componen. En nuestro pueblo hemos evolucionado y todas generación tras generación, hemos alzado la voz poco a poco, y ahora somos escuchadas. Pero es importante que este empoderamiento se genere de forma crítica, por medio del aprendizaje, del trabajo por los sueños y del bienestar colectivo; que las mujeres no sean una masa que solo obedece, porque se desdibujarían los esfuerzos realizados.

En nuestra cotidianidad hemos visto los beneficios de

estar unidas. Mujeres que han sido abusadas han encontrado en estos espacios lugares para hablar, para sanar y sentirse rodeadas. Además, el respaldo que da el colectivo ha generado que personas malintencionadas piensen dos veces sus acciones. Ya las víctimas no están solas; cada una es un hilo en la red protectora, y mientras más mujeres, más fuerte se hace. Hace poco tiempo logramos que un abusador fuera expulsado de la comunidad y juzgado por la justicia ordinaria, y estas acciones son las que nos permiten crear consciencia en nuestro pueblo, de la protección que debemos ofrecernos y del camino que estamos recorriendo en equidad de género.

En el futuro me veo feliz con mi familia, viendo crecer mis hijos como personas de bien, de la mano de Saúl, mi compañero y bastón. Espero que mis hijas sean mujeres empoderadas, y que los varones puedan dar un aporte grande a la sociedad.

Sueño que *Yosa* llegue a cada rincón del territorio y fortalezca a las mujeres que así lo deseen; y que aquellas que están en el colectivo reconozcan que son aliadas para llevar este proceso, porque uno solo no es nada, siempre va a necesitar de la gente; todos necesitamos quién nos motive e inspire.

Estoy feliz con mi vida, porque he cumplido el sueño de servir a la comunidad. Desde mi caminar hacia el crecimiento personal, he podido llevar el bienestar a los demás. Sueño seguir aprendiendo, quiero estudiar psicología y dar lo mejor de mí para continuar con el legado de mis ancestros. Legado que heredé de mi madre y que mi abuelo me encomendó el día que tomó mis manos y designó que mi propósito era ser luz.

Soy



La Yosa, contenedora de vida.



Marlene

Escombros y tejidos

Se nos cayó el ranchito; se desplomó. Su madera, agotada por el peso de los años, ahora está arrumada en el piso de arena junto a las palmas secas que fueron nuestro techo estas semanas. No llevábamos ni un mes viviendo en aquel espacio que fue hogar de mi abuela y se había convertido en el refugio al que había llegado junto a mis hijas, con la ilusión de empezar de nuevo. La vida me dio lo que pedí, y en el lugar de los escombros levanté mi casa.

Desde niña me enseñaron las costumbres de la mujer wayúu, el respeto hacia nuestro cuerpo y los valores que tenemos que forjar durante nuestra vida para llevarlos al hogar que debemos conformar. Mientras estaba sentada, llorando al lado de los escombros, llena de rabia por el pasado y por la incertidumbre del futuro, recordaba las palabras de mi madre y mi abuela explicándome lo que significaba ser una buena esposa. Siempre me inculcaron que tenía que guardar respeto hacia el hombre, que tenía que ser una mujer tolerante, que tenía que ser una mujer valiosa y permanecer en mi hogar. Muchos “tenía”, muchas obligaciones que cumplí al pie de la letra y fueron respondidas con gritos, golpes y manipulaciones.

Cuando me casé descubrí que mi cuerpo no estaba preparado para recibir hijos, y esto era un gran problema porque estaba dejando de cumplir mis deberes como mujer. En búsqueda de respuestas y soluciones recurrí a la sabiduría ancestral y los *piachi*, médicos wayuu, me ayudaron a fortalecer mi útero como generador de vida. Después de unos meses quedé en embarazo y di a luz a Carolina, mi primera hija, una de las más grandes alegrías que he tenido. Nueve años pasaron entre el cuidado a mi bebé, y los reclamos de más hijos por parte de mi esposo. Pero yo no quería más; con cada comentario sobre tener otro pensaba: no le voy a parir más a este hombre, porque este hombre no es bueno.

Pero después, por mi crianza como mujer wayúu, decidí tener otro hijo, porque el día que yo muriera iba a estar Carolina

solita. Entonces, fui al ginecólogo y quedé embarazada de María Belén, mi segundo milagro. El día de su nacimiento decidí que era la última hija que le paría a ese señor.

Los valores que mis ancestras me enseñaron, de cierta manera eran buenos, pero también me perjudicaron, porque permitieron que soportara mucha violencia. Ante sus maltratos yo decía: él va a cambiar y yo tengo que tolerar, yo tengo que aguantar. El cuento de hogar feliz que me contaban de niña, se desvanecía por las agresiones de quien era mi esposo; y en las noches mi desencanto se convertía en preguntas, ¿por qué me enseñaron esto si la vida es tan diferente? ¿Por qué no me dijeron que se sufría tanto aún cumpliendo todo lo que se espera de mí? No sabía qué hacer, estaba muy confundida y no veía un camino para seguir.

Un día, cansada de que me maltratara y arrinconada contra el mesón de la cocina por sus golpes, me defendí. Con una jarra, llena de jugo para el almuerzo, le golpeé la cabeza. Seis puntos que le cosieron equivalieron a un par de meses sin maltrato físico, pero solo eso.

Mientras vivía esa situación yo callaba. Cómo le iba a contar a mi familia que ya no quería ser esposa, si era el rol para el que me habían preparado desde niña. Mi silencio lo sintió una tía, reconoció en mí las mismas señales que ella daba cuando fue maltratada. A sus preguntas yo siempre tenía negativas, tapaba lo que estaba sufriendo y eso me causó mucho daño. Diario pensaba, ellas no van a consentir que me separe jamás, porque a mí jamás me dijeron: usted como mujer no tiene porqué soportar esto, no tiene que aceptar esto otro; a mí no me enseñaron eso, sino que tenía que ser respetuosa con el hombre.

Además, ¿cómo siendo una mujer wayúu podía romper las costumbres de mi comunidad?, ¿cómo iba a decir que debía alejarme de él, porque sentía que la vida de mis hijas y la mía corrían peligro? No podía hacerlo contar qué había vivido esos años, porque además no era fácil de poner en palabras. Sentada

en la mesa de la casa en la que vivíamos en Maicao conversé con Carolina y le dije: nos vamos a ir para el Cabo de la Vela, allá mi abuela tiene una casa, no sé de qué vamos a vivir, pero no nos podemos quedar más aquí. Ella me apoyó, sabiendo que nuestras vidas serían muy diferentes, pero que podríamos estar mejor.

Tomada la decisión, tuve el valor para contarle a mi mamá y a mi tía lo que había sucedido por tanto tiempo. Ese día todas entendimos que no hay tradición que soporte las acciones que le quitan la dignidad al ser humano, y con el apoyo de estas mujeres tuve la fuerza para separarme de él. Después de eso mi vida cambió totalmente, hoy veo que para bien. Años después de la separación, pude entender que yo nunca estuve enamorada de ese hombre, ni él de mí. Cuando reaccioné y abrí mis ojos, yo dije: eso no era amor, porque el amor no te daña.

Cuando pisé la arena seca de mi hogar me sentí libre, pero muy triste; no por él, sino porque llegué a mi territorio con las manos vacías. Debía empezar mi vida de cero y económicamente estaba mal, porque siempre me había dedicado a ser ama de casa; no tenía ingresos, mucho menos ahorros. Durante las dos horas de trayecto, miraba el desierto y pensaba: soy una mujer wayúu, separada, con dos hijas, sin dinero; yo qué voy a hacer y quién me va a ayudar. Estaba sumida en una tristeza profunda. A pesar de estar en un lugar lleno de vida, donde siempre el sol es brillante, solo veía sombras, estaba en oscuridad. De vez en cuando, la voz de mi tía Elba Gómez Barliza llegaba como rayitos de luz; ella me apoyó mucho emocionalmente, pero económicamente me tocó a mí buscar la forma de subsistir.

Diario recorría los negocios del Cabo en busca de trabajo, y al conseguirlo y comenzar a ganar dinero me empecé a sentir un poco mejor; el sol salía cada vez más para mí. Carolina, mi hija, también fue un impulso muy grande, ella me dio una lección de fortaleza que atesoro; a pesar de haber sufrido por presenciar la violencia intrafamiliar que viví y de llorar por pausar su carrera profesional para apoyarme en la decisión de

separarme, ha sido una mujer valiente, que ha confiado en mí y se ha esforzado por cumplir sus sueños. Cuando estaba triste y desesperanzada, la miraba y decía: esta niña es muy fuerte, yo puedo ser así de fuerte. Es mi hija, ha vivido menos tiempo que yo y es muy sabia; con sus palabras y actos me ayudó a superar las penas que estaba sufriendo.

Trabajé por varios meses en la cocina de una ranchería al calor agobiante del fogón, al que se le sumaban las altas temperaturas de La Guajira, más de 26 grados centígrados. Aunque el turismo no era tan fluido en esa zona del país hace una década, mis labores requerían mucho esfuerzo y mi jefa era una persona muy brava. La última vez que yo trabajé en esa cocina le pedí a Dios que me abriera los caminos, me diera fuerza o me mandara un ángel, porque no soportaba estar más en ese lugar. En algunos momentos, mi exesposo llegaba a pedirme perdón, a proponerme que volviera a “nuestro hogar”, pero nunca acepté; él ya no tenía espacio en la nueva vida que estaba construyendo. Fue una época muy dura, en la que lloré tanto, que ahora, entre risas, digo que ya no tengo más lágrimas. A pesar de que el trabajo fue muy difícil, me pagaban bien, y poco a poco fui reuniendo dinero para comprar una mesa, sillas y otros elementos que necesitaba para montar mi ranchería. Los sueños y mis hijas fueron el sol que salía para mí todos los días y me ayudaba a florecer. Por la situación económica no podía pagarle la carrera a Carolina y comenzó a trabajar conmigo. Hoy en día tenemos nuestro propio restaurante, y decirlo me llena de orgullo; es pequeño aún, pero está creciendo.

Suutpa kashi, mi restaurante, surgió porque con los comentarios de mi familia me di cuenta de que heredaré un don especial de mi mamá y de mi abuela; ellas me transmitieron su sazón desde muy pequeña y aprendí los secretos de la cocina tradicional. Entonces, pensando en cultivarlo y aprovecharlo para mejorar mi calidad de vida, retomé esa habilidad que me regaló Dios. Recuerdo estar sentada en la cocina y ver a mi

mamá coger un chivo, guisarlo y asarlo, y aunque no le echaba muchos condimentos yo siempre disfrutaba de su sabor; ¡ay, qué chivo tan delicioso!, pensaba. En este espacio, construido en madera y con el esfuerzo de mi familia, quiero ofrecer comida de calidad a las personas que llegan a él.

– Mamá, las personas en la mesa dos quieren hablar contigo – me dijo Carolina.

Pensé que estaban molestos por algo, pero al llegar me recibieron con felicitaciones y propuestas para llevar mi talento al centro del país. Una corriente de energía me atravesó el cuerpo cuando escuché los comentarios positivos sobre el plato que preparé, porque a lo que hago le pongo mucho amor y eso me ha llevado a que este restaurante sea reconocido y recomendado en el Cabo.

En la comunidad conocí al hombre que fue mi esposo por 19 años, y después de casarnos, nos mudamos a Maicao, a más de dos horas del Cabo, mi tierra natal. Meses después, mi mamá se fue para Puerto Nuevo, en Bahía Portete, una comunidad que se instaló al lado del puerto al que llegaba mercancía principalmente desde Panamá y Aruba. Las dinámicas que traían los barcos y las mercancías convirtieron este espacio desértico en una fuente de negocio, y, poco a poco, se fue poblando más. Mi mamá tenía un restaurante y había mucho trabajo porque era un lugar pequeño al que llegaba gente casi todos los días. Al ver la oportunidad, emprendimos el viaje hacia allí. Vivíamos al ritmo del mar, de forma tranquila, entre productos y personas que venían de lugares que nunca había escuchado. Las mercancías, algunas ilegales, generaban rentas importantes para muchos grupos, tanto armados como sociales. Según lo que la gente hablaba, los policías y los paramilitares hacían negocios; y un día, unos malentendidos terminaron en matanza.

Por la noche nos despertaron los zumbidos de las balas pasando entre el barro y el yoytojoro⁴² de los ranchos; rápidamente nos acostamos en el piso tratando de resguardarnos entre los muebles; hicimos una media luna con nuestro cuerpo abrazando a nuestras hijas, en un intento por proteger su vida. A los sonidos de las balas empezaron a sumarse los llantos de los niños que las mamás trataban de acallar llenas de miedo, y los gritos de los adultos que estaban en el conflicto, los heridos pidiendo ayuda, otros dando órdenes. Las súplicas de un hombre por su vida aún me estremecen; pasé meses oyendo su voz cada que cerraba los ojos. Después de esa noche hubo más asesinatos selectivos, las personas decían que los mataban por declaraciones ante la justicia, por retaliaciones y por malos negocios. Llenaron el pueblo de sangre inesperadamente. Nosotros vivimos esas situaciones por ocho meses aproximadamente, hasta que le dije a mi esposo: esto está muy violento, esto no es vida; y nos devolvimos para Maicao.

No fue un proceso difícil para mí, estoy acostumbrada a recorrer diferentes territorios; desde pequeña conocí la vida nómada gracias a mi cultura. Yo soy Marlene Rosado Gómez, nací en Jepirra, Cabo de la Vela, y pertenezco al clan Ipuana, una de las 21 castas que conforman la comunidad indígena wayúu; cada una tiene su tótem, el nuestro es parecido a una h, y el animal que nos identifica es el *Kari Kari*, similar a un gavilán.

Nuestra niñez no es tan fácil, porque no estamos ubicados siempre en el mismo lugar; transitamos el territorio según las necesidades de los animales, que son nuestra riqueza. Los padres y abuelos, desde que estamos pequeños, nos enseñan que debemos ayudar en las labores de la casa, y también aprender sobre el cuidado de los chivos y cabras. Mi mamá me enseñó a cocinar; cuando tenía ocho años ya sabía hacer chicha y mazamorra. Cuando tenía diez años yo me montaba una múcura⁴³ en la cabeza para buscar el agua en el jagüey⁴⁴ y llevarla hasta la casa. Esos deberes para un arijuna⁴⁵ pueden parecer difíciles, pero para

nosotros es parte de la cultura y eso me llevó a ser fuerte como mujer.

Cambiar de casa, según las riquezas que el territorio pueda ofrecernos, es un ritmo de vida movido, pero nos acostumbramos porque nos enseñaron a ser guerreros, a crecer fuertes aún en situaciones difíciles. Además de enseñarnos los deberes, para mis padres era primordial la educación; por esto, a dónde fuéramos nos llevaban a la escuela a mis siete hermanos y a mí. Para nosotros, en aquel entonces, no fue tan fácil; eso no quiere decir que mi niñez fue triste, fui feliz porque estaba con ellos. Recuerdo la alegría que me daba ir a la escuela, hacer amigos en los lugares en los que vivía y tomar leche de la chiva, ¡me parecía tan delicioso! A veces dejar mi casa me ponía triste, pero se me olvidaba al llegar al nuevo lugar y descubrir qué podía conocer allí.

En la cultura wayúu, cuando la mujer entra a la adolescencia pasa a ser *jimora*. En ese momento tenemos un ritual en el cual nos encierran con nuestras mamás y abuelas para que profundicemos lo que significa ser mujer. Durante ese tiempo aprendí muchos valores de mi comunidad y mi casta. Fue muy especial porque también me compartieron uno de los tesoros de la familia, un collar que ha sido heredado de generación en generación. Este tiene un valor muy importante para nosotros. Para la cultura indígena la piedra *Tu'uma*, que está acompañada por pepitas de oro, es muy valiosa porque simboliza las riquezas del territorio. Con este podemos pagar una falta que cometa nuestra familia; cuando ven el collar muestran respeto y dicen: ellos son importantes. Lo recibí cuando mi madre murió, y espero que mis hijas lo conserven cuando yo no esté.

Después del encierro me enviaron a Maicao a vivir con mi tía Elba y así poder estudiar la secundaria; entré al bachillerato de 16 años. El primer día, al llegar al salón y encontrar que mis compañeras tenían once años, sentí mucha vergüenza. Pensaba que se reían de mí, era muy incómodo; entonces, decidí salirme

de ese colegio e ingresar a la escuela nocturna, allí terminé mi bachillerato. Cada que visitaba mi casa, mi mamá me recordaba que mi cultura es algo que me hace única, que siempre debo tenerla presente; que, aunque salga de mi territorio y aprenda otras cosas, mis raíces siempre serán wayúu.

Ser indígena me ha abierto muchas puertas y posibilidades. Aunque al inicio solo las veía para las demás personas, actualmente he venido pensando en mí. Desde que recuerdo me he sentado a escribir qué necesita mi comunidad y me pregunto todos los días por qué hay tanta necesidad en mi territorio, por qué hay tantos niños desnutridos, por qué tanta hambre, y nuestros gobernantes qué hacen al respecto; todos estos pensamientos y preguntas se convirtieron en acciones para mejorar la vida de las personas de La Guajira, especialmente de las mujeres.

Cuando anunciaron que entraríamos en cuarentena por la pandemia me pregunté: ¿y ahora qué vamos a hacer aquí nosotros encerrados, de qué vamos a comer, de qué vamos a vivir? Pensaba que éramos afortunados de tener el mar gracias a Dios, pero luego la noticia de que no se podía ni siquiera ir a pescar, volvía a despertar las preguntas: ¿cómo así; tenemos que ir a pescar, si no qué vamos a comer? Entonces, en mi búsqueda de ayuda conocí mucha gente, me relacioné con diferentes fundaciones y en mi comunidad nunca faltó la comida.

Poder hacer cosas por las personas de La Guajira es algo que me llena el alma; siento que es uno de mis propósitos y lo hago desde diferentes frentes. Aquí en el Cabo hay una curul al concejo que se “perdió”, porque la está ocupando una persona que no es de la comunidad, y a mí me dicen: “hay que recuperar esa curul y tú eres la mujer que lo puede hacer, todos te conocen, todos te quieren y has trabajado por la comunidad”;

y yo entre risas les respondo: no, en política no me metan, eso es un chicharrón, porque hay tantos problemas que vienen hace muchos años, hay corrupción profunda, hay desinterés desde las instituciones; entonces, tú llegas al cargo, y encuentras que no hay recursos y tienes que salir a buscar, pero si no logras gestionar entonces dicen que te robaste la plata. Pero esas invitaciones son bonitas, porque siento que en mi comunidad me quieren; donde llego me abrazan, me saludan con ese cariño, con ese amor, yo creo que es porque lo que uno da es lo que recibe. Quiero trabajar por el pueblo wayúu, porque lo valoro y quiero que se conserve nuestra cultura, aunque a veces hay cosas que no comparto; es importante cuestionarse y decidir también qué aspectos hay que ir cambiando.

Es un placer sentirse útil en la vida, porque tú estás ayudando a esa mujer, o a ese hombre, o a ese niño a solucionar un problema. Ellos te miran: “esta es la persona que me puede ayudar”; entonces, es una manera de conectarse muy positiva y de generar soluciones para la comunidad.

Cuando las personas visitaban El Cabo, notaban que de lejos su paisaje parecía lleno de árboles blancos, pequeños y medianos, todos florecidos; pero, al acercarse, se descubrían las bolsas que colgaban de los matorrales, tantas y en lugares tan remotos que parecían producidas por la naturaleza. Debido a este problema con las basuras en mi territorio, y buscando promover el turismo, decidimos tomar acción en alianza con el proyecto Suma tus manos. Estuve al frente de las jornadas, y con las personas de la comunidad y voluntarios externos logramos recoger más de 95 toneladas de desechos.

Estas acciones me conectan con mi comunidad, a pesar de lo difícil que puede ser en algunas ocasiones. Muchas personas que invito a hacer parte me responden: “No, Marlene yo no voy a ir a trabajar sin que me paguen un peso, ¿quién me va a mantener?” Y yo los entiendo, porque en el territorio hay muchas necesidades, los niveles de pobreza alcanzan el 50%

aproximadamente⁴⁶. Por mi parte, con el restaurante puedo responder a las necesidades que tiene mi familia, pero estoy segura de que mi labor como lideresa se ha visto recompensada con gratificaciones espirituales. Es muy reconfortante y la vida me lo ha agradecido de formas muy especiales; por ejemplo, haciendo parte de la Asociación de Restaurantes y Hospedajes del Cabo de la Vela como directora. Fueron dos años en los que pude servir a mi comunidad, tejiendo lazos y construyendo puentes para que nuevas oportunidades nos visitaran. Y con las capacitaciones que allí recibí, pude expandir mi conocimiento en muchos temas y replicarlo con las emprendedoras.

Es bonito ver cómo lo que haces impacta positivamente a personas que conoces; y ver que ese trabajo que hago con tanto amor es reconocido, es una motivación importante para continuar. Por ejemplo, el Ministerio de Defensa Nacional valoró mi labor con un diploma de honor como Mujer trabajadora por su comunidad. Todos estos procesos me han abierto puertas para conocer personas que me pueden fortalecer en mis objetivos y sueños. Con ellos he podido acceder a proyectos como Mujeres Tejedoras de Vida, al que llegué en 2016 por invitación de mi prima Mileydis Polanco, con quien soy muy unida para fortalecer nuestra comunidad. “Marlene, surgió esta oportunidad, reunamos unas mujeres y vamos a tomar este proyecto, porque es bueno para todas las que tejen, incluso hasta las que no tejen”, me dijo, y yo acepté. Reunimos 20 mujeres y creamos el colectivo *Nayatain Jieyu*. Llevamos siete años, en los que hemos tenido dificultades y tropezones, nos hemos desintegrado y, por alguna razón, volvemos a unirnos. Yo creo que es porque cuando empecé el proyecto, *Minikusuto*, la entidad operadora, nos trajo unas semillitas de moringa y nos dijo: “en esa semilla que van a sembrar está la fuerza de todo este grupo”; esa pequeña planta que germinó hoy en día simboliza nuestra fuerza y crecimiento.

Ser una de las lideresas de *Nayatain* me ha transformado

positivamente. Relacionarme con otras personas fuera de la comunidad me ha permitido abrir la mente y estrechar los lazos con mi cultura, porque para comunicarla debo conocerla y apropiarme de ella. Además, la integración con las mujeres ha sido un pilar de mi trabajo; conocer sus necesidades y ayudarlas a resolverlas es una de las cosas que más me ha gustado.

Cambiar las formas de pensar a veces es difícil, pero con paciencia, igual que la semilla rompe la tierra para abrirse paso, hemos generado procesos con las mujeres en los que impulsamos el valorar más nuestro trabajo de tejeduría; que quizá no nos vaya a hacer millonarias, pero nos permite enriquecer el alma, conservar nuestras tradiciones y tener independencia económica. Es por esto que, como colectivo, hemos tenido el sueño de construir una enramada cultural en el Cabo de la Vela. Imaginamos un espacio amplio, elaborado en barro, como lo hemos hecho los wayúu por siglos, cubierto por palmas ordenadas, de forma que no entren ni el agua ni el sol, y en el centro, todas juntas, sentarnos a tejer. Allí podemos tener unificación en el precio de nuestros productos, y de esa forma evitamos la vulneración de las tejedoras. En nuestro territorio sucede mucho que los turistas ven las mochilas, preguntan el precio, e inmediatamente lo escuchan empiezan a poner otro: “venga, usted me dijo que vale \$100.000, pero véndamela en \$50.000”, y ella por la necesidad que tiene en ese momento accede, aunque sepa que ese no es el valor real y que su trabajo no fue reconocido. Nosotras en la enramada, en el mercado cultural que tengamos, no queremos permitir que le resten valor a ese producto que resulta de nuestro tiempo, sabiduría y habilidad. Por esto unirnos es importante, porque nos fortalecemos y podemos mejorar nuestra calidad de vida.

En los círculos de palabra, sentadas a la misma altura y tejiendo, compartimos nuestras alegrías y preocupaciones, y es allí donde todas ponemos a disposición las herramientas que tenemos para solucionar lo que la otra requiere; así formamos

hermandad desde el bienestar y el empoderamiento. Aunque las gestiones requieren que una o dos personas estén al frente, hemos avanzado como colectivo, reconociéndonos como iguales. Estos proyectos, además de posibilitarnos crear redes de mujeres, empoderarnos y tener nuestros ingresos, nos han permitido conocer más sobre las artesanías y cómo podemos venderlas de formas asertivas, mejorar la calidad de nuestros tejidos y salir del territorio a compartir saberes con mujeres artistas y artesanas de diferentes partes de Colombia.

“La india esa”, me dijeron alguna vez. India, resonaba en mi cabeza y después de transformar su significado se convirtió en motivo de orgullo. Soy indígena wayúu y estoy orgullosa de mis raíces. Además, ¿cómo podría negar lo que soy si mi rostro y mi piel, dorada por el sol de La Guajira, lo gritan por mí? Son esos mismos rasgos los que admiran al interior del país y que me han permitido acercarme a contar sobre mi historia y comunidad cuando los arijunas tienen curiosidad sobre el vestuario y maquillaje. Las conversaciones y los intercambios culturales son situaciones que me permiten valorar lo que soy, que me sienta identificada con mi cultura. Por ejemplo, estos programas como Mujeres Tejedoras de Vida, que se enfocan en las comunidades indígenas y las comunidades afro, hacen que uno como mujer y como wayúu se sienta valioso e importante, porque las cosas llegan a nuestras comunidades.

Cuando estaba pequeña, veía tejer a mi mamá, y los colores de los hilos me traían alegría. Su gama de sentimientos se plasmaba en las mochilas, tan diversa como los colores y los dibujos que usaba para ello. Ese conocimiento me lo transmitió poco a poco; a ratos lo olvidaba, pero siempre volvía a él. Perfeccioné mi técnica cuando estuve con mi hermana en el internado indígena San José de Uribia, donde recibí varios

cocotazos por no tenerle amor al tejido y hacerlo rápido, aunque quedara mal, solo para salir a jugar. Allí viví momentos gratos y otros muy dolorosos. Recuerdo, entre lágrimas, salir de mi casa de la mano de mi hermana, y dar una mirada a los rostros de mis hermanos, porque no sabía cuándo los volvería a ver. Soltar la mano de mi madre y dejar de probar su sazón por dos años fue completamente doloroso.

- Por favor cuídenme a mis hijas, yo tengo que trabajar y esta es la única forma de que ellas puedan estudiar – les pidió mi mamá a unas primas que eran mayores y hacían parte del grupo de señoritas, a diferencia de nosotras, que estábamos en el de niñas.

Aunque me daba rabia que golpearan a mi hermana o a mí, y la comida era terrible, en el internado aprendimos muchas cosas; fue una oportunidad de estudio y pude perfeccionar mi tejido.

Ahora, este tiene un significado muy importante para mí por muchas razones; por ejemplo, con tu tejido elaboras tu *sucsu* donde guardas tu ropa; tejes el *chinchorro* donde duermes, donde descansas luego de una jornada de trabajo. Esas son unas de las razones por las que es tan importante. Además, porque es un conocimiento que los sabedores han protegido y compartido de generación en generación. Para mí, el tejido es lo que te identifica donde tú vayas, con tu mochila wayúu, con tu manta y tu calzado.

En mis mochilas, al igual que en las de mis ancestras, están mis ideas, mis tristezas, mis sueños, mis alegrías... en ese entramado de hilos coloridos nos narramos para entendernos, para ser. Y a pesar de ello, no me dedico a ser artesana, me dedico a la gestión de la artesanía, a que estos conocimientos sean valorados, protegidos y conocidos por la región y el país, empezando por mi hogar. Mis hijas saben tejer; María Belén, la menor, hace las mochilas y tiene un certificado del SENA que avala su calidad; Carolina, por su parte, aprendió a hacer

chinchorros; sentada en el telar, continúa con este legado de indígena wayúu.

Para mí, estar presente en el crecimiento de mis hijas es fundamental, acompañarlas en sus sueños es una motivación que tengo. Yo crecí sin papá; mi mamá nos sacó adelante sola, porque en la cultura wayúu los hombres solían tener dos, tres y hasta cinco mujeres. Él tenía dos, y nuestra vida se vio marcada por su ausencia.

En mi adolescencia, al ver la diferencia de oportunidades que había entre mis amiguitos que habían crecido con su papá, y yo, el rencor por él se despertó con fuerza. No quería verlo y no había mucha diferencia porque en mi infancia estuvo presente un par de veces nada más. No viví muchas experiencias por él, porque él me hizo y me dejó, me abandonó, no fue capaz de hacer nada por mí; eran pensamientos constantes y con más fuerza quería alejarlo de mi vida. Pasaron décadas hasta que nos acercamos de nuevo; estaba enfermo y necesitaba el perdón de su familia para descansar.

– Mira, él es tu papá, él está muy enfermo... – me dijeron sus otras hijas, mis hermanas.

– Yo no estoy diciendo que no y me duele lo que le pasa, por eso ahí voy a estar – les respondí.

Lo visité antes de su muerte y estuve en su sepelio, y eso fue mucho más del tiempo que pasamos cuando estaba joven. En la ceremonia de entierro pedí perdón a Dios por el odio que llegué a tenerle. Él cometió muchos errores, pero en aquel espacio entendí que yo no soy quién para juzgarlo, y que las situaciones de la vida me han llevado a ser una mujer fuerte, una madre dedicada y una buena hermana, porque a pesar de verme poco con los hijos que mi papá tuvo en el otro hogar, nos llevamos muy bien.

Por otra parte, mi mamá dedicó su vida al bienestar de mis hermanos y el mío. Sacó adelante a ocho hijos, y es una mujer que he admirado mucho. Desde hace unos años no está

y su compañía aún me hace falta. A ella y a mi tía Elba les debo gran parte de mi fortaleza y talento. Recordar la forma en la que ellas trabajaron duro para sacar adelante a sus hijos, solas, me hizo pensar: si ellas pudieron, yo también puedo.

Estar rodeada por mujeres con tanta fortaleza ha sido una lección de empoderamiento, que es luz y guía en mis acciones. El camino que ellas han recorrido me ha permitido transitar a mí también; por ejemplo, la ranchería Utah, creada por mi tía Elba y sus hijos, ahora es una de las mejores en La Guajira, y su experiencia es contada en espacios académicos como el SENA, para hablar sobre emprendimiento. Pero no la admiro solo por eso, sino también porque sus palabras asertivas son me reconfortan en medio de las tormentas.

Creo ferozmente que las mujeres podemos ayudarnos a sanar, ser compañía y consejo cuando sentimos que estamos solas y no sabemos cómo continuar. Yo lo he experimentado, he recibido y también a mí me han preguntado cómo hice para salir de mi situación y reconstruirme después de estar en ruinas. Apoyarnos como mujeres forma un ciclo sagrado de bienestar, empatía y fortaleza.

Para mí, en este momento la felicidad es primordial, porque con los años descubrí que si estoy feliz mis acciones fluyen con amor; las realizo naturalmente, al igual que el viento mueve el agua y las olas llegan tranquilas, pero fuertes, hasta la orilla. Llegar hasta donde estoy ha sido inesperado y trabajado en partes iguales. La vida me ha llevado por caminos que no visualizaba y que poco a poco fui transitando con mi *sucsu* lleno de esperanzas y temores; y al mirar hacia atrás reconozco que estoy donde había soñado el día que se desplomó el ranchito. Mis hijas están estudiando, y Carolina se graduará en pocos días como abogada; esa es mi felicidad, que sean unas mujeres felices, que estudian lo que les apasiona y que seguirán, al igual que yo, sirviendo a las personas de su comunidad.

En el futuro me visiono con una casa propia en Riohacha,

para atender, desde allí, asuntos que desde el territorio no tengo la posibilidad. Quiero tener la oportunidad de ver crecer mis nietos, cuidarlos y transmitirles los saberes tradicionales wayúu; pero ese sueño depende de mis hijas, esperaré para descubrir si la maternidad es su decisión. Mis negocios van creciendo y deseo continuar ofreciendo una comida excelente en el restaurante, que en unos años transformaré en ranchería. Finalmente lo que quiero es empoderar a las mujeres a mi alrededor para que cumplan sus sueños y reconozcan las señales de violencia, con el fin de que no vivan lo que yo viví; y ser, al igual que mi tía lo fue para mí, un rayo de sol cuando las personas estén en oscuridad.

Y después, el sol

Soy



El collar ancestral de mi familia

Notas aclaratorias

- 1 Uramba es un término africano que significa unión. (Cococauca, 2019) <https://cococauca.org/2019/07/05/uramba/>.
- 2 Forma de llamar a las bolsas plásticas en el Pacífico.
- 3 Información del Ministerio de Hacienda, 2020. Tomado de: https://www.minhacienda.gov.co/webcenter/ShowProperty?nodeId=%2FConexionContent%2FWCC_CLUSTER-181137%2F%2FidcPrimaryFile&revision=latestreleased#:~:text=Guapi%20se%20ubica%20en%20el,%25%20y%2079.9%25%20rural).
- 4 Remo de madera usado para impulsar las barcas en el Pacífico.
- 5 Silla pequeña de madera usada para sentarse en las barcas en el Pacífico.
- 6 Forma de referirse a navegar en el Pacífico.
- 7 Unidad para las Víctimas. Información con corte al 6 de septiembre de 2022.
- 8 Forma de referirse, en el Pacífico, a navegar.
- 9 Unidad para las Víctimas. Información con corte a julio de 2022.
- 10 Según el DANE, Censo Nacional de Población y Vivienda 2018.
- 11 Información del Ministerio de Hacienda, 2020.
- 12 Información de la Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (UNODC)-Sistema Integrado de Monitoreo de Cultivos Ilícitos (SIMCI) en el informe Monitoreo de territorios afectados por cultivos ilícitos 2020 (2021).
- 13 Información de la UNODC y el SIMCI en el informe Monitoreo de territorios afectados por cultivos ilícitos 2020 (2021).
- 14 Unidad para las Víctimas. Información con corte a julio de 2022. <https://www.unidadvictimas.gov.co/es/transparencia-y-acceso-la-informacion-publica/publicacion-de-datos-abiertos/161>
- 15 Repelente artesanal hecho a partir de la flor del coco.
- 16 Según datos del Ministerio de Medio Ambiente y Desarrollo Sostenible.
- 17 Instrumento utilizado para medir el tamaño de los moluscos.
- 18 La piola es un tipo de hilo para pescar, mientras que el volantín es una técnica de pesca tradicional que consiste en lanzar el sedal por debajo de la embarcación e intentar que los peces entren a comer los cebos.
- 19 Expresión que utiliza Esneda Montaña para referirse a sus vecinos.
- 20 Según cifras del DANE en el 2021.
- 21 Información tomada de la alerta 001 del 2021, de la Defensoría del Pueblo.
- 22 Motor se refiere a una lancha.
- 23 Reconocida en el 2022 como la mejor chef mujer del mundo, según el listado The World's Best 50 Restaurants de la firma William Reed.
- 24 Asociación de agricultores y pesqueros de Quiroga.
- 25 Tomado de la publicación: Las fiestas populares de San Pacho en Quibdó (Chocó, Colombia) como herramienta de organización comunitaria. 2010.
- 26 Medicina Legal. Información con corte a julio de 2022.
- 27 El F2 fue una parte de la policía secreta y judicial de Colombia. Parte de la Policía Nacional de Colombia. Fue una unidad de policía judicial, creada en 1949 y muy conocida en los años 80 que funcionó hasta 1995, aproximadamente; reemplazada por la Dirección de Inteligencia Policial. Fuente: [https://es.wikipedia.org/wiki/F2_\(Colombia\)#cite_note-1](https://es.wikipedia.org/wiki/F2_(Colombia)#cite_note-1)
- 28 Información tomada del artículo “Lo que hay que saber para comprender el conflicto en el Urabá” Enlace: <https://rutasdelconflicto.com/notas/lo-hay-saber-comprender-el-conflicto-el-uraba>
- 29 Las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia son un grupo guerrillero que, desde 1964, combaten en una guerra interna con el Gobierno, en un intento por imponer un régimen socia-

lista. Información tomada de: <https://www.dw.com/es/farc/t-17412276>

30 El Ejército Popular de Liberación, EPL, fue un grupo guerrillero insurgente que comenzó sus operaciones el 10 de febrero de 1967 hasta el año 1991. El EPL nació como un grupo insurgente de extrema izquierda, con los principios del marxismo y leninismo, pero para el año 1975 se basaron en los principios del Partido del Trabajo de Albania, con una línea más estalinista. Sus objetivos eran derrocar al gobierno de Colombia y establecer un estado socialista, con cambios económicos, sociales y políticos para el país. Información tomada de: <https://encolombia.com/educacion-cultura/historia-colombia/historia-epl/>

31 Información tomada del sitio web Rutas del Conflicto, portal especializado en información sobre el conflicto armado colombiano.

32 Según cifras del Registro Único de Víctimas realizado por la Unidad para las Víctimas. Tomado de: <https://cifras.unidadvictimas.gov.co/Cifras/#1/enfoqueDiferencial>

33 Nombre cambiado a petición de Zuleima para proteger la identidad de su hijo.

34 Según los registros de la DIJIN, consignados en un informe de la Corporación Sisma Mujer, se asegura que la violencia intrafamiliar presentó un aumento de 3,02 % en la cantidad de denuncias de mujeres víctimas, al pasar de 67.960 casos reportados en 2020, a 70.015 en 2021. En este periodo, y a partir de esta fuente que incluye en sus registros la violencia de pareja o expareja, una mujer fue víctima de violencia intrafamiliar cada 5,6 minutos.

35 Según cifras del Observatorio Colombiano de Femicidios de la Red Feminista Antimilitarista. Tomado de: <https://observatoriofemicidioscolombia.org/index.php/reportes>

36 El Festival Cuna de Acordeones se realiza todos los años en Villanueva, La Guajira, en el mes de septiembre y es considerado el segundo festival de vallenato más importante del país, después del Festival de la Leyenda Vallenata realizado en Valledupar. Fue declarado Patrimonio Cultural y Artístico de la Nación, mediante La Ley 1052 de 2006. Tomado de: <https://www.colombia.com/turismo/ferias-y-fiestas/festival-cuna-de-acordeones/>

37 Palabra usada por los arhuacos para nombrar a las personas no indígenas.

38 Informe final de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición. Capítulo Resistir no es aguantar. Violencias y daños contra los pueblos étnicos de Colombia, 2022.

39 Informe final de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición. Capítulo Resistir no es aguantar. Violencias y daños contra los pueblos étnicos de Colombia, 2022.

40 Reporte del Censo del DANE en el 2005 sobre personas autoreconocidas como pertenecientes al pueblo Iku (Arhuaco)

41 Caracterizaciones de los pueblos indígenas de Colombia. Dirección de Poblaciones. Ministerio de Cultura. <https://www.mincultura.gov.co/prensa/noticias/Documents/Poblaciones/archuaco.pdf>

42 Palabra wayúu para referirse al material que se encuentra al interior de los cáctus.

43 Palabra wayúu para referirse a una vasija de barro para cargar y almacenar líquidos.

44 Palabra wayúu para referirse al pozo donde se deposita el agua cuando llueve y es usada para el consumo humano y animal.

45 Palabra wayúu para referirse a las personas no indígenas.

46 Indicador de pobreza para el año 2019. Guajira 360°. <https://guajira360.org/categorias/indicadores-de-la-guajira/>

